

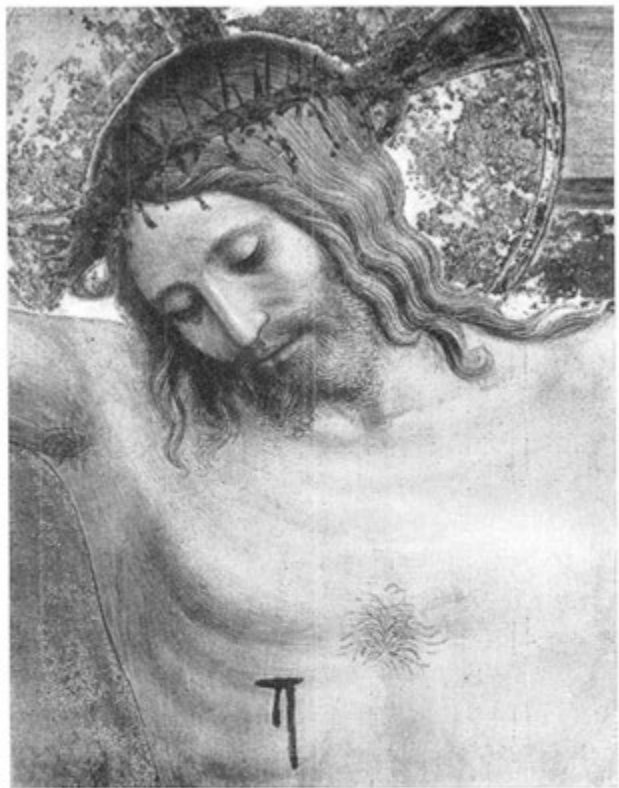
ANTONINO DE MADRIDANOS

CRISTO PACIENTE



R. P. ANTONINO DE MADRIDANOS
CRISTO PACIENTE





El Crucificado
por Fray Angélico de Fiésole

CRISTO PACIENTE

Serie de lecturas sobre la Pasión de
Nuestro Señor Jesucristo

por el

R. P. FR. ANTONINO M. DE MADRIDANOS

Religioso Capuchino



1939

Es propiedad. — Queda hecho el depósito que manda la ley

Imprenta de Herder & Co. en Friburgo de Brisgovia. 1939

Censura de la Orden

M. R. P. Lorenzo de Tejerina,

Custodio de la Misión Capuchina de Venezuela y Cuba.

Carísimo Padre: He leído para su examen, por encargo de V. Paternidad M. R., el opúsculo inédito «Cristo paciente», original del R. P. Antonino de Madridanos, Capuchino, y no encuentro nada que a la moral, dogma y narración evangélica se oponga. Juzgo sea provechoso al pueblo; porque la sencillez y ternura del escrito puede producir en aquél los frutos de perfección que el autor se propone: «enseñarles a conocer mejor a Jesucristo, y conociéndole le amen, y amándole tengan vida eterna».

De V. Paternidad M. R. afmo. h.º y súbdito

Caracas, 7 de mayo de 1938

Fr. Victorino de S. Martín

Mº Capuchino

Licencia de la Orden

Puede imprimirse

Caracas, 7 de mayo de 1938

Fr. Lorenzo de Tejerina

Custodio Provincial

Censura Eclesiástica

Excño. Señor Obispo de Barquisimeto.

Como Censor Eclesiástico de esta Diócesis, he examinado detenidamente, con lectura seria y reposada, el libro del Rev. P. Antonino M. de Madridanos, O.M.C., titulado «Cristo Paciente, Serie de lecturas sobre la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo», y no solamente no he hallado nada que sea contrario a la fe o a las costumbres, sino que lo encuentro muy digno de ser publicado; porque me parece que hará mucho bien, tanto a los Sres. Sacerdotes, a quienes podrá servir para el Ejercicio de la Hora Santa, como a los fieles todos, que podrán encontrar en sus bellas páginas precioso ejercicio de lectura espiritual.

Besa con todo respeto el Anillo Pastoral de Su Excelencia

su afmo. servidor,

Barquisimeto, 14 de junio de 1938

Ramón Gaude, C. M.

Censor Eclesiástico Diocesano

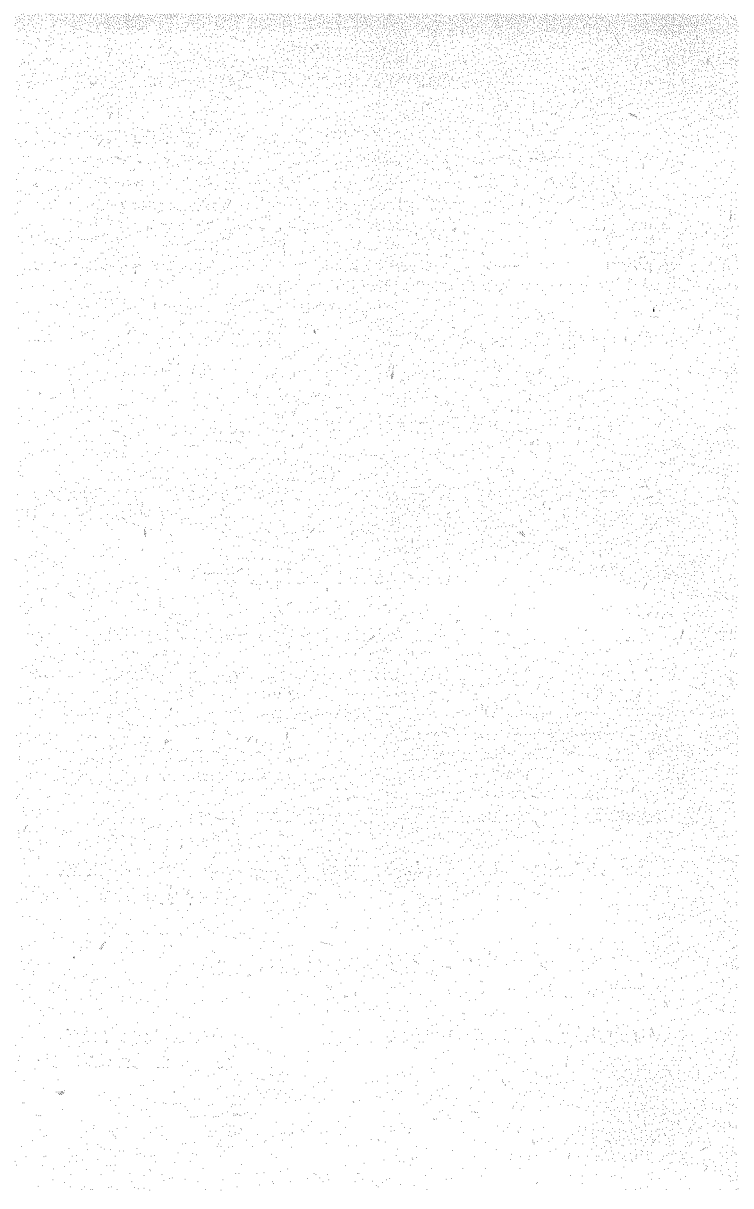
Licencia del Ordinario

Imprímase

Barquisimeto, 15 de junio de 1938

† Enrique María

Obispo de Barquisimeto



DEDICATORIA

A la Virgen Inmaculada
Pastora Divina de las almas
proclamada solemnemente
desde el árbol de la Cruz

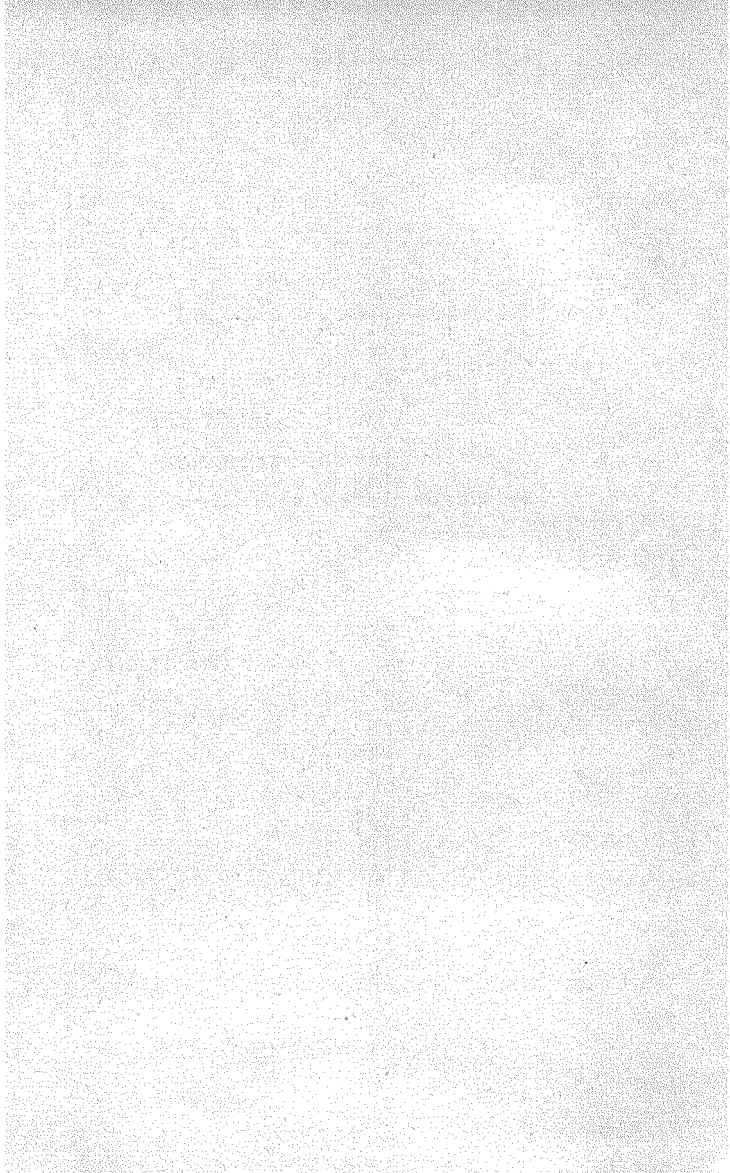
Dedica

Ofrece y

Consagra

esta humilde ofrenda

EL AUTOR



AL LECTOR

El evangelista San Juan da comienzo a su Evangelio con una frase de sublime inspiración:

«En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba en Dios, y el Verbo era Dios. Él estaba en el principio en Dios. Por Él fueron hechas todas las cosas, y sin Él no se ha hecho cosa alguna de cuantas han sido hechas» (S. Juan I, 1—3).

«Y el Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros» (S. Juan I, 14).

En el capítulo XIX describe con lenguaje lacónico, pero vehemente, las escenas dolorosas de la Pasión de Cristo, de la cual fué testigo. Y después de haber contado parte de las intrigas de los grandes de la nación, la inseguridad de Pilatos y su vergonzosa cobardía con otros pormenores llenos de horror, termina con aquella frase de hondo significado:

«E inclinando Jesús la cabeza, entregó su espíritu» (S. Juan XIX, 30).

Los otros tres evangelistas se expresan en términos semejantes, cuando hablan de la muerte de Jesús.

Entre estas dos épocas de la vida del Salvador, es decir, desde su encarnación y nacimiento hasta su muerte de cruz, está contenida la vida más grande y la más sencilla; la más sublime y la más

ordinaria, llena de prodigios y de enseñanzas; llena de ejemplos y de virtudes.

Que si la vida entera de Jesucristo es de vivo interés y de palpitante actualidad para los hombres todos, su pasión y su muerte son todavía mucho más interesantes para el creyente.

Su muerte nos dió la vida; su sangre está todavía fresca en los santos sacramentos, alimentando las almas de unos, refrescando los ardores de otras, lavando las de muchos más, que como hijos pródigos vuelven en muy triste situación a la casa paterna.

Mucho se ha escrito, mucho se ha predicado, y todavía es mucho más lo que se puede escribir y predicar de Cristo; y aun así, los hombres no habremos llegado a comprender sino una partecita insignificante de su divina grandeza y de su grandeza humana, que están por encima de todas las grandezas del mundo.

Quiero yo también contribuir con mi granito de arena, pobre y de ningún valor, al soberbio monumento que la Iglesia Católica con sus hombres sabios, con sus apologistas invencibles y con sus grandilocuentes oradores viene levantando al Salvador de la humanidad en el transcurso de diecinueve siglos. Al lado de esas monumentales obras, y junto a esas piedras angulares, deseo colocar mi granito, sin pretensiones de ninguna clase, sí anhelando que cuantos me lean, amen más, mucho más, al Divino Redentor crucificado.

Más que obra de ciencia y argumentos de teología, más que arte en el decir o adornos de lenguaje, encontrarás en las páginas de este libro el argumento evangélico comentado, no tanto con la in-

teligencia—eso lo dejo para los exégetas y comentadores de la Santa Escritura—, sino más bien comentado con el corazón, con el alma.

Para algunos quizás parezca mi libro uno de tantos, que ni merezca los honores de figurar en una biblioteca; para otros tal vez sea demasiado simple. Te confieso ingenuamente, lector amado, que nunca abrigué pretensiones de escribir para los más sabios, sino para los sencillos, a fin de enseñarles a conocer mejor a Jesucristo, y conociéndole le amen, y amándole tengan vida eterna.

No pretendo otra cosa ni pido otra recompensa para mi libro.

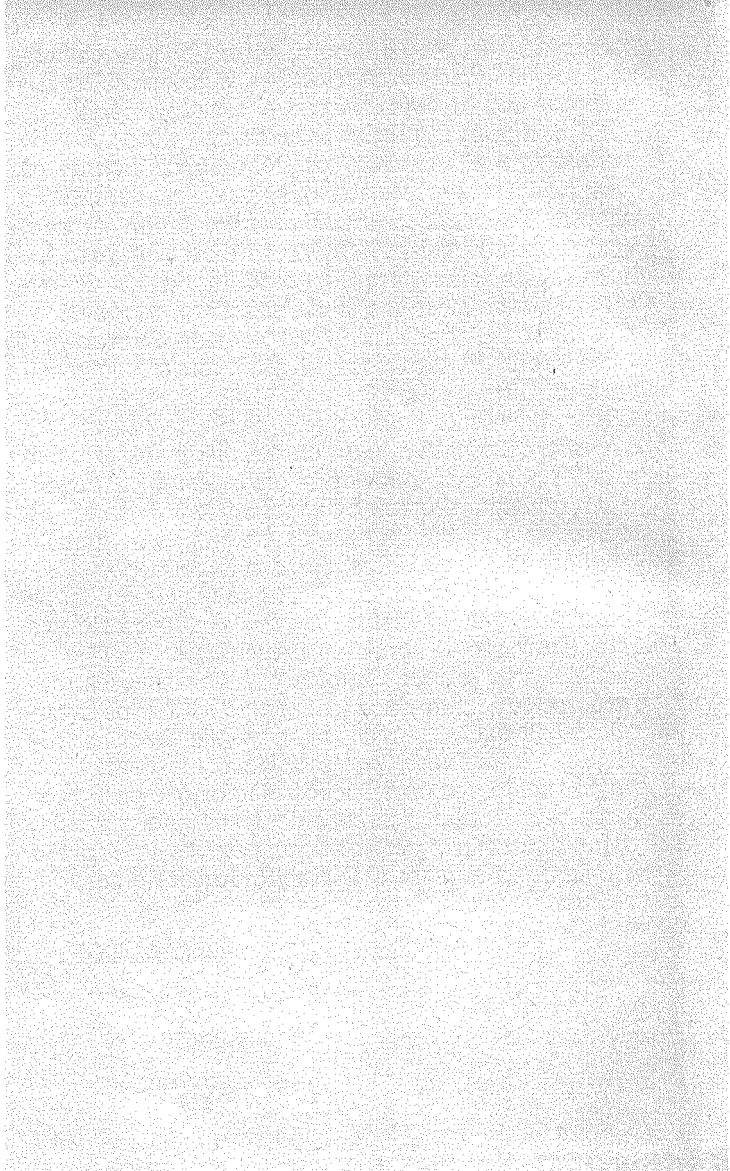
Hoy, que tanto se escribe y tanto se habla; hoy que la prensa está a la orden del día, y los grandes rotativos inundan pueblos y ciudades, y la novela y las revistas circulan con profusión por manos de todos, justo es que pongamos en manos del pueblo creyente nuestros libros de sana lectura.

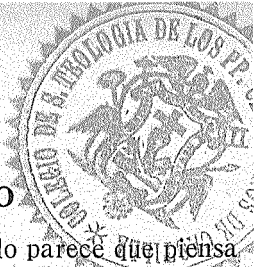
Uno de esos libros sencillos, que quizás no llegue a cansarte, por la forma en que ha sido escrito, es éste que tengo el honor de presentarte.

Léelo, vuelve a leerlo otra y muchas veces, seguro que su lectura, entresacada de los santos Evangelios, producirá en tu alma algún buen sentimiento. Si así fuere, por satisfecho me daré. Pero ten en cuenta que esos buenos efectos que en ti produzca esta lectura, son obra de Jesús y de su gracia.

Que al terminar de leer estas páginas tu corazón se inflame en el amor al Divino Redentor del mundo, es cuanto para ti desea

EL AUTOR.





I

EL TRIUNFO

Algo extraordinario e inusitado parece que piensa realizar el buen Jesús, dados los preparativos que se ven en la casa de Lázaro, su amigo de Betania.

«Qué pensará hacer?» se preguntan admirados los apóstoles unos a otros. Es cosa bien extraña, ya que su sencillez de todos es conocida.

Durante su vida de apostolado en los tres años anteriores, nada llamativo, nada extraordinario, nada que saliera de las normas ordinarias de la vida.

Pero aquel día, como si se tratase de entrar triunfante al estilo de conquistador en la ciudad de Jerusalén; como si pensara dar el golpe de gracia a la ciudad rebelde a sus doctrinas, proterva a sus enseñanzas, de dura cerviz a sus milagros repetidos, — aquel día, sí, se presentará en forma inusitada.

Efectivamente; Jesús quiere dar el golpe, y ver si con aquella última llamada consigue algo... Pero ni por esas se doblega Jerusalén.

Es muy grande la soberbia que anida en su corazón; demasiado pagados de sí mismos están los grandes de Israel para doblegar sus altivas frentes ante un galileo, que hasta hace tres años no más permaneció desconocido... ¡Doblegarse ante un galileo, lo último de la sociedad! Ellos ... ellos... ¿no eran los intérpretes de las Escrituras Santas? ¿No eran los maestros autorizados del pueblo?

Con todo, Jesús obra muy prudentemente, y manda a dos de sus discípulos: «Id a esa aldea que está enfrente de vosotros, donde encontraréis una borriquita atada, y un pollino al lado de ella, sobre el cual nadie ha montado todavía; desatadlos y traédmelos. Y si alguno os dijere algo, decidle que el Señor los necesita, y al punto os los dejará traer.»

Tal y como Jesús lo mandó lo realizaron los dos comisionados del colegio apostólico; y sin mayores obstáculos llevaron los animales, los aparejaron sencillamente, colocando encima sus vestidos, y comenzaron a caminar hacia Jerusalén.

Ya no cabía la menor duda: en la mente de Jesús, aun cuando no lo diga, está hacer alguna sonada. Así lo pensaron los apóstoles, y así era en verdad.

En un principio fueron ellos solos, los doce, únicos acompañantes del Maestro, caballero en humilde jumentillo.

Después ... bien pronto se dió cuenta el pueblo de que Jesús marchaba en dirección a la ciudad, y va en cabalgadura. ¡Cosa rara!... El que es tan sencillo, tan humilde, que siempre camina a pie. ¿Cómo no había de llamar esto la atención de las muchedumbres?

A los apóstoles fuése uniendo la gente del pueblo, que de ordinario seguía al Profeta; el concurso iba aumentando al darse aviso unos a otros.

Jesús marcha hacia Jerusalén, y va sencillamente caballero en un borriquito. Cosa extraña en él; no obstante, es tan bondadoso, tan comunicativo como siempre. «Vayamos tras él.» Y corren presurosos por los campos a juntarse con la comitiva; y llegan alegres, gozosos. Allá van los jóvenes los primeros, ágiles de piernas como corzos; allá van los hom-

bres maduros, que llegan sudorosos, fatigados; allá las mujeres curiosas; y los niños retozones: una muchedumbre inmensa, que crece como la espuma de los mares.

Llegan festivos; los ojos les bailan de alegría; la sonrisa bulle juguetona en sus labios. Vienen cantando, llegan gritando, llenos de entusiasmo, todos, todos. «¡Hosanna! ¡Hosanna! ¡Viva el Rey de Israel! ¡Bendito el que viene en el nombre del Señor! Paz en el cielo; gloria en las alturas.»

Aquello era grande, extraordinario, maravilloso, apoteósico, cual nunca se había visto hasta entonces en Israel, ni se volverá a ver jamás.

Gritos atronadores, entusiastas vítores, aclamaciones delirantes resonaban por los espacios. . . . Todos cantaban al triunfador, ensalzándolo a porfía. Sin duda que los galileos, considerando el triunfo suyo, no se quedarían atrás.

El entusiasmo llegó a más; cortan ramos de olivo, palmas de triunfo, laureles de victoria, y los agitan entusiasmados, y los arrojan al pasar Jesús.

¡Magnífico recibimiento el que se hace a Jesús en este día de su entrada triunfal en Jerusalén! Porque no son ya tan sólo los apóstoles y las gentes sencillas de las aldeas vecinas: es todo el pueblo; es la ciudad en masa; son los mismos forasteros que han llegado de las más apartadas regiones de Palestina; son los extranjeros venidos a las festividades de la Pascua, que sienten también circular por sus venas una ráfaga de entusiasmo por el Nazareno.

Es la ciudad que, sabedora de lo que pasa, se lanza a la calle; sale al encuentro del vencedor. Sus moradores vienen cantando; también lanzan

gritos de alegría, y claman llenos de entusiasmo delirante:

«¡Hosanna! ¡Hosanna!... ¡Hosanna al Hijo de David! ¡Bendito el que viene en el nombre del Señor!... ¡Bendito el que viene! ¡Hosanna en las alturas!»

Grandioso va resultando todo aquello.

No hay duda: de esta fecha Jesús va a manifestarse por lo que es, rey de Israel, el Mesías prometido. Si todos lo aclaman entusiasmados; si todos lo dicen; si es la voz del pueblo; si es la voz común.

Ahora, sí, ahora tomará posesión de su reino, y comenzará la época de grandeza para él, para sus apóstoles, para sus seguidores, y para toda la nación.

Manifestación como aquélla nunca más se ha visto. Era un mar desbordado de gente y de entusiasmo.

¡Qué gritos!... ¡qué voces!... ¡qué cantos!... ¡cuántos ramos de victoria! ¡qué himnos de júbilo! Si son atronadoras las voces. ¡Cuánta gente!

Y Jesús, a tales manifestaciones y tan grandes pruebas de adhesión, ¿qué hacía? ¿qué respuestas daba a estas manifestaciones populares?

Como siempre, la sonrisa bondadosa brotaba de sus labios, a todos correspondiendo con palabras de dulzura, con bendiciones copiosas, con miradas tiernas.

Todo esto y mucho más lo tenía Él merecido. ¿No era el Salvador de Israel? ¿no era su Mesías prometido muchos siglos antes? ¿no era el Hijo de David? ¿no era el Hijo de Dios?

Pues, justas, y muy justas, eran esas aclamaciones. Seguramente que si los Doctores de la Ley

hubieran registrado los libros de los profetas, se hubieran encontrado con este pasaje de Zacarías: «¡Oh hija de Sion! regocíjate en gran manera y salta de júbilo, oh hija de Jerusalén: he aquí que vendrá a ti tu Rey, el Justo, el Salvador; él vendrá pobre y montado en un asna y su pollino (Zacarías IX, 9).

Más claro..., ni que hubiera estado presenciando el Profeta esta entrada de Jesús en Jerusalén el domingo de Ramos, primer día de la gran semana.

Como río impetuoso que avasalla cuanto a su paso encuentra, así seguía la manifestación hacia la ciudad:

—Ya llega, ya llega el Triunfador. ¡Marchemos a su encuentro!— gritan nuevas oleadas de gente.—
Vamos a su encuentro.—

Qué sorpresa para los enemigos de Jesucristo al verlo llegar. ¿Se juntarían ellos a la manifestación, aunque no fuese más que aparentemente, para disimular?

A la vera del camino están en grupos, observándolo todo con ojos de basilisco, comiéndose de envidia y de rabia.

—No se puede con él; hay que matarlo; hay que desentenderse de su persona; cuanto antes, mejor. Se nos va todo el pueblo en su seguimiento. Nos quedamos solos. Vendrán los romanos, se apoderarán de la nación. ¿Y nuestra libertad? ¿y nuestra independencia? ¿y nuestras tradiciones? ¿y nuestra hegemonía? Pobre Israel si este hombre llega a triunfar.—

Y tuvieron atrevimiento para acercarse a su lado, recelosos, algunos de los más osados, y llamándole la atención le dijeron:

—Maestro, reprende a tus discípulos. ¿A qué estas manifestaciones?—

Mayor imprudencia...; y en aquella ocasión. ¿Qué pretendían con esto?

Pero Jesús, que los conocía muy a fondo y penetraba las perversas intenciones, sin inmutarse, sereno, lleno de energía, les respondió, dándoles al mismo tiempo una lección:

«Mirad, os aseguro que si éstos callaren, hablarán hasta las mismas piedras.»

Una vez más quedaban derrotados. Si no se hubieran metido donde no los llamaban, no hubieran tenido que sopartar aquella humillación. Ellos mismos se la buscaron. Dios confunde a los soberbios, y abate a los altivos.

Quisieron deshacer la manifestación; era imposible. El entusiasmo rayaba en el delirio. No era tan fácil hacerlo; y dejaron que la cosa continuara adelante, proyectando en su mente tenebrosa una venganza segura. Por entonces callaron.

El entusiasmo de las muchedumbres por Jesús seguía en aumento.

Era el día del triunfo.

Tenía que ser aclamado.

Lo fué.

II

LÁGRIMAS DEL TRIUNFADOR

Aquella sí que fué una verdadera manifestación popular de entusiasmo; aquello fué un derroche de alegría. Las aclamaciones eran cada vez más estruendosas. Jesús de Nazaret era el verdadero Triunfador.

Durante los tres años anteriores varias veces había evitado manifestaciones de esta índole. Ahora deja que el pueblo obre a su gusto.

Gritos, cantos, vivas, himnos triunfales, palmas que se agitan, el camino tapizado; el colmo por parte del pueblo hebreo en favor del Vencedor. Ni Roma vió jamás cosa igual, al recibir a sus valientes generales después de las batallas, al ver a sus emperadores pasearse en lujosísimas carrozas. Ni Atenas al aclamar a sus oradores; ni pueblo alguno ha dado pruebas de tanto amor a sus hombres.

Y eso que el Triunfador marchaba bien humilde en un jumentillo; qué si se le ocurre montar el brioso caballo alazán....

Y eso que los fariseos trataron de poner cortapisas al entusiasmo; hasta en la hora del triunfo quisieron anublar las alegrías de Jesús.

¡Pobre Jesús!... Ni en paz lo dejan aquellos farisantes; con sus escrúpulos hubieran agitado la fiesta.

¡Semejantes hipócritas!... Se necesita ser insolentes y más que audaces. La envidia los carcomía; sus corazones bien podridos estaban. No, no podían consentir aquellas manifestaciones en favor del Nazareno.

Si hubieran sabido antes de lo que se trataba, a buen seguro que no se hubieran quedado atrás en sus manejos. Pero, ya que no pudieron impedir la manifestación, por lo menos amargarían la vida del Triunfador en aquellos momentos.

Y se la amargaron; sí, se la amargaron. Jesús vió obscurecerse el cielo de su felicidad; de su corazón se apoderó la tristeza; y esa tristeza aumentó mucho... mucho, al divisar la ciudad de Jerusalén, la señora de los pueblos, reina muellemente recostada sobre el monte Sión, y en aquellos últimos años guarida de muchas fieras cubiertas con piel de oveja.

¿No habían salido también a su encuentro algunas de esas fieras disfrazadas? ¿No se le habían encarado allí mismo, entre los vítores y las aclamaciones de la muchedumbre? ¿Qué hacían aquellos hipócritas entre tanto entusiasmo popular?

Estaban en acecho como el tigre, aguardando la hora de saltar sobre la presa. Y saltaron, en mala hora para su vergüenza. Porque, si los discípulos y las muchedumbres hubiesen callado, hasta las piedras del camino hablarían; se habrían levantado llenas de entusiasmo para celebrar el triunfo de Jesús.

El zarpazo de aquellos hipócritas no fué inútil; porque a la mente del Señor acudieron los recuerdos de su vida de apostolado con todas sus obras, sus trabajos, el empeño puesto para convencer a Israel de que él, él era el verdadero Mesías prometido.

Vió Jesús la ciudad de Jerusalén y lloró...; lloró amargamente, con grandes gemidos.

¿Qué vió el buen Jesús en la ciudad? ¿Por qué

aquel llanto en medio del triunfo? ¿a qué aquellas tristezas, cuando de todos era públicamente aclamado?

Cualquiera que no estuviera ciego, o dominado por la pasión, podría darse cuenta del estado violento que rodeaba a Jesús de Nazaret por parte de los principales del pueblo. Estado que comenzó a declararse desde los primeros días de su manifestación, y que fué acentuándose de una manera cada vez más clara, a medida que pasaba el tiempo y se iban desenvolviendo los acontecimientos.

En un principio son indirectas; después son preguntas capciosas; dudas muy estudiadas; al fin, arrancándose la careta, desvergonzados se le presentan, se lanzan contra él, y hasta quieren apedrearlo.

Jesús lo sabe todo. Jesús conoce todas las maquinaciones que se han tramado, que se están tramando dentro de los muros de Jerusalén, junto al mismo templo, en casa del Sumo Sacerdote; y llora amargamente por la ciudad, por la nación, por todo el pueblo.

«¡Ah! ciudad ingrata, proterva, Jerusalén!... Si conocieses también tú, por lo menos en este día que se te ha dado, lo que puede traerte la paz; mas ahora todo está oculto a tus ojos.

Porque han de venir días sobre ti en que tus enemigos echarán trincheras en torno de ti, y te rodearán de contramuros, y por todas partes te estrecharán. Y te arrasarán con los hijos tuyos que tengas encerrados dentro de ti, sin dejar en ti piedra sobre piedra; por cuanto has desconocido el tiempo de tu visitación.»

¡Terrible profecía, acompañada de hondos suspiros, de amargas lágrimas del Hijo de Dios!...

Grande, enorme, inmensa tenía que ser la res-

ponsabilidad de aquella ciudad tan visitada, tan favorecida, tan mimada. Y tan indiferente a las visitas, y a los favores del Señor.

«¡Jerusalén! ¡Jerusalén! que matas a los profetas y apedreas a los que te son enviados. ¡Ah! ¡cuántas veces quise recoger a tus hijos, como la gallina recoge sus polluelos debajo de las alas, y tú no has querido.

He aquí que vuestra morada va a quedar desierta, vuestras calles sin gente, toda la ciudad presa de la desolación y de la amargura.»

Aquella ciudad, iluminada por los rayos de un sol primaveral espléndido; el hermoso templo, con su pináculo, sus torrecillas de cristal bruñido, que despedía de sí fulgores al ser herido por los rayos del sol; las mismas muchedumbres: todo llenaba de tristeza, de amargura, de melancolía el corazón de Jesús.

Con mirada penetrante pasaba más adentro; llegaba al fondo de las conciencias, a lo íntimo de los deseos. Lo veía todo; las tramas que andaban urdiendo para prenderlo; las maquinaciones de los grandes; la conjuración del Sanedrín; la sentencia de muerte contra él pronunciada.

Todo lo veía, y lloraba...; viendo también la ruina de la ciudad, la perdición de sus moradores; los castigos del cielo que estaban para caer de un momento a otro, sin que hubiera medio de conjurarlos.

Y, como última llamada a la ciudad de sus amores, entraba aquel día solemnemente, triunfalmente, con el fin de atraerlos a todos al verdadero camino.

Pero ni por ésas se reconocían sus enemigos; antes bien, persistieron en su depravada voluntad y en sus criminales intentos.

Imposible, imposible; empedernido el pueblo, y más empedernidos sus dirigentes, no quisieron ver la luz que iluminaba sus ojos; no quisieron reconocer el tiempo de su visita; no quisieron aprovechar los días de salvación. Para colmo de todos los males, y como remate de sus pecados, añadirían cinco días después el dar muerte a su Cristo, como así lo hicieron, colgándolo de un palo.

Y después ... después sobrevendrían los más terribles castigos, tal y como Jesucristo los anunciara, hasta quedar arrasada por completo la ciudad material, sin dejar en ella piedra sobre piedra. El hambre, la sed, el fuego, las matanzas más horrosas fueron los verdugos que en ella se ensañaron.

Y después ... después la destrucción del pueblo; la dispersión por el mundo; el desprecio que hacia él sienten todos los hombres. ¡Pueblo desgraciado, criminal, deicida! Siempre errante, maldecido siempre; sediento de dinero como un hidrópico; avaro, usurero, metalizado. Siempre odiado y odiando siempre.

Sin patria, sin hogar, sin templo, sin sacrificios, llorando unos pocos junto a los muros de Jerusalén; esperando — ¡vana esperanza! — la venida del Mesías.

Las palabras que Jesús pronunciara el día de su triunfo entre suspiros y lágrimas se cumplieron al pie de la letra. Sus vaticinios tuvieron una triste realidad.

A tiempo los hizo, cuando pudieron arrepentirse y hacer penitencia. Pero el pueblo, que había cerrado sus oídos a las voces de los profetas en otros tiempos; el que había dado muerte al Bautista, se burló de estas amenazas del Profeta grande, des-haciéndose también de él.

Es la suerte de las naciones sobre las que cae la maldición de Dios. Y ¡qué terrible es la maldición! Los pueblos antes prósperos, llenos de vida y de honradez, abundantes en bienes materiales, y más abundantes en cosechas espirituales, llegan a una ruina espantosa, a una degradación escalofriante, a la miseria, la confusión, el caos.

Dios huye de ellas, y con Dios huyen todos los bienes.

Dios huyó de Jerusalén; quedó sola, triste y abandonada. Dios huyó de Israel; quedó a merced del capricho de sus enemigos.

¡Ay! ¡Jerusalén! ¡Jerusalén! Si hubiera hecho caso de las palabras del Salvador ...

Si hubiera conocido el día de su visitación....

Si se hubiera dado cuenta de que por sus puertas le entraba la salud....

III

JERUSALÉN

Ningún pueblo tan amado de Dios en la antigüedad, como el pueblo judío; ningún pueblo sobre el que derramara con tanta largueza sus bendiciones, como Israel. Ninguna ciudad a la que mimase con tanta predilección, como la ciudad de Jerusalén, la capital del reino, el centro de los amores de todo un pueblo, la gloria y la grandeza de Israel; porque en ella Dios obró maravillas sin cuento, prodigios sin número; y en su santo templo en distintas ocasiones descendió visiblemente la gloria del Omnipotente y se manifestó en medio de su esplendor el poderoso Jehová.

La ciudad mimada de Dios y la ciudad mimada de los hombres fué siempre Jerusalén. Hoy día toda su grandeza y todo su esplendor han desaparecido.

Porque, a pesar de tantas gracias y favores como el cielo le dispensara, no obstante los beneficios con que siempre fué favorecida, ninguna ciudad que se mostrase tan desagradecida, tan ingrata...

Ella, ella fué, Jerusalén fué la que, llena de insensatez, pidió a grandes voces la crucifixión de su Cristo, la muerte de su Mesías.... Ella fué, Jerusalén fué la que, dominada de locura insana y de pasiones las más bastardas, ebria de rabia, rebozante de furor, clamó un día nefasto: *Tolle, tolle, crucifige eum* — Quítalo, quítalo de ahí; crucifícalo. Que muera en un palo, fuera de la ciudad; lejos de

los muros, para que no sea contaminada con su sangre mi hermosura, ni manchado mi esplendor.—

¡Jerusalén! ¡Jerusalén!... ¡Cuánta falsedad se encierra entre sus muros, cuánta hipocresía! ¡Qué de lobos carnívoros se ocultan entre sus moradas, circulan por sus calles, merodean por sus alrededores! los que tienen el atrevimiento de penetrar hasta en el mismo santuario, y acercarse—¿quién lo creerá?—al *Sancta Sanctorum*, con el corazón envenenado, con muy torvas intenciones, con el alma empecatada....

El calificativo con que se la distinguió en la antigüedad fué el de la Ciudad Santa. Ahora todos la llaman la ciudad ingrata, la ciudad deicida; pues tuvo el atrevimiento de poner sus manos en el humanado Hijo de Dios, y mancharse con la sangre del Inocente.

Desde el día en que la muchedumbre, azuzada por los grandes e influyentes de la nación, pidió la muerte del Justo, y lo condujo, lleno de odio satánico, al suplicio de la cruz, Jerusalén ha sido y será eternamente la imagen de la ingratitud y la personificación del corazón rebelde a los divinos beneficios.

¡Cuántas veces, sentado Jesús en una de las laderas de los montes vecinos, contemplando la hermosura de la ciudad, el admirable concierto de sus calles y de sus edificios, la construcción y la riqueza del templo, el esplendor del culto, y escuchando a lo lejos el sonido de las trompetas y el murmullo de las oraciones del pueblo, que pedía sin cesar la llegada cuanto antes del Divino Mesías, quien los hiciera grandes, se dió cuenta de que no todo era sinceridad en las palabras de aquellos

hombres! ¡Cuántas veces su corazón latió de amor y palpitó de ternura por su ciudad amada!...

De sus labios también salieron palabras tiernas, consejos y amonestaciones para reducirla al buen camino; porque, ciertamente, marchaba extraviada, iba perdida en las sendas por donde la condujeron hombres sin fe, sin conciencia y sin honor, que se aprovechaban de todo y de todos para conseguir sus medros personales.

Pero ¡ay! aquella ciudad endurecía cada vez más sus sentimientos, cerraba sus ojos para no ver la luz, tapaba sus oídos para no escuchar, dejaba que en su seno creciesen víboras y serpientes venenosas, fieras con instintos muy sanguinarios.

«¡Jerusalén! ¡Jerusalén! ¡qué de veces me he llegado a ti, lleno de ternura, tratando de recoger a tus hijos, y no has querido!...

Y como última aldabonada a la ciudad, como último llamamiento a Jerusalén, entró el domingo de Ramos derramando bendiciones, lleno de gloria y majestad, como un conquistador, mejor dicho, como un triunfador. Pero aun así, entrando como entraba la gracia por sus puertas, en ocasión tan oportuna, siendo aquél el día del Señor y de la gran visitación para el pueblo y la ciudad, el momento oportuno y la hora señalada, no supo, no quiso aprovecharse; una vez más despreció el llamamiento de lo alto, y entonces fué cuando oyó la sentencia de su condenación:

«Jerusalén, Jerusalén, si hubieras querido...; todo dependió de ti. Si hubieras conocido el tiempo de mi visita y de ella te hubieras aprovechado... Pero, desgraciada de ti: día vendrá en que tus muros serán rodeados; en tu templo no quedará piedra sobre piedra; serás arrojada por tierra, pisoteada

de las naciones. La soledad, el abandono serán tus compañeros eternos. Todo, porque no has oído la voz de tu Salvador, porque has despreciado a tu Mesías, que manso y humilde llegaba a ti.»

Y lloró Jesús en aquella ocasión sobre la ciudad de Jerusalén al divisarla a lo lejos en medio de su marcha triunfal del domingo de Ramos.

¿Por qué esas lágrimas? ¿a qué ese llanto? La mirada de Dios, que ve el porvenir con más claridad que nosotros vemos el presente, para quien todas las cosas están claras y manifiestas; la mirada de Dios veía en aquellos momentos la malicia del mañana, el horrible deicidio que dentro de sus muros se estaba incubando en aquellas mismas horas, en que era recibido entre atronadoras aclamaciones de un pueblo delirante de entusiasmo; y que, a pesar del fervor religioso que las muchedumbres manifestaban en aquellos momentos, los cabecillas y dirigentes del pueblo, los grandes de la nación y los príncipes de la ciudad tramaban su muerte, queriendo aprovechar aquellos mismos días, sin dejarlo para más adelante.

Y la muchedumbre, el pueblo, ese eterno menor de edad, voluble, inconstante, tornadizo, ese mismo pueblo que ahora lo aclamaba, gritaría muy pronto pidiendo su muerte.

Aquella ciudad tan amada fué la eterna tortura, la pesadilla eterna para el corazón bueno de Jesús; pesadilla que, como negro fantasma, a todas partes lo seguía, y que se convirtió en triste realidad la mañana del viernes, es decir, cinco días, cinco días después.

Aquel día de baldón para el pueblo judío, la muchedumbre curiosa en un principio, pues no sabe

lo que pasa, se aposta en las bocacalles, en actitud observadora; al esparcirse luego la noticia de que el joven Nazareno ya está en poder de los grandes de la nación, y que ha sido condenado a muerte por el tribunal religioso, se va reuniendo en los puntos más céntricos; la noticia corre veloz de boca en boca, la ciudad despierta como de un letargo, para caer en un exceso de locura, congregándose ante el Pretorio, donde reside el Gobernador romano, y hacer lo que manden los cabecillas, enemigos del Cristo.

Allí, allí está reunida la ciudad de Jerusalén en pleno. No es ya tan sólo el pueblo ignorante, la gente baja, la chusma; son también, y principalmente, los grandes de la nación, los sabios e intérpretes de las Santas Escrituras, los escribas y doctores de la ley, los fariseos y pontífices, azuzando las pasiones de la gente humilde, exigiendo que pida la muerte de Jesús; y el pueblo, movido por los dirigentes, grita y pide, vocifera hasta enronquecer contra su Mesías.

Semejante conducta clama al cielo; todo es falta de nobleza, de dignidad; todo se hace a traición. La ciudad en pleno es merecedora de un castigo ejemplar.

Derelinquamus eam — Abandonémosla, pues. No merece otra cosa.

Y ¡qué triste es el abandono de Dios! ¡Qué triste es la separación de Dios! Sí, Jesús abandona para siempre a su ciudad.

Sale de Jerusalén con la cruz auestas. Muere crucificado sin dirigirle una sola palabra, ni una mirada, ni un recuerdo. Ya está abandonada de Dios. Pronto la abandonarán los hombres de grado o por fuerza.

Las postreras lágrimas que Jesús dejó caer sobre la ciudad ingrata sirvieron para endurecer más y más el corazón duro de ésta.

¿Después?... Después vinieron los castigos. Y hoy, a través de veinte siglos la ciudad de Jerusalén y el pueblo judío están experimentando todavía los efectos de la maldición de Cristo. Aquella permanece triste, sola y abandonada, en medio del perpetuo olvido. Y aunque es cierto que el pueblo allí quiere reunirse y morar de nuevo entre sus muros, no lo ha conseguido, ni lo conseguirá.

Disperso se encuentra por la redondez de la tierra, llamando a su Mesías. El Mesías ya vino. *In propria venit*—«Vino a su propia casa, y los suyos no le recibieron» (S. Juan I, 11).

Y diz que los judíos que en su recinto se encuentran, acuden todos los días a uno de sus muros, el *muro del llanto*, a pedir a Dios con lágrimas que envíe al Cristo que los salve. Aún permanecen en medio de la más grande ceguera. No quieren ver la luz del sol que ilumina con vivos resplandores los cuatro puntos del mundo.

Son los efectos de la maldición divina. Son los efectos de la maldición de Cristo, lanzada un día memorable sobre la ingrata ciudad de Jerusalén y sobre el pueblo deicida.

Sola permanece la ciudad, en medio del más sepulcral silencio, en medio de sus amarguras, acompañada del terrible remordimiento por su deicidio....

Sola; sin hijos ni admiradores, sin rastro de lo que fué su antigua grandeza, su esplendor y su hermosura. Cuantos la contemplan así abandonada, de ella se ríen con sarcasmo.

El castigo de Dios que durará siempre, siempre....

La maldición de Cristo que se perpetuará siempre, siempre....

A sus oídos llega constantemente el clamor del profeta Jeremías, que, con voz triste y lamentable acento, no cesa de repetir: «¡Jerusalén! ¡Jerusalén! Conviértete de veras a tu Dios.»

¿Se convertirá de veras la ciudad ingrata? ¿Volverá al buen camino el pueblo deicida?

Misterios de la gracia. Abismos de la divina sabiduría.

IV

EL CONTRATO DE JUDAS

Preocupados andaban los príncipes de los sacerdotes y los ancianos de Israel, porque el pueblo todo marchaba en pos de Jesús Nazareno. Con eso ellos perdían autoridad, influencia y... dinero.

La envidia los carcomía, no pudiendo soportar en manera alguna por más tiempo aquel estado de cosas, que cada vez era más violento. Era preciso dar un golpe de gracia seguro y decisivo, que acabase de una vez para siempre con el joven nazareno, tan popular y tan influyente.

Muchas veces quisieron echarle mano; hasta mandaron emisarios pagados para que lo apresasen y le dieran muerte secretamente; pero nunca pudieron lograr su intento.

Es que no había llegado la hora señalada.

Después del triunfo de Jesús al entrar en Jerusalén entre las aclamaciones de una muchedumbre ebria de entusiasmo, ya no pudieron los grandes de la nación disimular por más tiempo sus satánicos proyectos. Las polémicas habidas con el Maestro en los atrios del templo de Jerusalén durante los últimos días fueron reñidísimas. Las descargas del Profeta eran formidables. Imposible resistirlas. Era aquello un duelo a muerte.

Mil veces los confundió. Siempre que quiso.

Al fin, ¿qué eran ellos y qué significaba toda su ciencia junto a la sabiduría de Dios?

El pueblo de todo se daba cuenta, comprendiendo

que la razón estaba toda de parte de Jesús; que aquellos hombres eran unos impostores, embusteros, dominados por la envidia y por las más viles pasiones.

Pues, a pesar de tan tremendas derrotas sufridas a la faz del pueblo entero no daban su brazo a torcer. Reunidos en consejo, deliberaron largamente sobre Jesús.

—¿Qué hacemos? Porque este hombre hace muchos prodigios. Si lo dejamos así, todos creerán en él, y vendrán los romanos y destruirán el país y la nación.—Era la razón aparente, aducida en tales circunstancias; otras más íntimas, y sobre todo más personales, más interesadas y egoístas, se atravesaban de por medio en el asunto.

Y luego de haber emitido cada cual su opinión, habla el Presidente, el Sumo Sacerdote, que lo era aquel año Caifás, arrogante y violento, como si fuera un oráculo bajado del cielo, como escupiendo sentencias:

—Vosotros no sabéis nada, ni os dais cuenta de que os conviene que muera un solo hombre por el pueblo, y no que perezca toda la nación.—

La sentencia estaba pronunciada.

Advierte San Juan: «Esto no lo dijo Caifás de suyo, sino que, como era el Sumo Pontífice en aquel año, profetizó que Jesús había de morir por la nación, y no solamente por la nación, sino también para congregar en un cuerpo a los hijos de Dios que estaban dispersos» (S. Juan XI, 51).

Pasaron días y más días y la cuestión acerca de la persona de Jesús no acababa de resolverse.

Todos trataban de echarle mano, prenderlo y darle muerte, como estaba determinado. Mas nin-

guno se atrevió a hacerlo, mucho menos durante las solemnidades de la Pascua, por temor a un motín del pueblo, tan entusiasta de Jesús.

Más bien procuraron dejarlo para después de las solemnidades. Esos eran sus proyectos. Otra cosa estaba determinada desde toda la eternidad.

Reunidos se encontraban los grandes de la nación, deliberando sobre estos asuntos, cuando en el salón mismo se presenta un hombre de mirada torva, de hosco rostro y de pocas palabras, que quiere hablarles algo interesante para ellos; precisamente el asunto que tienen entre manos; y eso en secreto y sin testigos....

Entra Judas en la sala del Consejo y los ojos de todos se clavan fijamente en él, uno de los doce más afectos y seguidores más asiduos de Jesús Nazareno.

¿Qué querrá aquel hombre y en tales circunstancias? ¿Cuáles serán sus proyectos? ¿Qué buscará en aquella reunión? ¿Si vendrá a espiarlos para deshacer sus proyectos?...

Y aun cuando le admitieron en la reunión, era preciso obrar con toda cautela, tomar todas las precauciones posibles, no fuera a armarles una mala partida.

Y tan seguros que obraban; como que llegaba a hacer el contrato de Jesús. Habló Judas con ellos; deliberaron; discutieron. Hubo opiniones para todos los gustos.

Por fin se determinaron a obrar con rapidez y seguridad en un asunto tan importante. Y después de arreglado todo se hizo el contrato.

—¿Qué queréis darme y yo os lo entregaré?—
—Con treinta siclos tendrás bastante.—

Judas aceptó sin poner mayor resistencia, ni la

más pequeña dificultad, quedándose tan satisfecho con la ganancia. El caso era aumentar el capital robado. Lo demás ¿qué le importaba?

Así pagaba él las bondades que había recibido de su Maestro. Así correspondió a su confianza al hacerle administrador de los pocos bienes del colegio apostólico.

¡Qué! ¿No valía más Jesús? ¿En tan poco estimaba su persona?... Es que no le conoció; a pesar de haber vivido con él durante tres años, no supo apreciar la grandeza de su Maestro.

Treinta monedas era el precio que se pagaba por un esclavo. Judas se contenta con esa mísera paga por la persona de Jesús, que era el Señor de cielos y tierra; el Verbo eterno de Dios; la segunda Persona de la Beatísima Trinidad; el Dueño de cuanto existe; el tesoro máspreciado que los mundos han conocido.

¡Qué opinión tan distinta hubiera formado Pedro! Si se hubiera consultado a Juan, otro fuera también su pensamiento. Si lo supiera la Magdalena,... hasta su sangre diera generosamente.

El contrato estaba hecho. Y ¡qué contrato! El más infame que se ha conocido entre dos partes, en el cual al punto se advierte la infamante vileza del vendedor, y la zorrería mal disimulada de unos compradores vengativos. Los unos usureros en ofrecer, el otro más usurero aún en aceptar.

En verdad, que el contrato celebrado entre Judas y los príncipes de Israel no pudo ser ni más injusto, ni más inicuo, ni más infame.

Buena prueba está dando el apóstol traidor de la ruindad de su corazón, dominado por la avaricia; pues se contenta con treinta monedas....

De seguro que, apenas hubo terminado el con-

trato y retirándose de la presencia de los príncipes, éstos se felicitarían a sí mismos por el triunfo conseguido, y que les resultó mejor de lo que ellos pensaban. Sobre Judas lanzarían sarcástica sonrisa, pues sin regateos de ninguna clase había aceptado lo primero que le ofrecieron. Como si se les ocurre ofrecerle menos.

Judas ha dado un paso sumamente peligroso. Pero una vez puesto en la pendiente resbaladiza del crimen, era preciso consumarlo, y lo consumó, lleno de villanía y falta de vergüenza.

Después de aquel contrato el alma del usurero debió de quedar llena de mortales angustias; su espíritu lleno de sobresaltos; su corazón comido por el gusano roedor.

¿Se dió cuenta de lo hecho? ¿Comprendió lo grande, lo enorme de su crimen? ¿el alcance de aquel contrato tan injusto?... Por lo menos durante las horas silenciosas de la noche, cuando quiso descansar, a su mente acudirían, como negros fantasmas que le abofeteaban en pleno rostro, las treinta monedas; como aves de rapiña que desgarraban su corazón podrido, los recuerdos de la venta del Maestro. El remordimiento tuvo que comerlo vivo.

Los golpes que sentía en el fondo del corazón eran más que suficientes para despertarlo del profundo letargo en que se hallaba sumergido. Aquellas sienas se abrasaban en fuego.

Y al presentarse de nuevo ante el Maestro, ¿qué sentimientos serían los suyos? ¿No se daba cuenta de que, siendo la Sabiduría divina, estaba al tanto de su obra nefanda?

Lleno de descaro, ante Jesús de nuevo se presentó, como si nada hubiera hecho.

Las circunstancias por las que el apóstol traidor pasaba después de tan infame contrato, en nada le eran favorables.

¿Qué hacer en tal situación? ¿Consumar su obra de iniquidad? ¿Volverse atrás? y ¿cómo? ¿por qué medios? No encontraba Judas solución adecuada y satisfactoria a tales dificultades; no encontraba camino viable por donde dirigir sus pasos; el despeñadero por el que marchaba rodando era enorme. En aquel mare mágnum en que estaba metido, no le era posible encontrar salida.

La avaricia y la ambición lo hundían cada vez más.

Y no obstante, la solución estaba en sus manos. Un sincero arrepentimiento era el camino para conseguir el perdón.

¿No sabía él lo bueno que Jesús era? De sobra sabía que nadie de su presencia salió sin consuelo, sin paz, sin la calma que reclamaba. Frescos estaban los casos de la Magdalena y de la mujer adúltera; fresca estaba la parábola del hijo pródigo.

Las infinitas ternuras del Corazón de Jesús estaban convidándolo, ofreciéndole generoso perdón.

Pero, ¡ay! Judas estaba cegado por la pasión de la avaricia, y no veía; el dinero no le dejaba ver.

Era imposible volverse atrás en el camino comenzado.

De cabeza se hundió en un abismo sin fondo.

Tenía que cumplir la palabra dada a los príncipes de los sacerdotes.

Tenía que entregar a su Maestro en manos criminales.

Y lo entregó....

V

EL LAVATORIO

Dice al evangelista San Juan que Jesús amó a los suyos que vivían en el mundo, y que los amó hasta el fin.

Este amor no puede expresarse con el tosco lenguaje humano, por ser el amor de un Dios a los hombres. Aquello, más que amor era un deliquio, una sublime pasión divina, era fiebre, era locura de caridad, de la caridad más grande que se ha conocido. Era el amor de un Dios a los hombres.

Pero el amor es expansivo, busca manera de manifestarse; da pruebas de que vive.

Y Jesús bien grandes, muy elocuentes las había dado durante su vida, de que efectivamente amaba a los suyos, a sus discípulos, a sus apóstoles, a los que el Padre le había encomendado.

Pues antes de partir de este mundo, y precisamente cuando se avecina la hora de la despedida, entonces les da las mayores pruebas de ese amor. Los sienta a la mesa, celebra con ellos la cena pascual, comen juntos el cordero. Jesús hace las veces de padre de familia; ellos son los hijos. Hijitos míos, los llama en tono tierno y amoroso durante la conversación que con ellos sostiene de sobremesa.

¿Qué más?

Cuando más alegres estaban todos, menos Jesús; cuando la animación se ha apoderado de los ánimos,

y ellos hablan y se comunican entre sí y con el Maestro, y quieren acercarse a él mucho, mucho...; entonces Jesús se levanta de la mesa, quítase el manto que de ordinario llevaba, y se dispone para hacer algo inusitado.

Al ver los apóstoles la actitud de Jesús, se miraron sorprendidos unos a otros con ojos desmesuradamente abiertos.

¿Qué pensará? ¿De qué se tratará? Porque todo aquello estaba fuera del programa y de las rúbricas. Y como estaban acostumbrados a verse sorprendidos frecuentemente con hechos extraordinarios de Jesús, máxime en aquellos días, callan y le dejan obrar, mirándole de hito en hito, sin atreverse a proferir palabra.

Efectivamente, inusitado y nunca visto es lo que presencian ahora los apóstoles.

Sorprendidos por la actitud humilde del Maestro háseles formado un nudo en la garganta, que no les deja hablar.

Jesús se ha ceñido a la cintura un lienzo blanco; luego pone agua en una jofaina, y de rodillas ante los apóstoles, comienza a lavarles los pies uno después de otro.

El cuadro aquel resultaba por demás emocionante, tierno, conmovedor.

Jesús arrodillado ante el hombre...; toma los pies manchados por el polvo del camino en sus manos divinas; los lava, los enjuga, los besa con ternura de madre....

Aquello era demasiado; aquello era el colmo del abatimiento.

Pero llega un momento en que Jesús encuentra oposición, resistencia tenaz a su obra. Uno de los

doce se niega a ser lavado; se resiste enérgicamente, y hasta protesta.

¿Será acaso Judas, el traidor, avergonzado ante su Maestro?

No. Es Pedro, el apóstol ardiente, alma de héroe, temple de acero, que se da cuenta, que mide y comprende la distancia que hay entre Jesús y él, entre Dios y el hombre, y reconociéndose indigno, se encara con Jesús:

«¡Senor! ¿Tú lavarme a mí los pies?»

En aquellos momentos Pedro no hizo más que recordar la confesión hecha de Jesús en el camino de Cesarea poco tiempo antes, cuando dijo: «Tú eres el Cristo, el Mesías, el Hijo de Dios vivo.» Y por eso al verle ahora postrado a sus pies para lavarlos, juzgó indigno de tanta majestad lavar los pies, obra de esclavos.

Respondió Jesús sencillamente: «Lo que yo hago, tú no lo entiendes ahora. Ya lo entenderás después.»

¡Bueno estaba Pedro para atenerse a razones! Pues porque no lo entiende, ni tampoco entiende las palabras de Jesús, persiste en su negativa. No cede tan fácilmente, ni da su brazo a torcer así como así. En generosidad para con el Maestro no hay quien le gane, y más conociéndolo como lo conoce.

«No y no, he dicho. A mí no me lavarás los pies jamás.»

¡Vaya una porfía aquella entre el apóstol tenaz y el Maestro humilde. Jesús, que sí; que le lavará los pies. Pedro, que no; que no se los deja lavar.

¿Quién vencerá? ¿Quién ha de vencer? La humildad; eso sin la menor duda.

«Mira, Pedro; si no te lavare los pies, no tendrás parte conmigo.»

«¿Conque así es? En ese caso, no sólo los pies, sino también las manos y la cabeza.»

Había triunfado en toda la línea la humildad de Jesús sobre la obstinación del apóstol, quien, bajando la cabeza, imponiendo silencio a sus labios, visiblemente emocionado, confuso, avergonzado, dejóse lavar los pies.

Aquello de tener que separarse de su Maestro, y de tal Maestro cual nunca lo hubo ni lo habrá jamás; aquello de tener que separarse de compañía tan dulce, tan amable, tan divina, era muy duro para Pedro, más duro que dejar lavarse los pies. No pudo resistir por más tiempo. La palabra de Jesús lo había cautivado; estaba vencido.

Se dejó lavar los pies, y hubiera permitido gustoso que le lavara las manos y la cabeza, si necesario fuera.

¿Y los otros apóstoles?...

Mudos por el estupor, confusos, también permitieron que aquellas manos divinas tocasen sus pies, y a medida que Jesús les limpiaba el polvo que habían cogido en el camino, limpia y purifica su alma, preparándola para el acto que dentro de breves momentos se seguirá: la Comunión; la primera Comunión.

¿Y Judas?

También tuvo la osadía de dejar lavarse los pies. Pero su corazón estaba demasiado lleno de barro; no era solamente polvo, eran manchas muy negras las que tenía; era muy grande su traición; estaba metalizado; no pudo comprender, no quiso entender la obra del Maestro. Se hizo el desentendido.

Sentados de nuevo a la mesa, aprovecha Jesús el estado de ánimo en que encuentra a los suyos, para darles una lección.

«¿Sabéis lo que acabo de hacer con vosotros?

Vosotros me llamáis Maestro y Señor, y decís bien, pues lo soy. Pues si yo, Maestro y Señor, os he lavado los pies, también vosotros mutuamente unos a otros debéis lavaros los pies.

Ejemplo os he dado, para que, como yo lo he hecho con vosotros, del mismo modo lo hagáis vosotros.»

La ceremonia terminó con la misma sencillez con que había comenzado. Jesús volvió a sentarse a la mesa. Había dado una lección sublime, que los apóstoles se encargaron de recoger, y que no echaron en olvido.

También ellos se lavaron los pies mutuamente unos a otros, y los lavaron a los pobres, y los lavaron a los peregrinos, y a los caminantes, y transmitieron la lección y el ejemplo a todos sus sucesores.

La Iglesia ha recogido maravillosamente la lección de Cristo. Todos los años, en llegando la festividad del Jueves Santo, sus ministros, los sacerdotes, los obispos renuevan aquella escena del cenáculo; ante doce pobres se arrodillan, y les lavan los pies, y se los besan.

¿Qué mucho que el hombre se humille ante el hombre? ¿Qué mucho que el polvo se postre ante el polvo? Antes se postró Dios ante el barro. *Exemplum dedi vobis*—«Ejemplo os he dado. Haced vosotros lo mismo.»

Los apóstoles ya estaban con este acto preparados para recibir la Comunión.

Sus pies también estaban dispuestos para marchar por los pueblos para evangelizar. Cuando suene la hora, así lo harán.

El profeta los contempló varios siglos antes, y al verlos, exclamó lleno de júbilo: «¡Qué hermosos son los pies de aquel que sobre los montes anuncia y predica la paz!» (Isaías LII, 7); de aquel que anuncia la buena nueva y pregonera la salvación.

Poco tiempo después, aquellos pies, fortalecidos con el contacto de Jesús, corrieron veloces por los pueblos y ciudades, por los campos y los valles, buscando la oveja perdida, para conducirla al rebaño del buen pastor, Jesucristo.

VI

EL TRAIADOR A LA MESA

Jesús, que había venido al mundo a edificar, y no a destruir, va a celebrar la última cena de su vida junto con sus apóstoles.

«Id», dice a Pedro y a Juan, «id, y a la puerta de la ciudad encontraréis un hombre con un cántaro de agua. Seguidle. Entrará en casa de un padre de familia, que tiene una sala grande, espaciosa, bien aderezada. Allí prepararéis todo lo necesario para comer el cordero.»

Y fueron, y lo prepararon todo como lo había dicho el Maestro. Luego llegaron todos y se sentaron a la mesa. Los doce con Jesús.

También Judas se sentó a comer el cordero pascual en compañía del Maestro, como lo hiciera los años anteriores, pero animado ahora de muy distintas intenciones. Ahora estaba acompañado de muy tétricos pensamientos; con la traición que llevaba en el pecho, como una víbora; con la alevosía infame.

Todos comen del cordero. Todos hacen las libaciones de rúbrica. El cáliz va pasando de mano en mano. Todos beben de él.

Jesús les habla con entera confianza: *Desiderio desideravi*—«Con gran deseo he deseado comer con vosotros esta pascua antes de morir. En verdad os digo, que no volveré a comerla más con vosotros, no beberé ya más de este cáliz hasta que llegue el reino de Dios.»

Y vuelve a pasar de mano en mano la copa llena de vino, de la cual todos beben de nuevo.



La Última Cena
por Martín Schongauer

El silencio y la melancolía que presiden aquella última cena, reinan en la estancia, llena de misterios, después de las últimas palabras de Jesús. ¡Qué silencio tan imponente era aquél, y en tales circunstancias!

Los apóstoles, testigos del lavatorio de los pies, viendo la gran humillación a que se ha sometido el Maestro, están sobrecogidos, asombrados, sin atreverse a proferir ni una sola palabra.

¿Qué podrían ellos decir en momentos tan solemnes, ignorantes como eran de los proyectos del buen Jesús?

Mejor les era callar. Con la cabeza inclinada sienten sobre sí un peso enorme; están preocupados y muy pensativos. Las palabras de Jesús caen lentamente en su alma y se graban con intensidad en sus corazones entristecidos, cual si presintieran algún terrible acontecimiento.

Jesús habla de nuevo, descorriendo el velo de los grandes secretos que torturan su corazón. Comienza a hablar emocionado, triste.... Pero habla. Tiene que hablar; tiene necesidad de expansionarse: «En verdad os digo que uno de vosotros me ha de hacer traición. Uno de vosotros ha de venderme. Uno de mis doce, que está aquí sentado a la mesa; que come conmigo; que mete la mano en el plato mismo que yo.»

Era la costumbre que había en el Oriente, y aún dura: todos comen del mismo plato común.

Judas comía con Jesús. Judas recibió esta prueba de íntima, de gran confianza de parte de Jesús. Judas y Jesús la tarde del Jueves Santo comieron, pues, en el mismo plato. El apóstol ya estaba traicionando al Maestro, sin darse cuenta de que lo sabía todo. En sus manos apretaba la bolsa que recogería las treinta monedas. Aquella mano que osada entraba

junto con la de Jesús en un plato común, se había de extender poco después para recibir el precio de la sangre del Justo.

¡Qué monstruosidad, que horrible atrevimiento!...

Al oír las palabras de Jesús, los apóstoles se miran sobresaltados unos a otros. El horror, el asombro, la extrañeza se pintan al vivo en su semblante. Con ojos desmesuradamente abiertos y con miradas aterradoras, llenas de pasmo, de estupor, de espanto, se miran de nuevo, como queriendo adivinar en el rostro del vecino y leer en el fondo del alma lo que Jesús les ha manifestado de una manera general, y que para ellos es una revelación asombrosa, nunca sospechada.

Ninguno de ellos se atreve a pensar mal de otro. Y por eso preguntan llenos de temor al Maestro: «¿Seré yo?» temiendo oír la respuesta afirmativa, que los descubra ante sus compañeros.

Pedro, el valiente, que ha confesado la divinidad de Jesús en momentos muy solemnes, interroga, dudando de sí: «¿Seré yo acaso ése de quien hablas? ¿Te traicionaré yo?»

Juan, el amado, el discípulo bueno, la paloma sin hiel, duda también de sí mismo, y pregunta aterrado: «¿Soy yo acaso, Maestro?»

Cada uno de los hijos del Zebedeo, tan valientes, tan resueltos, ahora están amilanados, y preguntan: «¿Seré yo, Señor?»

Y así todos hacen la misma pregunta.

También Judas tiene el atrevimiento, incalificable atrevimiento, de dirigirse a Jesús, como si fuera inocente. Tenía que disimular — ¡hipócrita! — ante sus compañeros el crimen que estaba tramando. Quería disimular, y se atrevió también a decir: «Maestro, ¿seré yo?»

Y Jesús no calló. ¿Cómo callar ante la verdad que necesariamente se imponía? ¿Cómo ocultar al traidor lo que perfectamente le era conocido? ¿Cómo callar lo que le era del todo manifiesto?

«Sí; tú lo has dicho. Eres tú», le dijo con voz muy baja, tan baja, tan queda, que solo Judas pudo oírlo.

¡Cuánta caridad! ¡Qué delicadeza de parte de Jesús! No quería descubrir al traidor; no quería oponerse a sus criminales intentos. Mejor era dejarlo en libertad; que obrase como mejor le pareciese. No obstante le avisó; que era conocedor de todo; que no se le ocultaba absolutamente nada; que penetraba hasta en los más secretos repliegues de su negra alma.

Jesús vuelve a repetir lo antes dicho: «La mano del traidor está conmigo a la mesa.»

Y calló....

«¡Desgraciado de él! Mejor le fuera no haber nacido.» Terrible anatema acababa de caer sobre su alma.

Y de nuevo, en vista de tal amenaza, siguen las preguntas de los apóstoles unos a otros, a sí mismos, a Jesús, temiendo, dudando, desconfiando.

Un interrogante fatal flota en aquel ambiente, de amarguras lleno: ¿Quién es?...

A esta pregunta nadie, fuera de Jesús y de Judas, puede responder. Todos los demás están por completo desorientados. Pero quieren saberlo, y saberlo allí mismo, y saberlo cuanto antes. Si pudieran mirar en el corazón de los otros, como miran en el suyo....

Pedro no puede resignarse. Está en ascuas por saberlo; quiere saber quién es el traidor para acabar con él. Tropieza, no obstante, con una seria dificultad, y es que no está tan cerca del Maestro para preguntárselo en secreto, y se limita a dirigir una mirada a Juan, que está tocando con Jesús.

Y fué entonces cuando Juan se reclinó suavemente sobre el pecho de Jesús, anegado en un mar de angustias, preñados los ojos en lágrimas. Se reclinó sobre aquel pecho, sintió las palpitations precipitadas de aquel corazón apenado. Quería saberlo todo, todo... Y Jesús no se lo ocultaría; también él necesitaba desahogo, expansión; entonces más que nunca.

«Maestro, ¿quién es?»

Conocedor Jesús de que la venganza en manera alguna podía anidar en el corazón sin hiel de aquella paloma, se lo dijo, pero sin nombrarlo.

«Aquel a quien yo ofreciere un pedazo de pan mojado en la salsa.»

Y alargó a Judas el pan.

Era la prueba de especial amor que el Señor daba a uno de los comensales en tales circunstancias.

Judas tomó el pan y lo comió. Inmediatamente, en su alma y en su cuerpo entró el demonio. San Juan, que lo vió todo, nos lo dice en su Evangelio. No podía Judas por más tiempo sufrir la presencia del Maestro. La luz y las tinieblas nunca se encuentran juntas.

Levantóse precipitadamente de la mesa y salió.

Jesús extrema la delicadeza con el traidor, para que no sospechen los demás, y le dice: «Lo que vas a hacer, hazlo pronto.»

Todos creyeron que le hablaba de las cosas necesarias para aquellos días de fiesta.

Muy otras eran sus intenciones.

Judas salió del cenáculo a toda prisa; parecía una furia del infierno. Cuando salió era de noche. Las tinieblas lo rodeaban por todas partes. Las tinieblas envolvían su alma.

VII

LA PRIMERA CONSAGRACIÓN

¡Jueves Santo!... ¡Primer Jueves Santo!...
Atardecía.

Los apóstoles, comisionados por Jesucristo para preparar el cenáculo y las demás cosas necesarias en la celebración de la Pascua, habían cumplido con su cometido hasta en los más insignificantes pormenores.

El cenáculo estaba bien acomodado; sacrificado el cordero, puesto en medio de la mesa; allí también las hierbas amargas, el vino generoso, el pan ácimo. Todo, según, lo mandaba la ley.

Jesús llega al obscurecer con los apóstoles, y después de las purificaciones de manos y demás lavatorios, establecidos por la costumbre, penetra en la gran sala, donde ha de celebrar la última cena y donde repartirá la primera Comunión.

¡Qué emociones tan intensas sentiría en aquel entonces el buen Jesús! Ve llegada la hora tan vivamente por Él deseada, para dar una prueba elocuente a los hombres del amor que les profesa, y sonrío de gozo.

Todo convida en aquellos momentos a la alegría más íntima. Así lo manifiestan en su rostro los apóstoles, porque una vez más comerán con Jesús el cordero.

En el corazón de Cristo luchan con insistencia dos afectos muy contrarios entre sí: alegría y tristeza.

Y es que, mirando con mirada profética al porvenir, lo ve muy negro, cubierto de espesos nubarrones de color plomizo, precursores de formidable tormenta. Pues así como la calma, una calma misteriosa, precede a las grandes sacudidas atmosféricas, ve Jesús que una calma aparente—aparente nada más—le rodea. Después... aquella misma noche, dentro de breves horas seguirá horrísona tempestad de humanas pasiones, represadas por espacio de tres años.

No obstante, Jesús lleva a cabo su programa; el programa que tiene trazado para esta noche desde toda la eternidad.

Sin incidentes de ninguna clase se celebra como en años anteriores la cena; se come el cordero.

Han terminado las figuras. Ahora comienzan las realidades.

¡Noche del Jueves Santo! ¡Primer Jueves Santo, eucarístico!

Anochecido.

Entonces, cuando ya no quedaba nada por cumplir, habiéndose llenado la ley en su totalidad, entonces los velos se descorren, y aparecen las realidades más dulces para el pueblo que se levantaba.

Anteriormente Jesús, queriendo preparar los ánimos de sus apóstoles y el corazón de la muchedumbre para la gran obra que pensaba realizar, levantó un poco el velo de los misterios y dijo:

«Yo soy el pan de vida.

Vuestros padres comieron el maná en el desierto, y murieron.

Éste es el pan que descende del cielo, a fin de que, quien comiere de él, no muera.

Y soy el pan vivo que he descendido del cielo.

Quien comiere de este pan, vivirá eternamente; y el pan que yo le daré es mi misma carne» (S. Juan VI, 48—52).

No poca sorpresa causaron en aquel entonces estas palabras de Jesús a las muchedumbres; y hasta hubo gritos de protesta, y apostasías, y claudicaciones en muchos de sus discípulos, pues, metalizados como estaban, no comprendieron la sublimidad de tales doctrinas, lanzando públicamente su protesta:

«Dura es esta doctrina; y ¿quién puede escucharla?» (S. Juan VI, 61.)

Ahora es llegado el momento de cumplir la promesa.

Precisamente, ha dejado esta obra sublime para los últimos momentos que está con los suyos, a fin de que mejor sepan agradecerla.

Jesús está todavía sentado a la mesa.

Su corazón late con fuerza inusitada. Su espíritu se transfigura. Su rostro vese nimbado de claridades celestiales.

Los apóstoles lo ven, y no se atreven a pronunciar una sola palabra, sobrecogidos de respeto.

Comprenden por las apariencias, que algo extraordinario va a realizarse allí, aquella misma noche, sin que puedan adivinarlo.

¡Qué momentos tan solemnes tuvieron que ser aquellos que precedieron a la primera Consagración y a la primera Comunión!...

¡Qué emociones tan intensas las que sentirían los apóstoles antes de ser consagrados sacerdotes de la Nueva Ley! Después de veinte siglos parece percibir el alma del levita algo de esas emociones, al verse delante del Obispo consagrante.

El Gran Pontífice, el Sumo Sacerdote Cristo Jesús

toma en sus manos divinas el pan; el pan que les ha servido para la cena.

Es llegado el momento. Un ejército de ángeles ha bajado hasta el cenáculo, penetrando en él silenciosamente sin ruido, para hacer la corte y tributar las primeras adoraciones a Jesús sacramentado.

Los labios de Jesús se abren en medio de célica sonrisa. Luego pronuncia unas palabras omnipotentes, que hacen cuanto dicen, y dicen cuanto quieren: «Tomad y comed: *este es mi cuerpo.*»

Y en aquel mismo instante el pan deja de ser pan, y pasa a ser el cuerpo de Cristo.

Los ángeles pegaron su frente al suelo, y adoraron. En los espacios resonó por vez primera un himno, el himno de la Eucaristía, cantado por voces melodiosas; eran la voces de los ángeles.

Cinco palabras pronunciadas en otra ocasión solemne por la Virgen nazarena fueron suficientes para que se realizara en sus purísimas entrañas el misterio de la encarnación del Verbo.

Cinco palabras pronunciadas por Jesús la noche del Jueves Santo llevaron a cabo el misterio de la *transubstanciación* del pan en su mismo cuerpo.

¿Cómo ha podido ser esto? No lo sé; no lo comprendo. La razón no lo alcanza. La fe me dice ser una dulcísima realidad.

La Iglesia canta en la fiesta del Santísimo Corpus:

*Quod non capis, quod non vides,
animosa firmat fides
praeter rerum ordinem.*

Lo que no ves ni comprendes,
fe constante lo defiende
sobre el orden natural.

¿Qué pasó entonces en el cenáculo? No lo sé. Lo que sí sé es que se convirtió en el primer templo católico, y cada apóstol fué un sacerdote, y su pecho un sagrario, y su corazón un copón donde Jesús se encerró por vez primera.

¡Misterio grande, asombroso, profundo! ¡Misterio de fe, misterio de amor!... Es la primera Consagración. Es la primera Comunión.

¿Qué sintieron en aquel entonces los apóstoles? Tampoco lo sé. Lo que sí sé es que, de simples, rudos pescadores se convirtieron en sacerdotes del Altísimo para realizar otro tanto; con poder y autoridad sobre el cuerpo de Jesús. También ellos repitieron luego las mismas palabras de Jesús, y el pan se convirtió en el cuerpo santísimo del Divino Redentor.

Después... los sacerdotes todos del mundo católico repetimos aquellas palabras misteriosas, omnipotentes, y Jesús desciende a nuestras manos, y lo repartimos a los fieles, y el corazón de éstos se convierte un sagrario donde mora Jesús.

Entonces, sí, entonces se realiza la unión íntima, estrecha, anunciada por el Maestro:

«Quien come mi carne y bebe mi sangre, en mí mora y yo en él. Quien me come, vivirá por mí» (S. Juan VI, 57—58).

Unión maravillosa; transformación sorprendente: Jesús en el alma del comulgante; el alma en Jesús; ambos viviendo la misma vida.

Alma de Cristo, santifícame.

Cuerpo de Cristo, sálvame.

Sangre de Cristo, embriágame.

Agua del costado de Cristo, lávame.

¡Poder asombroso del sacerdote católico! ¡Dicha inefable de las almas que comulgan! ¿Cómo agradecer tanta dignación? ¿cómo tanta bondad?

¡Señor Jesús! ¡Cordero celestial! purificad nuestros labios, para que puedan pronunciar menos indignamente las palabras de la Consagración, que Vos mismo pronunciasteis por vez primera la noche del Jueves Santo....

Purificad nuestros corazones, para que sean digna morada donde descanséis. Purificad nuestras potencias y nuestros sentidos, nuestra alma y nuestro cuerpo, para que puedan llegarse a Vos; vivir con Vos, vivir de Vos.

Que los cielos y la tierra y las criaturas todas que pueblan el Universo se deshagan en amor y en agradecimiento por este inmenso beneficio concedido a las mortales criaturas.

Que el hombre adore rendido y confiese humilde este gran misterio. Que sus labios y su corazón canten enajenados al misterio del amor.

Cantemos todos, cantemos,

Cantemos al Amor de los amores,
cantemos al Señor.

¡Honor y gloria a Ti, Rey de la gloria!

¡Amor por siempre a Ti, Dios del amor!

VIII

GETSEMANÍ

¡Getsemaní! El huerto silencioso, retirado. El huerto de los Olivos, testigo de las agonías prolongadas del Hombre-Dios; de su oración ferviente; testigo de sus sangrientos sudores.

Era de noche. La luna rielaba melancólica en los espacios, y su luz tímida apenas si servía para iluminar fantásticamente el mundo aletargado, la ciudad de Jerusalén y los campos circunvecinos.

Noche plácida y serena, tranquila y apacible.

No así lo era para Jesús, que visiblemente emocionado se levantó de la mesa, una vez terminada la cena del cordero, y salió del cenáculo con sus apóstoles, encaminándose, como de costumbre, hacia el huerto de Getsemaní para entregarse a la oración.

Atravesaron las calles silenciosas, solitarias, obscuras de la ciudad; bajaron al valle, pasaron el torrente de Cedrón, por aquel entonces medio seco, y por un estrecho sendero se internaron en la espesura del huerto, poblado de olivos y de arbustos.

Una suave brisa nocturna se entretenía jugando con los arbustos y con las ramas de los árboles.

Noche tibia. Luz suave; melancólica tristeza se esparcía por el ambiente, y también llenaba el alma de los apóstoles de Cristo.

También Jesús estaba triste, y para desahogar esa tristeza dió expansión a los afectos de su alma,

sobre todo después que el traidor abandonó su compañía.

Ahora buscaba otra clase de consuelos superiores en la oración, en la comunicación íntima con su Eterno Padre. A eso iba al huerto, a orar, a prepararse para la lucha, a buscar fuerzas para la batalla, a buscar consuelo para su espíritu; el consuelo que los hombres le negaban.

Tristes caminaban los apóstoles, con paso perezoso seguían al Maestro, callados, meditabundos, sin ganas de hablar, presintiendo algo serio.

Y esos temores aumentaron más, al oír que Jesús les hablaba, sin detener el paso:

«Todos vosotros vais a escandalizaros en mí en esta noche. Porque está escrito: Heriré al pastor y se dispersarán las ovejas del rebaño.»

¿Entendieron lo que Jesús les anunciaba? ¿Comprendieron todo el alcance de sus palabras? ¿Vieron tan de cerca la tormenta como se les decía?...

Siguieron caminando y se internaron en el huerto de Getsemaní.

A la entrada mandó Jesús que se quedasen los apóstoles. Él avanzó un poco más, hasta el lugar de costumbre, llevando consigo a tres de los suyos, los más íntimos, los más predilectos, los que le vieron transfigurado en el Tabor. Justo era que éstos ahora participasen de sus dolores y sufrimientos, como antes participaron de sus alegrías; que le viesen abatido y triste, como antes le vieron resplandeciente y glorioso.

Eran Pedro, Santiago y Juan.

Caminaban en silencio los cuatro. Jesús lo rompe para decir:

«Estoy triste, muy triste, amados míos. Mi alma

está presa de horribles angustias, de pavor, hasta la muerte.»

Y añadió: «¿Quedaos aquí cerca. Velad y orad conmigo.»

Y separándose un poco de ellos, cayó en tierra, y con la faz pegada al suelo comenzó su oración. ¡Qué oración aquélla! ¡Qué plegaria! ¡La oración de Jesús en el huerto! La oración de un Hombre-Dios afligido, triste, atribulado en extremo; que ve muy cerca de sí la tempestad horrible deshecha; que ve el fulgor del relámpago, serpenteando en los espacios, y oye el estampido del trueno. La oración de Jesucristo que ve la Pasión encima, llena de horrores y de ultrajes, y de la que no puede librarse.

«Padre mío, si es posible, pase de mí este cáliz. Pero no se haga mi voluntad, sino la tuya.»

Qué tal fuerza el cáliz amarguísimo de la Pasión que ante la vista de Jesús se presentaba en aquellos momentos, no es fácil comprenderlo, mucho menos explicarlo. Cuando el Hijo de Dios así pide con vivas ansias que pase de él, que no se le haga beber, tenía que ser amarguísimo, bien repleto de hieles, y tan repleto que rebasaba los bordes.

Así permaneció orando Jesús durante una hora larga, pidiendo con insistencia que pasase el cáliz. Pero siempre que se haga la voluntad del Padre.

Y el Padre quiere que lo beba. Está irritado, muy irritado con la humanidad; los pecados de los hombres claman al cielo; piden venganza, por su número, por su calidad, por su enormidad. Quiere vengarse, y se vengará en el Hijo. Él está cubierto con los pecados de los hombres; por ellos ha salido fiador.

Que pague él; que sufra; que padezca; que muera. En el huerto que apure hasta las heces del amargo cáliz que se le presenta.

Misterios profundos, abismos insondables se des-envuelven en esta oración de Jesús tan fervorosa, tan perseverante. Porque, a pesar de todo su fervor, no es escuchado, no se puede cumplir lo que pide. No hay otro remedio; tiene que redimir al hombre. La voluntad del Eterno Padre tiene que llenarse. Para eso ha bajado Jesús del cielo a la tierra, para hacer la voluntad del que le ha enviado, y esa voluntad es, que muera.

Después de orar largo rato, se levanta y marcha en busca de sus tres predilectos apóstoles. Va en busca de consuelo, y los encuentra... ¡dormidos!

Buen consuelo iban a proporcionarle aquellos hombres tímidos, cuando sus ojos estaban cargados por el sueño; amedrentado su corazón; su espíritu lleno de pusilanimidad.

Jesús los despierta; los exhorta a que oren, que velen, que se preparen para el tiempo de la tentación, pues realmente está muy cerca.

Los deja solos y se interna de nuevo en la oración, pidiendo la misma gracia, haciendo la misma súplica: que pase el cáliz... que se haga la voluntad del Padre.

Si Jesús es escuchado en su oración, ¿qué será de la humanidad pecadora? ¿quién pagará por ella? ¿quién la redimirá? ¿quién la sacará de la esclavitud en que se encuentra?

Continuará envuelta en tinieblas, dominada por el pecado, degradada hasta el extremo.

No obstante, el Eterno Padre no puede hacerse insensible a los ruegos del Hijo, y le manda un ángel; el ángel confortador, que lo alienta, lo anima. Profundos misterios son éstos. La criatura ofreciendo sus consuelos al Creador.

Segunda y tercera vez deja Jesús la oración para

volver donde los suyos; y segunda y tercera vez los encuentra dormidos.

Los apóstoles duermen. Jesús vela. Judas vela también. Los enemigos velan, trabajan, toman todas las medidas para apoderarse de Jesús sin ruido y sin alborotos.

Ya vienen; ya se acercan. El resplandor de las antorchas ilumina a trechos el huerto. Judas obra sobre seguro. Sabe que es aquél el lugar frecuentado por el Maestro; que allí pasa las noches en oración.

Pero ¿si allí no estuviera ahora? ¿si por una casualidad hubiera cambiado de lugar y no lo encontrarán?

Pero lo más probable es que Jesús esté donde siempre, y por eso allí se encaminan con la seguridad de encontrarlo.

Como fantasmas deslízanse cautelosamente por entre los árboles y se acercan hasta el lugar mismo donde está Jesús.

Es su hora y el poder de las tinieblas.

Los apóstoles continúan durmiendo. Jesús vela, dándose cuenta de todo. Ya las luces se acercan; y se oyen los pasos del enemigo; ya está cerca, muy cerca. Se detienen un momento. Judas les repite la señal para conocerle: «Al que yo besare en el rostro, ése es. Cogedlo.»

Y se desliza como una culebra por entre los apóstoles, hasta llegar junto al Maestro.

Un momento después Jesús era entregado con beso traidor en manos de los enemigos.

Los apóstoles ni tiempo tuvieron para reaccionar. En vista de la catástrofe, huyeron como ovejas sin pastor.

Se habían cumplido las palabras de Jesús.

IX

BESO TRAIADOR

¡Judas Iscariote! El hombre infame; el apóstol traidor; el discípulo renegado, hipócrita y fementido.

Su figura aparece siempre envuelta en negras sombras fatídicas. Su nombre será siempre maldito de Dios y de los hombres. Sobre él han caído y caerán sin cesar los ultrajes y anatemas de los vivientes.

Hombre repugnante, villano, degradado hasta el extremo. El más vil de los hombres que han pisado la tierra.

¡Cómo! ¿No era Judas uno de los doce apóstoles de Jesús? ¿No le acompañó durante los tres años de apostolado? Sí, lo era; bien lo hace notar el santo Evangelio: Judas Iscariote, uno de los doce, escogido por Jesús, como Pedro, como Andrés, como Juan; que le siguió durante su vida pública; que fué el administrador y depositario de los bienes del colegio apostólico. En sus manos estaban las limosnas que les daban.

La bolsa del apostolado, nunca repleta, despertó la codicia de Judas. Como una serpiente se iba enroscando el dinero en su corazón. Y sisaba un día, y otro día, y muchos días. Fué un ladrón, un avaro.

La avaricia, la sed de dinero: he ahí el principio de su mal; mal que no cuidó de remediar con tiempo, y que lo condujo al último, al más triste desenlace: a vender a su Maestro.



El beso de Judas
por Giotto

Cuando la Magdalena se abalanzó a los pies de Cristo para lavárselos y ungirlos con preciosos aromas, Judas inició las murmuraciones contra ella, juzgando despilfarro el dinero empleado en aquellas esencias olorosas. Y es que —dice San Juan— como ladrón robaba cuanto podía. También hubiera querido robar en aquella ocasión.

La defensa que Jesús hizo de la Magdalena exasperó más la vida del traidor apóstol. No, ya no podía continuar por mucho tiempo con Jesús. Su vida, la vida de sus compañeros en el apostolado le daba en rostro. Aquello no era posible que continuase así; preciso era poner término a un estado tan violento.

Y comenzó a cansarle la compañía del Maestro. Como el ladrón huye y se espanta cuando los rayos del sol aparecen por el oriente; así Judas comenzó a separarse de Jesús, a huir del lado de los apóstoles.

Y comenzó a fraguar allá en el fondo de su alma tenebrosa negras maquinaciones, planes siniestros, diabólica conspiración.

Horrible idea ha cruzado por su mente.... Con mirada torva examina detenidamente a Jesús. ¿Habrá penetrado tal vez en sus intenciones? ¿Sabrá el secreto de sus criminales proyectos?

Puede ser.

Y aunque lo sepa, ¿qué...? piensa el apóstol malo.

De todos modos le conviene disimular; continuar en las apariencias como siempre. Cuando llegue la hora de obrar, obrará.

Mientras tanto calcula, medita, proyecta, observa, negocia con sus paisanos, los interesados judíos, la venta del Maestro.

He ahí sus proyectos cavernosos. Ni que hubieran salido de los antros del infierno.

Hombre más antipático, sér más repugnante que Judas, jamás pisará la tierra. No es tan vil—¿qué ha de serlo?—ni tan astuta la serpiente que se desliza por entre el ramaje, como aquel judío.

Judas, para disimular, asiste la noche del jueves a la cena del cordero. Cuando salió del cenáculo era ya de noche.

Era noche oscura en la ciudad, y más oscura y con tinieblas más negras en el alma del apóstol. Aquella noche de su alma nunca más vió aparecer en adelante el claro sol.

A tientas, y como pudo se lanzó por las calles de Jerusalén, hasta llegar a la casa donde estaban reunidos los magnates de Israel. Habla con ellos, cambian impresiones, y al fin, se determinan a llevar a cabo la captura de Jesús aquella misma noche. Les urge acabar con él cuanto antes. De otra suerte, nadie sabe lo que sucederá.

Agitado, nervioso, convulso, acompañado de los soldados romanos y de una patrulla de esbirros, se dirige al huerto de Getsemaní. Sabe que allí ha de estar Jesús, como de costumbre. Y con toda cautela, para no ser descubierto, se desliza por entre los árboles, hasta llegar muy cerca del Maestro.

¡Ahí está!... Es él.

Los otros apóstoles duermen descuidados, sin apercebirse del peligro inminente que les amenaza, sin darse cuenta de que la tormenta está encima.

Y acercándose el traidor a Jesús, le besó en el rostro, diciéndole: «¡Salve, Maestro!»

Mayor villanía jamás los siglos presenciaron.

Al oír aquel beso temblaron las rocas del monte vecino; se estremecieron los olivos del huerto, y lloraron las florecillas.

No muy lejos se oyó una carcajada infernal; la carcajada de Satanás.

¡Qué cuadro! ¡qué espectáculo! Jamás hasta entonces se había visto cosa semejante. La luz y las tinieblas juntas; la hermosura y la fealdad tan próximas; el cielo y el averno unidos. El rostro divino de Jesús y la cabeza infernal de Judas.

¡Un beso! señal de amor, de cariño, de amistad; un beso, la señal para conocer a Jesús entre las tinieblas de la noche.

En sus labios lleva Judas fiebre ardiente, que le abrasa, que le quema la boca, las entrañas, el corazón, todo su ser.

Desde entonces Judas siente en sus labios un escozor inmenso, unos ardores que no es posible apagar con las aguas de los ríos ni de los mares.

Aquella noche ya no pudo dormir, ni la otra, ni la de más allá.

La cabeza le estalla; las sienas le arden; los labios inmundos le revientan.

Mientras tanto sus manos aprietan fuertemente la bolsa del dinero. Dentro se revuelven como víboras las treinta monedas, precio de la sangre del Justo. Se revuelven y le muerden, como perros rabiosos.

Y corriendo, corriendo como un frenético, se precipita en el recinto del templo, habla con los sacerdotes; quiere un arreglo, para librarse de aquel remordimiento horrible, de aquella tremenda pesadilla.

—He pecado vendiendo la sangre del inocente.—

Y los sacerdotes, dirigiéndole una mirada despectiva, ni le hacen caso ni se ocupan de él.

—A nosotros ¿qué nos importa eso? Allá tú.—

Desesperado arroja con violencia el dinero contra el suelo, que va rodando, rodando; y se lanza de nuevo a la calle, más desesperado aún, al ver aquel desprecio.

¿Adónde irá? Ni lo sabe.

En sus oídos resuenan las palabras del Maestro: «Amigo, ¿a qué has venido? ¿con un beso entregas al Hijo del hombre?»

Acosado por terribles remordimientos, fuera de sí, marcha vagando errante, sin rumbo fijo, cual si fuera una furia del infierno.

La vida se le hace insoportable; la existencia muy desesperada; preferible es la muerte a la situación por la que atraviesa el apóstol infame.

Y queriendo poner término a su situación, se ahorcó de un árbol.

Y murió como un perro, porque con el peso del cuerpo la cuerda se rompió; cae con violencia contra el suelo y se revienta. Las entrañas se despa-rraman por tierra.

A picotazos terminan las aves de rapiña con él. A mordiscos el remordimiento lo había consumido.

Ni un sepulcro recogió sus restos mortales. Ni una persona amiga derramó unas lágrimas sobre su cadáver.

¡Infeliz Judas! Más le valiera no haber nacido.

X

EL PRENDIMIENTO

Dice el evangelista San Juan, que cuando Judas salió del cenáculo era de noche, muy de noche.

Noche oscura y cerrada para su alma empedernida, empecatada, dominada por el vicio.

Pasó una hora; pasaron dos, varias horas, y Judas no aparecía.

Estaba ultimando su plan. Bien conocedor era él del lugar donde Jesús se retiraba para la oración de la noche. En el huerto de Getsemaní tenía que estar, como de costumbre. Y allí dirigió sus pasos con la guardia romana y los esbirros del pueblo, seguro de encontrarle.

A no ser que cambiase de lugar en aquella ocasión... Pero no; allí estaba necesariamente, según sus cálculos.

Con linternas en la mano, y en tinieblas el corazón, avanzaba cauteloso por entre los árboles aquel pelotón de hombres criminales, resguardados por la obscuridad de la noche. Nadie podía imaginar el crimen que se iba a perpetrar. Ni los mismos apóstoles, que, despreocupados, se durmieron, sospecharon de lo que se trataba.

Ya avanzan, ya avanzan, guiados por Judas, que es quien mejor conoce el lugar; y para mayor seguridad les repite la consigna:

«Aquel a quien yo besare, ése es. Cogedle y lle-

vadle con mucho cuidado, no se os vaya a escapar de entre las manos.»

Temblaban, al pasar la turba, las ramas de los árboles; temblaban los tiernos arbustos del huerto. Extraña conmoción sintieron las piedras del camino, cuando se dieron cuenta de los pasos criminales de Judas. Y en las alturas del cielo la luna se ocultó medrosa entre las nubes, y las estrellas cerraron sus ojos para no ver...

Se aparta el apóstol del pelotón de soldados y apresura el paso; conoce perfectamente el camino; conoce el lugar; lo tiene bien estudiado todo; tan medido, tan calculado, que, humanamente hablando, no se le puede escapar el golpe.

No hay duda. Allí está el Maestro. Cerca unos pocos apóstoles duermen perezosamente. Aunque quisieran defenderlo, ¿qué son ellos tres contra todo un ejército bien armado?...

Y se acerca Judas; le besa en el rostro, y con fementida ironía le dice:

«Dios te salve, Maestro.»

Beso criminal; beso traidor; beso de unos labios inmundos y negros como la noche y el infierno.

Ya Judas cumplió su oficio traidor. Sin tardar entran en escena los ministros de los sacerdotes. Llegaron en confuso tropel los soldados, los sayones, la cohorte que le habían dado para llevar a cabo el prendimiento. Llegaron todos bien armados; preparados a echar mano a Jesús. No vieron bien a quién besó Judas, y permanecieron indecisos un instante.

Majestuoso les sale Jesús al paso sin temor, en el momento mismo en que llegaban los ministros.

También Él lo tenía todo medido.

—¿A quién buscáis?

—A Jesús Nazareno.

—Yo soy.

Apenas pronunció Jesús estas palabras, todos ellos cayeron rodando por tierra; allí permanecieron tendidos e inertes hasta que Jesús quiso.

¿Qué tendrían aquellas palabras que tales efectos produjeron? ¿Qué hubo en ellas de terrible y desolador?

Nadie podrá comprenderlas. Eran palabras de un Dios. Palabras omnipotentes, aterradoras.

Vienen sus enemigos a prenderlo bien armados, con espadas, con lanzas, con cordeles y cadenas, y ante la respuesta sencilla de Jesús caen rodando y sin sentido, desconcertados, como muertos.

Llegan a prenderlo y les falta el valor para echarle mano. Lo harán tan sólo cuando Jesús se lo permita.

¡Sublime escena aquélla! Momentos indefinibles los que precedieron al prendimiento de Jesús en el huerto. Cuando ya creían tenerlo seguro; cuando ya estaban para echarle mano, oyen sus palabras, se confunden, se sienten abatidos.

Aquellas palabras cayeron sobre ellos como un rayo, que los dejaron sin sentido.

Era la palabra de Dios que sacaba los mundos de la nada; era la palabra de Dios que sosegaba las olas del turbulento lago; que serenaba las tempestades; mandaba a los vientos, y ellos obedecían; mandaba a la enfermedad y ésta desaparecía. Era la palabra de Dios, el poder de Dios, llamando a los muertos de cuatro días de las lobregueces del sepulcro, y los muertos resucitaron llenos de vida.

Dos palabras de Jesús fueron más que suficientes para desarmar a todo un tropel de hombres. Bien pudieron ellos comprender la virtud sobrenatural de

que estaba investido; bien pudieron comprender que aquel hombre era más que un puro hombre, pues tan fácilmente los derrotaba con una sola palabra.

¿Qué hubiera sucedido si echara mano de todo su poder? ¿Qué, si se armara del rayo vengador, como lo hizo en otros tiempos?

Pues venciénolos tan fácilmente con su palabra, ¿no podría librarse de sus manos, romper las ataduras, burlarse de su vigilancia? Todo, todo lo podía.

Era Dios, era omnipotente, bien a las claras lo estaba manifestando en aquellos momentos de su vida.

A pesar de todo, los enemigos de Jesús no se dieron por entendidos; y trataron de consumir la obra de iniquidad para la cual fueron comisionados.

Repuestos del sobresalto, rehechos de la caída, oyeron de nuevo la voz de Cristo, que, como antes, sereno les preguntaba:

—¿A quién buscáis?

—A Jesús Nazareno.

—Ya os he dicho que yo soy. Si, pues, me buscáis a mí, dejad que éstos se vayan. Como a un ladrón habéis venido con espadas y con palos a prenderme. Cada día estaba enseñando en el templo, y no me echasteis mano ni me prendisteis; no era llegada la hora, no era aquél el tiempo señalado. Pero ésta es vuestra hora y el poder de las tinieblas.—

Qué dijeron a estas razones aquellos ministros de la maldad? ¿Qué podrían decir en su propio favor y en defensa de su crimen?

¿Qué diría Judas al verse descubierto y al es-

cuchar las palabras cariñosas con que Jesús lo recibió en el momento mismo de ser entregado con un beso traidor en manos de sus más crueles enemigos?

Nada de esto sabemos.

Calló Jesús. Selló sus labios. Voluntariamente los cerraba para hablar pocas, muy pocas palabras, durante las horas de su Pasión, que en aquellos momentos comenzaba de una manera trágica.

Calló Jesús y se dejó prender.

El Cordero de Dios que quita los pecados del mundo, se entregaba en manos de los verdugos.

Las profecías iban cumpliéndose al pie de la letra durante las horas de la Pasión, como se habían cumplido hasta entonces.

Los comisionados echaron mano de Jesús sólo cuando él se lo permitió. Lo ataron fuertemente, como se lo advirtiera Judas, por temor a una evasiva, y lo condujeron, favorecidos por las tinieblas de la noche, a la casa del Príncipe de los Sacerdotes.

Viendo todo esto los apóstoles, temieron correr ellos la misma suerte, y sin valor para seguirle, lo abandonaron cobardemente, huyeron a la desbandada, dejándolo solo en poder del enemigo.

Jesús entraba de lleno en la Pasión. Caía en un mar sin fondo de tormentos, en un océano de dolores.

La hora del sacrificio había llegado; generosamente se ofreció al Eterno Padre al hacer su entrada en el mundo, y ahora renovó el ofrecimiento por la salud y redención del humano linaje.

La Iglesia canta en el símbolo: *«Qui propter nos homines et propter nostram salutem descendit de*

coelis»—Por nosotros los hombres y por nuestra salvación bajó Jesús del cielo a la tierra.»

Jesús no rehusó el sacrificio que se le exigía. Moriría resignado y gustoso por los hombres.

Se dejó maniatar cual si fuera un malhechor o algún facineroso de nota.

Él solo entró de lleno en el mar de los tormentos de la Pasión.

Era llegada la hora de sus enemigos.

XI

NO LE CONOZCO

En muy mala coyuntura fué a meterse el apóstol Pedro en casa del Sumo Sacerdote.

Apenas hubo traspasado el umbral de la puerta, una sirvienta, la portera, clavó en él la mirada curiosa, sin perderlo de vista ni por un solo momento. Aquel hombre...y en aquellas circunstancias le infunde sospechas. Ya llegará la oportunidad de cerciorarse.

Las cosquillas que le hacen a la despreocupada sirvienta aquellas sospechas no la dejan tranquila; busca el modo de acercarse a Pedro para darle el ataque.

Pedro entre tanto, sin darse cuenta de que su presencia en aquellos lugares y a tales horas ha levantado fuerte polvareda, infundiendo recelos y temores, con la mayor naturalidad fué a sentarse junto a los soldados y la servidumbre, para más fácilmente poder observar de cerca el proceso del Maestro y ver en qué terminaba todo ello.

Poco tiempo había pasado desde su llegada, cuando la portera, que franqueó la entrada, comida de curiosidad, se acercó a él, y a boca de jarro le espetó esta pregunta:

—¿Acaso también tú eres de los discípulos de ese hombre?

Ante esta pregunta tan inesperada las miradas curiosas de todos se clavaron en Pedro, midiéndolo de arriba abajo.

No era pequeño, en verdad, el compromiso en que lo metía la curiosidad de aquella mujerzuela. Y queriendo sacudir tan importuna pregunta, secamente contestó:

—No soy.

Pero la terca criada se empeña en arrancarle una confesión sincera al apóstol, quiera o no quiera:

—¡Cómo! Si también tú andabas con Jesús Nazareno.

A la insistencia de la sirvienta en afirmar que Pedro es seguidor y hasta discípulo de Jesús, corresponde la negativa rotunda de éste. De ninguna manera quiere ser descubierto. ¿Dar su brazo a torcer ante los enemigos de Cristo? ¡No, y no!

Niega una vez y vuelve a negar otras más. Él nada tiene que ver con aquel hombre.

¡Pobre Pedro! En buena se ha metido. Veremos a ver cómo sale de aquel apuro. Parece que todo se conjura contra él aquella noche.

Pedro ha negado ya la primera vez a su Maestro. A esta negativa respondió a lo lejos un canto, el canto de gallo.

¿Lo oiría el apóstol? Sin duda. Pero no cayó en la cuenta, dado su azoramiento y el sobresalto de que estaba poseído; mucho menos recordó las palabras del Maestro, referentes a esta negativa y a este canto nocturno.

Noche bien cerrada, obscura, fría era aquélla. Triste noche....

En la ciudad reinaba el más absoluto silencio, interrumpido a las altas horas tan sólo por el canto de los gallos y el ladrido de los perros.

Todo es silencio, soledad, aparente calma en la ciudad de Jerusalén. Aparente, nada más; porque

la tormenta que se está formando dentro de sus muros es de las que hacen época; sonada va a resultar aquella tempestad, que se está preparando hace tres años. Las primeras rachas del viento se perciben por entre los grandes del pueblo, precisamente aquella misma noche, que duerme entre sombras y recelos.

El pueblo ignora por completo el prendimiento de Jesús. Mas en la casa del Gran Sacerdote nótase extraña agitación, inusitado movimiento, ir y venir de un lado a otro de personajes misteriosos; que se agitan presas de nerviosismo.

¡Sí; algo extraordinario allí sucede.

Los soldados y la servidumbre baja han formado corro en derredor de la hoguera prendida en medio del patio. Es gente alegre aquélla; allí se habla, se ríe, se comenta, y hasta se escupen palabrotas de muy mal gusto. Es cosa muy frecuente entre personas ordinarias.

Por allí cerca anda todavía Pedro azorado, por más que trata de disimular; infundiendo sospechas a cuantos le ven. No acaba de descifrarse el enigma de su personalidad.

Entre los soldados se cruzan preguntas mudas muy significativas; se guiñan, como diciéndose unos a otros:—¿Y éste?...¿Si será de los discípulos de Jesús?...¿Si será de sus seguidores?... Es muy posible que sea un espía; que haya venido como conspirador. Cualquiera adivina sus intenciones. Por de pronto conviene no perderle de vista.—

Pedro ya no es el valiente de Getsemaní. Está realmente acobardado desde la intempestiva pregunta de la portera. No obstante, le conviene di-

simular. Ama a su Maestro y quiere ver el final de la escena.

Y cuando más descuidado está, otra sirvienta de la casa del Pontífice, curiosa como la primera, y tan despreocupada como ella, clava en Pedro la mirada, y dirigiéndose a los que arrimados al fuego están, les dice con desparpajo único en tales personajes:

—También éste andaba con Jesús Nazareno.—

Nada; que se empeñan las sirvientas en arrancar a viva fuerza la verdad de los labios de Pedro. A buen seguro que la portera fué con el cuento a esta otra, y las dos de común acuerdo, maliciosas y sin vergüenza, se empeñan en molestar al apóstol. ¿Qué se habrán creído ellas?

Vuelve Pedro a negar rotundamente con tal desenfado, que cualquiera lo cree:

—Que no conozco a ese hombre, os digo.

—Vamos; no lo niegues. Tú también eres de ellos.

—Que no lo soy.—

Y volvió a reinar el silencio en el patio. Todos se acercaban al fuego, pues la noche era fría y destemplada.

Después de unos compases de espera, se reanudan de nuevo las conversaciones. Se habla y se comenta a más y mejor.

También en ellas tercia Pedro, para mejor disimular; pero con tan mala fortuna, que su mismo acento en el hablar le descubre ser galileo, y de pura raza.

¿Galileo y no ser discípulo de Jesús? Imposible. Si sus más grandes admiradores son los de aquella región. Si sus más adictos de allá han salido.

La descarga es ahora formidable, irresistible.

—No lo niegues. Tú eres de los discípulos de ese hombre; con él estabas; si hasta tu modo de hablar te descubre.—

Lo han conocido, no hay duda.

Mas Pedro empéñase en negar, y no hay quien le arranque otra cosa.

—No sé de qué habláis. No le conozco.—

Y para remachar el clavo, llega un testigo de vista:

—Cómo que no le conoces? ¿Acaso no te vi yo mismo en el huerto con él hace pocas horas?—

Estaba cogido. ¿Cómo negar ahora? De seguro que hasta le vió descargar el golpe contra Malco, cuando le cortó la oreja.

No obstante estas afirmaciones de un testigo tan abonado, Pedro niega y reniega hasta con juramento:

—Os digo y repito que no conozco a ese hombre de quien habláis.

Aquello se iba poniendo muy feo. Aún tenía Pedro las últimas palabras a flor de labios, cuando le sorprende el canto del gallo. Ahora sí lo oyó perfectamente.

Ni un rayo que le cayera encima hubiera producido efecto tan terrible como aquel canto a las altas horas.

Aquella voz del vigilante nocturno era para el apóstol un aviso, la voz de alerta, un grito desgarrador, un remordimiento.

Sí; el aviso que Jesús le diera aquella misma noche: «Antes que el gallo cante dos veces, tú me negarás tres.»

Al pasar por el patio Jesús miró a Pedro.

¿Qué tenía aquella mirada del Salvador? ¿Qué le dijo con ella a Pedro?

Bien lo entendió todo el apóstol. Y como pudo se fué escabullendo y salió fuera precipitadamente.

El canto del gallo continuaba martillándole los oídos y la conciencia. Jesús tenía razón que le sobraba. Cobardemente había negado el apóstol valiente al Maestro. Fué vencido por unas mujercitas, por unos hombres ruines. Y como un sin ventura rompió a llorar.

Y tanto lloró durante su vida este pecado, que las lágrimas hicieron dos surcos en sus mejillas.

Y cuenta la tradición que no podía oír Pedro el canto del gallo sin romper en amargo llanto.

XII

OJOS QUE MIRAN

Se empeña Pedro en negar que sea discípulo y seguidor de Jesucristo, y por tres veces lo repite en la casa del Sumo Sacerdote ante la soldadesca.

Para que mejor lo crean, jura y perjura.

Seguramente que en aquellos momentos ni se acordaba de las palabras de Jesús a él *ex professo* dirigidas después de la cena. ¡Somos tan olvidadizos a veces los hombres!....

Ello es lo cierto que, cuando Jesús dijo a los apóstoles: «Todos vosotros vais a escandalizaros en mí esta noche», Pedro, como herido en lo más vivo de su amor propio, y confiando demasiado en sus propias fuerzas, saltó al instante como siempre: «¡Así todos se escandalicen en ti, yo no! Yo no me escandalizaré jamás.»

Era su carácter impetuoso, vehemente el que le hacía hablar de esta manera, sin darse cuenta de su debilidad.

Jesús, sí, Jesús le conocía bien a fondo, y viendo los sucesos de aquella misma noche, la pusilanimidad del apóstol, ahora tan resuelto, añadió, dirigiéndose a Pedro en particular:

«En verdad te digo que tú, hoy, en esta misma noche, dentro de breves horas, antes que el gallo cante la segunda vez, ya me habrás negado tres.»

Tremendas palabras, que deberían haber hecho temblar al apóstol; pero él, en vez de tomarlas

como un aviso para vivir alerta, las consideró como una injuria. ¡Pobre! No se daba cuenta de lo que era. Bien poco se conocía. Y más herido que antes, seguro de sí mismo, se atrevió a replicar aún:

«Aunque tenga que morir contigo, yo no te negaré.»

Lo que después pasó en el atrio de la casa del sumo sacerdote entre Pedro y la portera curiosa, y entre los soldados que intervinieron más tarde en el asunto sobre la persona sospechosa de aquel galileo descubierto, es ya de todos conocido.

Jesús llevaba la razón al decir a Pedro que le negaría. Pedro andaba muy equivocado al insistir en lo contrario. Los hechos vinieron a confirmarle en la triste realidad.

Pedro, que tanto fiaba de sí mismo, al preguntarle una simple portera y luego otra sirvienta, no se atrevió a decir que sí; que era discípulo de Cristo. Estaba derrotado. Se vió perdido.

Una, dos, tres veces lo negó rotundamente. No duda. Niega de lleno. Tal y como lo había predicho Jesús. ¡Oh! ¡y qué bien le conoció!... Cómo se daba cuenta de lo que es el corazón humano, tan voluble, tan inconstante!...

Pedro lo negó. ¿Cómo ocultarlo? Pedro fué un cobarde. ¿Podrá encubrirlo?

Pues siendo así, ¿qué hacía en casa del Pontífice, y más en aquellas circunstancias? ¿A qué meterse en la boca del lobo? ¿Cómo resistir en medio de tan tremendos ataques del enemigo?

Es que Pedro amaba mucho a su Maestro, tanto que estaba dispuesto a morir con él y por él. Pero en llegando la ocasión... ¡Somos tan inconstantes los hombres!

¡Qué cierta era la sentencia de Jesús, cuando les avisó: «El espíritu está pronto, mas la carne es flaca!» (S. Mateo XXVI, 41.) A la letra se estaba cumpliendo en su apóstol en aquellas circunstancias, por cierto bien críticas y nada favorables.

Pedro amaba a Jesús. Jesús también amaba a Pedro. Sabía lo que por él estaba pasando; la ruda lucha que libraba en su interior; la furiosa tormenta que le acosaba por fuera.

Y una circunstancia imprevista vino a despertar al apóstol de su letargo, haciéndole ver el abismo en que se encontraba.

Jesús había sido juzgado ante el Sanedrín. Los jueces, ya bien entrada la noche, se retiraron a descansar. Jesús estaba en poder de los soldados. Era conducido a la prisión, y para ello tenía que pasar necesariamente por el patio. Al ruido de los pasos de los que llegaban, cuantos en él estaban se abalanzaron curiosos para ver.

También Pedro se abalanzó; quiso ver a su Maestro; y le vió maniatado.

Pasó Jesús por entre la muchedumbre de curiosos, y al pasar junto a Pedro, lo miró. Ni una palabra siquiera le dijo; ni una seña, ni el más leve movimiento hizo. Lo hubiera comprometido; cualquier señal hubiera sido más que suficiente para descubrirlo. Tan sólo lo miró.

Pero en aquella mirada, mirada divina de Jesús, mirada compasiva, elocuente, penetrante, iba encerrada toda una amonestación, un reproche cariñoso de amigo, de padre. Con aquella mirada, ¡cuántas cosas le dijo!...

El gallo no lejos con sus cantos continuaba hiriendo los oídos del apóstol, despertaba su conciencia.

La mirada y el canto volvieron a Pedro a la realidad de la vida.

La mirada de aquellos ojos compasivos del Dios bueno, penetraba como espada de dos filos en el fondo de su alma y la quemaba, la abrasaba.

Pedro estaba anonadado, confundido, avergonzado de sí mismo, de su cobardía y poco valor, a pesar de todas las protestas de pocas horas antes.

¿Quién tenía razón? ¿Jesús en decir que le negaría, o él en afirmar que estaba dispuesto a morir?

La razón estaba de parte de Jesús. A Pedro sólo le restaba corresponder ahora a la mirada.

Todo lo comprendió, todo lo adivinó. Aquellos ojos, claros más que el sol, penetrando en lo íntimo de su alma, la iluminaron; y con aquella luz celestial pudo ver el apóstol el profundo abismo donde se encontraba, más que por malicia, por debilidad, por ser temerario.

Y saliendo del peligro, lloró; lloró mucho, durante todos los días de su vida; más al oír el canto del gallo.

¡Qué bien lo dijo el profeta! «Mis ojos están siempre fijos en el Señor; pues Él ha de sacar mis pies del lazo. Vuelve, Señor, hacia mí tu vista, y ten de mí compasión; porque me veo solo y pobre» (Salmo XXIV, 15).

¡Oh poder y eficacia de la mirada del Dios bueno, que tales prodigios realiza! Que no se aparten, Señor, tus ojos de mí nunca; que no se aparten de mí. Señor Jesús, míranos con compasión, míranos con ternura, con aquella mirada buena con que miraste a Pedro.

San Pedro, llevado del amor a su Maestro, no quiso abandonarlo en las horas tristes de aquella noche. Tal vez demasiado confiado de sí mismo se

metió en el peligro, sin darse cuenta de ello; por eso Jesús le avisó con tiempo.

Jesús lo veía; Jesús lo miraba con amor. Cuando Pedro se dió cuenta de la mirada de Jesús, ya no pudo resistir por más tiempo. Estaba vencido; reconoció su culpa; se dió perfecta cuenta de la cobardía de su alma, y lloró.

Lloró amargamente, y no volvió en adelante a negar a Cristo; antes con heroísmo supo defender sus intereses; trabajar por difundir su reino, por su nombre y por su gloria, conquistándole muchos seguidores.

Y sufrió persecuciones, cárceles, cadenas. Llegó a morir por Cristo, y como él crucificado. Era la prueba más grande de amor que daba a su Maestro.

Una vez fué cobarde y muchas otras fué valiente. Una vez negó y mil otras confesó ser discípulo y seguidor de Cristo.

La culpa estaba lavada con abundantes lágrimas. Su pecado, perdonado.

XIII

¡TRISTE NOCHE!

Cantó un poeta:

¡Qué noche! ¡qué triste noche
la del ósculo nefando!

Negra, como un paño funerario, fué la noche del jueves al viernes de la Pasión para el buen Jesús.

Conducido cautelosamente a la presencia del Gran Pontífice, examinado con precipitación por el Sanedrín, contra él, sin más fórmulas, se pronuncia sentencia de muerte:

«Ha blasfemado. ¿Qué necesidad tenemos ya de otros testimonios? Ahora mismo acabáis de oír la blasfemia. ¿Qué os parece?»

«Reo es de muerte. ¡Que muera, sí, que muera!»

Y se levantó la sesión, para reanudarla muy de madrugada al siguiente día.

El tiempo urgía; volaban las horas. Es preciso ejecutar a Jesús de Nazaret antes de las solemnidades de la Pascua, no sea que el pueblo se subleve contra los dirigentes, y salgan ellos con la cabeza rota, y pierdan sus puestos.

Levantada la sesión, Jesús fué puesto en manos de los sayones, y entregado a su custodia durante toda la noche. Había que tenerlo bien custodiado. Los sayones aquellos y los esbirros, gente bruta y sin conciencia, darán buena cuenta de su persona. Con hombres como aquéllos imposible que se escape.

Antes de retirarse a sus casas los miembros del Sanedrín, los ancianos del pueblo, los jueces de Israel, quisieron desahogar en la persona de su mayor enemigo todo el odio reconcentrado en los corazones durante tanto tiempo. Odio satánico anidaba en sus pechos; era un volcán incandescente, que en la primera ocasión explotaría. Tenían que vengarse de alguna manera, personalmente, ellos mismos; y ninguna ocasión mejor que la presente.

A las manos se les vino sin buscarla, y era preciso aprovecharla bien. ¡Cuántas veces fueron públicamente avergonzados ante el pueblo por el Nazareno! ¡Cuántas otras descubrió sus corazones podridos, llamándolos sepulcros blanqueados, hipócritas, raza de víboras, llenos de dolo y de iniquidad, que engañaban al pueblo con vanas apariencias, para explotarlo a más y mejor, a su gusto!...

En muchas ocasiones había puesto de manifiesto sus intenciones perversas; y ellos no tuvieron otros recursos, que morderse los labios y callar; porque era cierto cuanto Jesús les echaba en rostro.

También quisieron apedrearle; en sus manos tenían las piedras, y entonces se les hizo invisible, desapareció. Aun no era llegada la hora.

Ahora, sí. Ahora era su hora y el poder de las tinieblas. Lo tienen en sus manos y no se les escapará.

Se acercan los más atrevidos, los más devergonzados, los más rencorosos. Se acercan a Jesús, y con visajes y muecas, con burlas y sarcasmos se mofan de él; le cubren el rostro con un trapo sucio, y dándole de bofetadas, le dicen:

—Adivina, Cristo, Mesías, adivina ahora, ¿quién te ha dado este golpe? Puesto que eres profeta, como tú dices, ¿quién te golpea ahora? ¿Y ahora?

Y así fueron sucediéndose por largo tiempo las burlas de los sacerdotes y de los grandes del pueblo.

¡Qué ignominia para Jesús, verse tan vilmente tratado! Y más, ¡qué ignominia para aquellos hombres el tratar tan indignamente al inocente!

Cuando se cansaron de burlarse, bien que no estaban satisfechos, se retiraron, meditando el modo de acusarle al día siguiente ante el Pretor Romano.

En sus pechos se estaba encubando la más negra traición, la mentira, la venganza. Era preciso convencer a Pilatos de la culpabilidad del reo.

Y revolviendo tan negros pensamientos, se fueron a descansar.... ¿Descansaron?

Jesús quedó aquella noche en manos de la soldadesca soez y brutal; a merced de los caprichos de la servidumbre corrompida, de una canalla sin honor, sin dignidad y sin vergüenza, que tan sólo vive del odio y se alimenta de la venganza.

En sus manos quedó, como el cordero en las garras del lobo, como la avecilla inocente entre los anillos de la serpiente venenosa.

Nunca pasaron más lentas las horas como aquella noche de sufrimientos y de dolores. Por una parte, abandonan a Jesús todos los suyos; por otra, los enemigos se entregan a todos los excesos del furor y de la rabia.

¡Qué noche! ¡qué triste noche
la del ósculo nefando!

Jesús quedó durante toda ella en manos de los verdugos.

¿Qué podría esperar de aquellos viles y asalariados sirvientes de los pontífices?

Tal y como lo habían visto hacer a sus amos, así fueron repitiéndolo ellos. Los escarnios, los insultos, las burlas se sucedieron sin interrupción.

Tenían que pasar la noche divertidos. ¿A qué aburrirse sin hacer nada, vigilando al reo mano sobre mano?

Hay que hacer algo.

Buena ocasión se les presentaba para divertirse a costa de un inocente, de un hombre indefenso.

—Ahí está el Nazareno. ¿No ha dicho que es un profeta? Veámoslo.

Y vuelven a taparle los ojos. ¿Es que la mirada de Jesús, mirada penetrante, divina, penetraría hasta en las reconditeces de su alma pecadora y criminal?

Muy posible era que la mirada de aquellos ojos los avergonzase; los confundiese; fuera para ellos un remordimiento, o un freno. Y para librarse de él, le vendaron los ojos. No querían que los mirase.

Y le daban golpes y bofetadas.

¡Oh! Aquellas mejillas divinas, tan hermosas, tan sonrosadas, se volvieron amarrotadas.... Aquel rostro encantador, que los ángeles contemplaban llenos de dulce embeloso, que los cielos miraban llenos de gozo sin cansarse; aquel rostro de gracia lleno se cubrió de sangre. De su boca, que tan sólo tenía palabras dulces y sonrisas amables, comenzó a brotar la sangre.

Y así, recibiendo bofetadas, hecho el blanco de las burlas de hombres viles, pasó Jesús una hora, dos... tres... muchas horas; las horas todas de aquella noche, que parecía eterna.

Noche triste para Jesús. Su alma está como el naufrago en alta mar, rodeado de las amargas olas

de la tribulación, sin divisar por parte alguna ningún rayo de esperanza, de paz, de sosiego. Las olas amargas de bofetadas, de insultos, de burlas y de golpes se suceden unas a otras sin descanso. Cuando terminan unos, comienzan otros; cuando se cansan éstos, vuelven los primeros. Aquello no tiene fin; es interminable.

Él es inocente; y están cometiendo contra su persona las más grandes injusticias, los más horribles desacatos, los atropellos más inconcebibles....

A las bondades que les ha dispensado, responden con ingratitudes.

Bien puede repetir con el profeta David: «Cercado me han novillos en gran número: recios y bravos toros me han sitiado.—Abrieron su boca contra mí, como león rapante y rugiente.—Mi corazón está como una cera, derritiéndose dentro de mis entrañas.— Me veo cercado de una multitud de perros rabiosos: me tiene sitiado una turba de malignos (Salmo XXI, 13 sgg.).

Toda una noche de golpes sin compasión. Toda una noche de burlas sin tregua. Toda una noche de insultos sin número ni medida. Era aquello el principio; el principio, nada más, de las inmensas olas que se habían de suceder.

La paciencia de Jesús no se agota. Sufre resignado y calla. Porque a todos los insultos y bofetadas responde con su maravilloso silencio.

La noche se pasó y a Jesús no le concedieron el más leve descanso.

¡Qué noche! ¡qué triste noche
la del ósculo nefando!

XIV

EL JUICIO

—Quítalo de ahí! ¡Crucifícalo, crucifícalo!

—¿Cómo? ¿A vuestro rey he de crucificar?

—No tenemos otro rey sino al César.

—Pues, ¿qué haré de Jesús, que se llama el Cristo?

—Reo es de muerte. ¡Que muera, sí, que muera crucificado! —

Así, en este diálogo tan violento, se entretenía Pilatos con las muchedumbres estacionadas ante el Pretorio la mañana del viernes anterior a la gran Pascua.

Y era que el pueblo judío, juguete de los grandes de la nación, y por ellos azuzado, se empeñaba en dar muerte a su Mesías.

No con otro fin lo condujeron ante el Gobernador romano sino para arrancar de éste la sentencia de muerte contra Jesús.

Bien es verdad que la noche anterior había sido juzgado y sentenciado por el tribunal de Israel; pero las facultades de éste eran muy limitadas, no siéndole posible condenar a un reo al último suplicio sin que la autoridad romana así lo decretase. Por eso Jesús es conducido al Pretorio de Pilatos.

No fué muy del agrado del Presidente tener que entrometerse en un asunto de esta índole, tan enojoso. Las circunstancias le obligaban a la fuerza, y era necesario actuar, quisiera o no.

Desde un principio Pilatos se pone de parte del reo, pues comprende que es inocente, y que tan sólo la envidia refinada de aquellos corazones podridos lo ha conducido a su presencia.

Ellos, más zorros y mucho más astutos que el Presidente, han preparado el terreno de manera tal, que saldrán con la suya, a pesar de la fuerte oposición que encuentran en el Presidente. Muchas, muchísimas vueltas le han dado al asunto, y saldrá como ellos quieran. Por de pronto les conviene obrar con cautela, con calma, sin precipitar los acontecimientos.

Muy de mañana se presentan los grandes de la nación con el reo ante Pilatos. Como es víspera de la gran festividad pascual, no entran en el palacio del pagano, por no mancharse; y no se dan cuenta de que sus manos están destilando sangre inocente; que están maquinando horrendo deicidio.

Envían a Jesús delante, y junto con él un recado, suplicando al Presidente salga fuera, donde le esperan para resolver un asunto trascendental.

No fué muy del agrado de Pilatos, que le metiesen con aquel hombre, del que tantas cosas había oído. Malhumorado y en tono agrio les pregunta:

—¿Qué acusación traéis contra este hombre?

Y como unos y otros se habían puesto en circunstancias un poco recelosas, le contestaron en la misma forma:

—Si éste no fuera malhechor, no te lo hubiéramos entregado.—

Buena ocasión se le presentaba a Pilatos para librarse de aquel asunto enojoso. Tomando por la palabra a los acusadores, les replica:

—Si así es, tomadle vosotros y juzgadle según

vuestras leyes. Vosotros decís que es malhechor; yo lo creo. Pues bien, juzgadle y castigadle como os plazca; yo apruebo cuanto hagáis.

—Nosotros no podemos matar a nadie.—

Era lo que ellos buscaban; ahí se dirigían sus ataques, a dar muerte a Jesús. Dejan caer la máscara aquellos hombres y ya hablan claro.

La cosa iba poniéndose muy seria. Grave era el asunto; gravísima la petición para que Pilatos la mirase con indiferencia.

Cuando Pilatos oyó hablar de muerte, reflexionó un momento, y comprendió que debía llevar el asunto por el camino legal; examinando la causa, viendo las acusaciones de los enemigos, oyendo la defensa del reo y otras mil cosas necesarias antes de pronunciar una sentencia definitiva.

Preguntó, inquirió, rehusó. Y al fin de cuentas llegó a comprender que Jesús era inocente; que todas las acusaciones de sus enemigos eran falsas, enteramente falsas y calumniosas; y que la envidia, y sólo la envidia, los había llevado a su presencia, queriendo arrancar a viva fuerza la sentencia de muerte contra el Nazareno.

¿Pronunciar una sentencia de muerte contra un hombre que no era culpable? Eso era algo serio ante las leyes del Imperio Romano. No, no la pronunciaría él.

Porque es el caso que Jesús es totalmente inocente; ni asomos de culpabilidad en él se encuentran. Le ha examinado a solas. Le ha preguntado sobre su origen, sobre su persona, sus doctrinas y sus discípulos. Y de las pocas respuestas del reo se deduce algo grande, extraordinario, que trasciende sobre todas las preocupaciones de los hombres.

Comienza a sospechar Pilatos que Jesús sea más que un hombre ordinario, y teme con razón. A través de su humanidad deja entrever los rayos de su divinidad, algo de los esplendores de la gloria.

«Yo no hallo en este hombre causa alguna de muerte.»

Semejante bofetada hería en lo más vivo a los fariseos y sanedritas; lo que los alborotó, y comenzaron a gritar, acusando a Jesús en mil puntos, que no pudieron comprobar; y sobre las acusaciones pusieron la calumnia. Es el arma de que echa mano siempre la envidia. Es el arma de los corazones ruines.

Cierto; en Jesús tan sólo veían aquellos hombres un enemigo, y por lo mismo, para condenarlo, no se fijaban en razones de ninguna clase. La pasión los cegaba, y no era posible ver. No querían ver....

Pilatos, por lo mismo que era imparcial en el asunto, trataba de ver con toda claridad. Y vió que era inocente Jesús. Pero, por más que se esforzó en hacer palpable esta inocencia, en manera alguna pudo conseguirlo. El pueblo estaba dominado por los grandes de la nación, y era inútil hablarle; nada conseguiría.

Al contrario, como la fiera que se irrita más cuanto más se la castiga, así obraba el pueblo judío en aquella ocasión. Grita como un frenético; manotea como un loco; echa espumarajos por la boca como un furioso.

La borrachera del odio lo ha cegado por completo; es un beodo sin sentido; está por completo privado de la razón.

¿Qué hacer? ¿Qué partido tomará Pilatos? ¿Dejará el asunto en manos de los grandes de la na-

ción? ¿Condenará a muerte al reo? ¿Le dará libertad?...

Entre los gritos de la muchedumbre oye que se ha pronunciado el nombre de Galilea, y aprovecha la oportunidad para desentenderse de la causa de Jesús.

Como la Galilea dependía de Herodes, quiso que él asumiera la causa. Y a Herodes envió el reo maniatado.

Pero ni por ésas consiguió cosa alguna. Herodes, viendo la actitud silenciosa de Jesús, juzgó que estaría loco; se burló de él cuanto quiso, y de nuevo lo remitió a Pilatos.

Éste busca nuevos subterfugios; apela a otros recursos; y todo, todo le sale al revés.

Ni aunque lo parangone con Barrabás, insigne malhechor y homicida calificado, consigue nada. El pueblo, ciego y desatento, pide la libertad del criminal y la condenación del inocente. Ni aunque lo vea rasgado por los azotes y coronado de espinas.... Todos sus deseos se concentran en aquel grito infame, baldón de su pueblo:

—¡Quítalo de ahí! ¡Crucifícalo! Si das libertad a ése, no eres amigo del César. Porque todo el que se hace rey, contradice al César.—

¡En qué apuro tan grande han metido aquellos hombres a Pilatos! Malhumorado siempre con ellos, siempre desabrido, se va dejando vencer. Cada vez que les habla pierde terreno; cede vergonzosamente ante los gritos tumultuarios de la fiera humana.

Buena cuenta se dan de ello los dirigentes del pueblo y hacen esfuerzos supremos para conseguirlo todo.

Después de tantos actos de debilidad por parte de Pilatos, ¿qué había de resultar?

Lo de siempre; lo que pasa a los débiles: que al fin son vencidos.

Y Pilatos fué vencido.

Y tan fresco, que se lavó las manos, protestando ante el pueblo ser inocente en aquel asunto.

¿Inocente Pilatos? Culpable, y muy culpable.

«¡Yo soy inocente de la sangre de este justo! Vosotros veréis.»

¿Cómo podía hablar de esta manera y declararse inocente? ¿No había dicho antes, que tenía poder para crucificarle lo mismo que para libertarle? Pues, ¿por qué no le dió libertad? Ese abuso de su libertad y de su autoridad será su mayor acusador ante el mundo entero.

Al fin pronunció la sentencia: *Ibis ad crucem*— «Irás a la cruz».

Jesús estaba condenado a muerte.

Habían triunfado sus enemigos.

XV

ANTE HERODES

Jesús había sido sentenciado por el tribunal de su nación; éste lo ha reconocido culpable, digno de muerte, porque ha blasfemado, diciendo ser el Hijo de Dios.

Y ¿qué verdad más grande pudo haber manifestado? Si, precisamente, Jesús bajó al mundo para dar testimonio de la verdad, y la verdad pura y sin rodeos era ser Él Hijo de Dios. ¿A qué negarlo? Su vida entera, sus obras, sus milagros están claramente manifestándolo. Negarlo, sería pretender apagar la luz del sol; un imposible.

Muy de mañana el viernes, es conducido el Nazareno al tribunal de Roma, presidido por el gobernador Pilatos, para que lo sentencie y lo condene a morir en una cruz. No otro es el pensamiento de los dirigentes del pueblo; el caso es que les salga todo como ellos quieren. Por de pronto el asunto se presenta muy fácil para los grandes de Israel, creyendo que han de ser atendidos, porque, sí, porque son ellos.

Pero es muy delicado y en extremo espinoso el asunto que proponen, y no se atreve Pilatos a pronunciar de buenas a primeras la sentencia de muerte contra un hombre que es inocente.

Lo examina, lo interroga, y siempre la inocencia de Jesús salta a los ojos.

¿Qué hacer? Echa mano de todos los recursos

puestos a su alcance; busca solución adecuada, y no ve el modo de desembarazarse. Pero cuando menos lo piensa, se le viene a las manos la ocasión.

Entre otras muchas acusaciones que lanzan contra Jesús, aparece ésta: Tiene alborotado el pueblo con las doctrinas que ha sembrado por toda la Judea, comenzando desde Galilea y siguiendo hasta aquí.

¿Galilea han dicho los acusadores?

Sí; claramente lo ha oído, una, dos, muchas veces. ¡Galilea! ¡Galilea! repite en su interior Pilatos.

Pero, ¿es que no le habrán engañado los sentidos? En manera alguna.

¡Galilea!... que precisamente era de la jurisdicción de Herodes....

Buena coyuntura para Pilatos para desentenderse de aquella causa tan enojosa. Ahora sí que comienza a ver claro; ahora sí que se despeja el horizonte ante su vista.

¿Es de Galilea el reo? Pues nada más justo que enviarlo a Herodes; que los juzgue él; que lo condene él, si quiere. Por lo menos se entenderá mejor con sus paisanos.

Y maniatado es conducido Jesús del palacio de Pilatos a la casa de Herodes. Atraviesa las calles en el estado más lamentable que decirse puede. Todo él inspira compasión y lástima; pero nadie se la tiene. Los vestidos manchados; la cara llena de esputos y salivazos, llena de cardenales y muy hinchada a causa de los bofetones; descompuesta la barba; revueltos los cabellos. Un subido color rojo ha inundado sus mejillas en las partes sanas.

Así es presentado Jesús a Herodes, el ocioso, el voluptuoso, el sibarítico Herodes. Con cuántas ansias deseó ver llegada la hora de tener en su pre-

sencia al hombre más famoso de aquel entonces. Con qué deseos más ardientes vió llegada la hora de tratar a Jesús de Nazaret, el Taumaturgo, grande, poderoso en obras y en palabras.

Los deseos de Herodes ¿eran sinceros? ¿estaba animado de buenas intenciones? o ¿era vana curiosidad? Sin duda que más era curiosidad, frivolidad insulsa y vanidad lo que anidaba en su corazón corrompido. Por eso, se verá bien pronto defraudado en sus intenciones; no conseguirá de Jesús absolutamente nada. Ni una palabra. No la merece.

¿Qué ha de merecer, si su vida entera ha sido una cadena no interrumpida de crímenes y de carnalidades? ¿Qué ha de merecer, si aún continúa enredado en amores criminales?

Llega Jesús a la presencia de Herodes, el voluptuoso, el afeminado. En aquellos momentos se halla rodeado de toda la corte; todos esperan algo maravilloso, algo extraño que los haga reír, que los distraiga; alguna curiosidad de parte del Taumaturgo, que tantos milagros ha hecho en el trascurso de tres años.

Aquella asamblea que participa de los mismos sentimientos y de las mismas costumbres corrompidas que su rey, siente un movimiento de repulsión al ver a Jesús; experimenta una repugnancia grande al mirarlo en la forma en que se presenta en la sala de recepciones.

Llega pálido, desfallecido, sucio. ¡Qué contraste con la pulcritud de los cortesanos, y qué antagonismo con los allí reunidos, acicalados, afeminados hasta el exceso.

Luego comienzan a caer las preguntas sobre Jesús como una lluvia. El interrogatorio se prolonga por largo tiempo. Y Jesús a todo responde con un

silencio sepulcral. Ni una palabra, ni una respuesta, ni la más sencilla contestación.

Le quitan las ataduras para ver si de sus manos sale algo maravilloso, que los divierta, que los entretenga y los haga reír. Pero sus brazos decaen y sus manos permanecen inactivas.

Aquello los irrita, los contraría en gran manera; los exaspera. ¿Para eso lo esperaban con tan vivos deseos? Buena partida les ha jugado el joven Nazareno. ¡Si se burlará de ellos!... Eso sí que no pueden soportarlo.

No; no se burla Jesús de sus enemigos, porque todavía no ha llegado la hora; ya llegará; no tiene prisa. Suyo es el tiempo; suya la eternidad. Por ahora dejará libres a todos cuantos quieran burlarse de Él; les dejará hacer; es su hora y la hora del poder de la tinieblas.

A más y mejor se burlan todos del inocente; todos lo desprecian y lo tratan como si fuera un loco. También Jesús, que era la sabiduría, el poder y la grandeza, también Jesús quiso pasar por loco.

Nada responde a las múltiples preguntas que Herodes con todos sus cortesanos le hace. Nada contesta. Y como lo ven en medio del silencio más profundo, y por otra parte le acusan de que ha querido hacerse rey, tienen una idea satánica, una invención del infierno.

Lo visten de rey. ¿Qué otra cosa buscaba Herodes, sino una diversión con Jesús, y que les diera un espectáculo? Jesús no quiere prestarse a ello; no obstante los cortesanos se divierten a su costa.

Trajeron una túnica blanca, se la pusieron encima, y comenzó la farsa. Jesús así cubierto con aquella vestidura, está delante de Herodes, que sigue la

broma con todos los de su bando. Es un farsante aquel rey, es un cínico; la hipocresía más refinada domina su corazón; la burla se pinta en su semblante, brota de sus labios, se refleja en sus miradas; la burla domina en aquella casa.

Jesús ni se compadece ni les responde. No merecen compasión; mucho menos oír una palabra. Sus corazones corrompidos no están dispuestos para ello, y por eso prefiere mejor callar. El silencio es a veces más elocuente que las palabras, y dice mucho más que los discursos. El silencio de Jesús delante de Herodes es todavía más elocuente.

Pero si ahora calla, ya hablará; pronto les dirá mucho más de lo que ellos quisieran oír. De Dios nadie se burla. Calla paciente y sufre resignado Jesús, porque no tiene prisa. Suya es la eternidad entera. En llegando su día... ¡oh! entonces sí que se burlará, se mofará de todos sus enemigos, que, como Herodes, lo han tomado por rey falso y mentiroso. Entonces *in interitu vestro ridebo*—«Yo me reiré de vuestra desgracia y perdición; me reiré de vosotros y me gozaré en vuestro mal» (Prov. I, 26).

¡Qué risa tan horrible! ¡Qué gozo tan tremendo será aquél!

Herodes continuó la broma a su modo, ya que Jesús no quiso de su parte prestarse a ella, y cuando se hubo cansado, envió de nuevo el reo a su procedencia. Había sido, en efecto, defraudado. Nada consiguió. El burlador resultó prácticamente burlado.

Por lo menos para Jesús no fué perdida aquella visita; porque, como muy bien advierte el evangelista, Herodes y Pilatos desde aquel día se hicieron amigos, pues antes estaban enemistados.

Este fué el resultado práctico de la visita de Jesús a Herodes: la reconciliación de dos encarnizados enemigos.

Siempre hace Jesús el bien por todas partes. El sol siempre alumbra y vivifica por donde pasa; la luz disipa las tinieblas. Así Jesús, en medio de sus enemigos no deja pasar la ocasión de hacer el bien.

XVI

JESÚS Y BARRABÁS

En buen lío han metido los grandes de Israel al Presidente romano, Pilatos. Quiera o no, ha de sentenciar a Jesús, y hoy mismo; mañana sería demasiado tarde.

Pilatos echa mano de todos los recursos judiciales para salvar al que reconoce inocente. Pero en vano; todo le sale mal. Queriendo librarse de aquella causa tan enojosa, envía el reo a Herodes, ya que, como galileo, le pertenece por derecho. Resulta aquello tiempo perdido. Herodes le agradece aquel acto de deferencia, y se lo devuelve, diciéndole que le parece un hombre loco, más bien que un malhechor.

Así que Pilatos no tiene más remedio que tratar el asunto precipitadamente; porque el tiempo urge, las horas vuelan.

¿Quién le metería a él con Jesús de Nazaret? Si pudiera desentenderse de aquel asunto.... Pero ¿cómo? Estaban tocados todos los resortes. Preocupado andaba con estos pensamientos, cuando a tiempo le llega una misiva de su esposa, que le dice: «No te metas con ese justo, porque yo he sufrido mucho en sueños esta noche por él. Mejor será que lo dejes en paz.»

A buena hora llegan tales embajadas. Bien preocupado anda él con tales asuntos para que lleguen a calentarle más los cascos de la cabeza. Imposible; no halla salida; no puede desenvolverse.

La cosa se va poniendo de tal manera, que, por más que hace, menos consigue. Entonces echa mano

del último recurso. Si éste no le resulta, ya puede dar por perdido todo el pleito.

En la cárcel, aherrojado se encontraba un famoso criminal; el número uno en su especie: ¡Barrabás! que en una revuelta motinesca había cometido un homicidio. Eso que se supiera públicamente; porque sus manos estaban muy manchadas en asuntos de sangre humana.

Era costumbre en el pueblo hebreo, en memoria de la liberación de Egipto, que las autoridades diesen libertad durante la Pascua a un preso. Ese preso había de ser pedido por el pueblo.

Pilatos creyó llegada la hora para favorecer a Jesús, dándole libertad. Entre Barrabás y Jesús no habría lugar a duda; de seguro que el pueblo pediría al inocente. Al fin de cuentas, el odio contra Jesús era tan sólo de unos cuantos de los principales. Porque el pueblo...el pueblo lo amaba, lo admiraba. Sobre todo, el pueblo de Galilea estaba enteramente a su favor, con delirio, con verdadero entusiasmo.

No eran malos los planes que se formaba el Presidente; pero lo que a buen seguro ignoraba, era que el pueblo sencillo y admirador de Jesucristo no estaba mezclado para nada hasta entonces en aquel asunto. Vivía al margen de los acontecimientos; no estaba allí presente.

El que figuraba, tomando parte muy activa, era el pueblo bajo, la chusma inculta, la hez de la sociedad; gente del arroyo; lo más vil del pueblo hebreo y de los demás pueblos, reunidos en Jerusalén por aquel entonces para la celebración de la Pascua; curiosos, bullangueros, amigos de malhechores y criminales. Ese era el pueblo congregado en la plaza; hombres sin vengüenza, faltos de pundonor, de conciencia, de dignidad, acostumbrados a figurar

en todos los motines, en todas las manifestaciones callejeras. Allí estaban todos ellos en primera línea, azuzados por los sacerdotes, soliviantados por los sanedritas, alborotados por los fariseos.

Esto precisamente era lo que ignoraba Pilatos. Buen chasco se iba a llevar.

En efecto; sale el Presidente al balcón en busca de la opinión popular:

«Es costumbre vuestra que en los días de la Pascua os suelte uno de los presos. ¿A quién queréis que os suelte? ¿A Barrabás o a Jesús, que se dice el Cristo? Escoged. Tenéis tiempo para pensarlo.»

Y se retiró al interior de su palacio, dando tiempo al pueblo para que reflexionase, y obrase con más conocimiento de causa.

¿Qué iba a reflexionar el vulgo ignorante? Las pasiones más violentas, soliviantadas eran las que decidirían la causa de Jesús. ¡Qué ocurrencia la de Pilatos, poner la causa de Jesús en manos de un pueblo apasionado! En mala hora echó mano de aquel recurso.

Aquella gente canallesca no pensaba; no podía discurrir por cuenta propia; no estaba capacitada para juzgar con su propia cabeza. Veía por los ojos de otros. Como ignorante que era, no haría sino seguir la voz del primero que se le pusiese delante, indicando el camino a seguir.

No se durmieron «los enemigos de Cristo en esta ocasión. De por medio andaban los príncipes de los sacerdotes y los ancianos concitando a la turba, y persuadiendo a los pueblos que pidieran a Barrabás, y perdieran a Jesús.»

No, no dejaron piedra por mover, amenazando a unos con maldiciones y anatemas para que pidieran la muerte de Jesús.

Y como sucede en tales ocasiones, a fuerza de gritos trataron de imponerse; con falsas promesas halagaron al vulgo; con mentiras y engaños lo embaucaron, hasta que el pueblo, fácil de convencer, se persuadió, que para Jesús no quedaba otra solución sino la muerte.

Sale otra vez Pilatos y se presenta a la muchedumbre, arremolinada ante el Pretorio. A su lado está Jesús con las manos atadas e inclinada la cabeza. Silencio imponente se extiende por toda la plaza. Todos prestan atención a las palabras del Presidente.

—¿A quién queréis que os suelte de los dos? ¿A Jesús o a Barrabás?

Un grito furibundo resonó por los ámbitos de la plaza:

—¡Suéltanos a Barrabás!

Y con intención mal disimulada, aun se dirige de nuevo a la muchedumbre, marcando sus palabras:

—Pues, ¿qué queréis que haga de Jesús, rey de los judíos, que se dice Mesías?

Y se repite la escena de los gritos descompasados, de la rabia y el furor de un pueblo borracho de ira.

—¡Quítale! ¡Crucifícale, crucifícale!—

No es posible luchar con aquellas fieras; han perdido el sentido, la razón, la dignidad. Allí sólo manda la pasión.

Las voces del Presidente se perdían ahogadas entre el tumulto y los gritos de aquella muchedumbre frenética.

La causa de Jesús estaba del todo perdida. Pilatos está vencido.

Se retira despechado. Mientras tanto los gritos de la muchedumbre resuenan formidables por la plaza y por las calles circunvecinas:

—Crucifícalo, crucifícalo!



XVII

ECCE HOMO

estaba Jesús! ¡Cómo estaba!
a figura de hombre. La brutalidad de los verdugos se excedió a sí misma; la crueldad agotado todos los recursos. Hombres sin sentimientos humanitarios, a mano de todos los castigos que les sugirió el mismo para atormentar al inocente. Ni que sean inspirados por las potestades del in-

no nadie les iba a las manos, en Jesús desahogado todo su furor y la rabia de sus corazones felinos, y el furor de sus instintos de tigres, y la hiel de panteras, y el veneno de serpientes.

Apenas el inocente Jesús caía en sus manos, era recibido con estruendosas carcajadas, risas del infierno y palmoteos de gozo satánico. Para entonces ya tenían siempre ideado un nuevo tormento, que era como un soplo del averno.

Cuando el Gobernador romano mandó que Jesús fuera azotado, no se contentaron los verdugos con los golpes que estaban determinados en la ley —cuarenta menos uno—. Para castigar a aquel reo famoso, no hubo ley, ni número, ni medida. Para castigar a Jesús, todo era poco.

Y lo azotaron horriblemente con cadenas de hierro; y lo azotaron despiadadamente con correas de cuero, y con vergas de buey que en los extremos

llevaban pinchos de acero y bolas de plomo. Lo azotaron sin compasión, hasta que se cansaron los verdugos, renovándose una, dos, tres, varias veces.

Aquel cuerpo inocente, delicado, purísimo, blanco como la leche, quedó hecho una pura llaga, rojo como una amapola, amoratado como una violeta.

Después lo tomaron por su cuenta los verdugos, y volvieron a las burlas, y reanudaron los sarcasmos. Era su ocupación favorita: burlarse de Jesús.

Pues, ¿no ha dicho ese hombre que es rey? Sí, en distintas ocasiones lo ha dicho al pueblo; y el pueblo, inocente y crédulo, le hizo caso. Hace no más cinco días que todos lo aclamaban rey; y él callaba, como dando su asentimiento.

Si así es, si es rey, coronémoslo; pongamos en su mano el cetro de mando, cubramos sus espaldas con púrpura real. Y luego vendrán los obsequios, los homenajes, los saludos y adoraciones. ¡Vaya rey original que vamos a colocar en el trono! Ya tenemos diversión para rato.

Y esto diciendo aquéllos, aprovechados discípulos de Satán, arman una corona, una corona de punzantes espinas, y la colocan en la cabeza de Jesús, la aprietan fuertemente, para que no se le caiga. Ponen en sus manos una caña por cetro, y echan sobre sus hombros una púrpura vieja, sucia y rota, que por casualidad encontraron en un rincón de la casa.

Y pasando delante de él, doblaban la rodilla y lo saludaban burlescamente.

Llega Pilatos a la mitad de la fiesta. Contempla la escena, siente un movimiento de repulsión. Se estremece de horror.

Cualquiera que no tuviese corazón de fiera y

entrañas de tigre, hubiera sentido lo mismo. Tan lastimado estaba el buen Jesús....

Lo mira de pies a cabeza, y sintió compasión por él. La fiereza de los verdugos había llegado al colmo; porque, después de rasgar su cuerpo con el tormento de los azotes, atravesaron su cabeza con la corona de espinas, de agudas y punzantes espinas.

Aquello sí que no lo había mandado él. Aquello más bien fué inspiración del demonio, y obra de condenados.

Quiere aprovechar Pilatos esta circunstancia para probar otra tentativa de libertarlo. Se acerca al reo, lo toma de la mano y lo conduce al balcón que da a la plaza pública, donde todavía la muchedumbre, enloquecida, aguarda para oír la sentencia de muerte contra Jesús.

Hácese un sepulcral silencio entre la muchedumbre, al ver que Pilatos quiere hablar:

— Os lo traigo fuera, para que conozcáis que no hallo en él culpa alguna. —

¡Cómo estaba Jesús! ¡cómo estaba!

Todo su cuerpo rasgado y lleno de sangre medio coagulada; negros cardenales se notaban en su pecho y espaldas. Le flaqueaban las piernas por la debilidad y el agotamiento; es mucha la sangre que ha derramado.

Como las espinas habían penetrado a viva fuerza en sus sienes, la sangre saltó en toda la cabeza y corrió en gruesos hilos por la frente y las mejillas.

Sus cabellos dorados, todos descompuestos y revueltos; en desorden la barba; cubierto el cuerpo con un trapo viejo y sucio; las manos atadas y en ellas una caña.

Pilatos se estremeció al mirarlo, y para mover

más a compasión al pueblo, levanta un extremo de la púrpura, y descubriendo las llagas del paciente, dice a las muchedumbres:

— *Ecce homo* — He aquí al hombre.

Y en verdad, que no se equivocaba Pilatos al hacer esta afirmación tan rotunda como verdadera.

Allí estaba el hombre más puro, más grande, más santo, más inocente que el mundo conoció. Allí estaba, sin apenas tener figura de hombre, lleno de ignominia, humillado hasta la abyección.

No obstante tanta ignominia, ése es el hombre tal y como había salido de las manos de Dios en el principio del mundo, y es el único hombre que ahora hay en la tierra. Los demás no son hombres, son fieras, son bestias, son racionales degradados, envilecidos. Que ellos mismos se han degradado. Solo Jesús! Jesús solo es el hombre justo, el hombre santo.

— *Ecce homo* — Aquí tenéis al hombre a quien pedís para la muerte. —

¡Oh! y ¡qué cambiado estaba! La hermosura de aquel rostro tan gracioso, desfigurada con los golpes, las salivas, las bofetadas. Aquellas carnes blanquísimas, obra del Espíritu Santo en el seno de una Madre Virgen, ahora acardenaladas, llenas de heridas.

Ni más ni menos, como lo vió Isaías muchos siglos antes; como lo describió cuando dijo:

«Vámosle despreciado, el desecho de los hombres, varón de dolores, y que sabe lo que es padecer, y su rostro como cubierto de vergüenza, y afrentado.

Él mismo tomó sobre sí nuestras dolencias y pecados, y cargó con nuestras penalidades; pero nosotros le reputamos como un leproso y como un herido de la mano de Dios y humillado.

Por causa de nuestras iniquidades fué él llagado, y despedazado por nuestras maldades; el castigo de que debía nacer nuestra paz con Dios, descargó sobre él, y con sus cardenales fuimos nosotros curados» (Isaías LIII, 3—5).

¡Ay! a qué estado tan lamentable ha sido reducido el hombre por excelencia, el prototipo del hombre; el único hombre digno de comparecer con la frente limpia ante la Majestad de Dios.

También los ángeles se avergonzaron al verlo y sentirían estremecimiento y compasión, llorando de pena, adorando aquella figura desfigurada, que ellos contemplaron extasiados en la gruta de Belen años antes.

Se compadece el Gobernador romano de él, y lo presenta ante la muchedumbre para ver si se da por satisfecha con la horrible carnicería que los tormentos han hecho en su cuerpo; pero a la vista de aquella víctima vuelven los gritos estentóreos; voces que más parecen bramidos de fieras heridas por la flecha del cazador.

Lo que entonces pasó en la plaza contigua al Pretorio, no tiene nombre. Fué una escena de verdadero salvajismo, de crueldad inaudita, de embriaguez de odio satánico.

Todos a una voz, formando coro infernal, gritaron:

—¡Crucifícalo! ¡Crucifícalo!—

Estaban ciegos por la ira, borrachos de indignación. Estaban fuera de sí; la pasión los cegó de tal manera, que ya no veían, ni se daban cuenta del espectáculo sangriento que ante sus ojos se desarrollaba. Estaban como poseídos de un espíritu infernal...

Y como Pilatos se declarase inocente en aquel

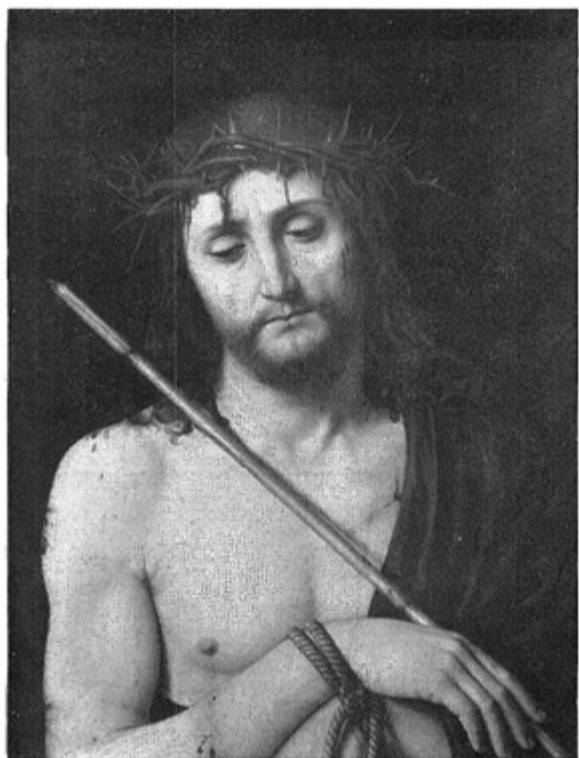
asunto, y protestase no querer manchar sus manos con la sangre del Justo, aquella muchedumbre, fuera de sí, volvió a gritar con más fuerza:

«Su sangre caiga sobre nosotros y sobre nuestros hijos.»

¿Se dieron cuenta de lo que pedían? ¿Comprendieron todo el alcance de sus palabras?

Seguramente que no.

Lo cierto es que la sangre del Justo cayó sobre ellos, como lo habían pedido. Cayó para su condenación y para su juicio eterno.



Ecce Homo
por Andrés Solario

XVIII

EL ENCUENTRO

Por las estrechas calles de la ciudad de Jerusalén serpenteaba una inmensa muchedumbre la mañana del Viernes Santo, del primer Viernes Santo.

Agitación insólita, movimiento desacostumbrado se notaba en todas partes, y mucho más en los espíritus de sus moradores y de cuantos habían acudido a las solemnidades de la Pascua.

¿Serán acaso los peregrinos que llegan a la celebración de las grandes solemnidades de aquellos días? ¿Serán los extranjeros que buscan alojamiento en la ciudad patriarcal, en casa de algún pariente, de los amigos, de los antiguos conocidos?

¿Tal vez los jefes de familia, que quieren tomar lugar para el sacrificio del cordero pascual, son los que corren por las calles en dirección al grandioso templo?

Equivocadas son todas esas sospechas, vanas resultan también tantas cábalas. El pueblo jerosolimitano acostumbrado está a ver tan pintorescas escenas, que se repiten con frecuencia y todos los años en los días de la gran solemnidad pascual. Sobre todo, las tiendas de campaña, colocadas a las afueras de la ciudad, hacen que nadie se preocupe por buscar habitación en las casas de los parientes o amigos.

Este año algo extraordinario ocurre en Jerusalén, que pone en movimiento a los mismos pacíficos

moradores de la Ciudad Santa, los pone en movimiento y encamina a las afueras, hacia el monte de las Calaveras.

Como una inmensa serpiente se revuelve la muchedumbre apostada junto a la Torre Antonia. Es que quiere abandonar las calles, y busca desahogo en las afueras, en el campo, mirando con ojos de basilisco la altura del Calvario.

Las bocacalles ocupadas todas; las terrazas de los edificios llenas de gente; la plaza contigua al Pretorio, donde reside el Gobernador romano, completamente abarrotada.

A codazos y a empellones se abren paso los más atrevidos y logran escalar los primeros la pendiente del monte, donde cuentan que tendrá lugar el sacrificio del joven Nazareno.

Gritos descompasados, silbidos como de serpiente pisada, gestos ridículos, una vocería confusa, desordenada, se percibe por todas partes; mucho más, cerca de la Torre Antonia.

Sí, algo extraordinario ocurre en la ciudad de Jerusalén, de ordinario tan pacífica, tan tranquila.

Y tanto que ocurre; como que ha sido pronunciada sentencia de muerte contra Jesús Nazareno, y ya ha salido, llevando sobre sus hombros el instrumento del suplicio, *la cruz*. La cruz donde ha de morir.

La mayor parte de la muchedumbre que se agolpa, está compuesta de curiosos que, llegados de todas las partes de Palestina, quieren ver el fin de aquel drama; mucho más, sabiendo el renombre adquirido por Jesús durante los tres últimos años. Otros son de las naciones afines, que también desean saber la suerte de aquel hombre extraordinario.

Los enemigos del ajusticiado, metiéndose por todas partes, lo van revolviendo todo.

Entre esa mezcla y confusión de gentes, se encuentra un puñado reducido de amigos y admiradores del Nazareno.

Un pequeño grupo de almas compasivas va siguiendo sus pasos. Ese grupo ha logrado colocarse en una encrucijada por donde necesariamente ha de pasar la comitiva.

En aquel grupo está María, envuelta en los anchos pliegues de su negro manto; envuelto su corazón entre los pliegues amargos del más acerbo dolor; dolor grande, pena inmensa, angustia desgarradora.

La procesión se desenvuelve de una manera lenta y muy pesada. El Hijo tarda mucho en llegar; las horas se le hacen siglos a la Madre; los minutos no corren con la velocidad con que ella quisiera. ¡Cuán cierto es que las horas del sufrimiento son interminables! y más para una madre, y una madre como María....

Esperando está la llegada del Hijo que marcha camino del Calvario.

Ante su presencia van pasando, en confuso tropel, las muchedumbres, que quieren ser testigos de la escena del Calvario. Sus ojos, arrasados en lágrimas, ven la ferocidad en el rostro de aquellos hombres; penetra con mirada escrutadora en el interior, y ve en sus corazones enroscado el odio, un odio satánico, infernal.

Va pasando el pregonero, que con estentórea y avinagrada voz publica la sentencia de muerte contra el Autor de la vida.

Los escribas y fariseos, revueltos con el populacho soez, y azuzando sus pasiones.

Los grandes de la nación, llevando en su rostro la mueca del odio, el rencor en sus corazones podridos, barbotando insultos contra la inocente Víctima.

Luego llegan los soldados, abriendo paso, rígidos, imperiosos, mandando con despotismo; como quien sabe que tiene autoridad y poder; el poder de la fuerza bruta, arrolladora; el poder de las armas y de la violencia.

Luego, entre los dos ladrones, y rodeado de verdugos crueles y feroces, de torva mirada y fuerza hercúlea, viene Jesús, su hijo, el Hijo de Dios.

Se acerca con paso lento e inseguro. Lo ve llegar. Lo ve muy cerca. Lo ve de frente. Lo miró..., lo miró bien.

¡Cielos santos! ¡Cómo venía! Ni lo hubiera conocido, a no saber que era Él. Venía oprimido por el enorme peso de la cruz, y más aún, cargado con las iniquidades de todos los hombres. Sus ojos cubiertos por las lágrimas y la sangre, desfigurado el rostro, revueltos los cabellos, mesada la barba, coronada la cabeza de espinas, amoratado el rostro, aquel rostro donde se miraban, complacidos, los ángeles, aquellas mejillas donde tantos y tan regalados besos ella depositara, ahora estaban acardenaladas por las bofetadas y los golpes.

¡Cómo venía! ¡Qué distinto de como ella lo dejó la noche anterior, al darle su bendición maternal, para que llevara a cabo la grande obra que entre manos tenía, de redimir al hombre!

No obstante, lo conoció. Y si bien es cierto que muchas veces había pensado en estos pasos de la vida de su Hijo, ahora la triste realidad supera, y con mucho, a cuanto había meditado.

Antes era una pintura lo visto; ahora la realidad

dura se impone con todos sus horrores. El cuadro no podía ser más tétrico. Pintado estaba con sangre divina, no sobre el lienzo, sino sobre el cuerpo de su mismo Hijo, y sobre su alma de madre.

No se hablaron la Madre y el Hijo. Tan sólo se miraron.

Pero en aquella mirada, ¡cuántas cosas se dijeron! ¡Qué bien se entendieron con el lenguaje de los ojos! ¡Qué elocuente es a veces este lenguaje, y cuán persuasivo al corazón!

Jesús, al pasar junto a la Madre, no pudo detenerse. No podía hacerlo sin comprometerla. Siguió su camino de la vía dolorosa. La Madre iba en pos de Él, acompañándolo en espíritu.

Aquellas palabras: «Si alguno quiere venir en pos de mí, tome su cruz y sígame», estaba poniéndolas en práctica María al pie de la letra en aquellos momentos amargos.

Seguía a Jesús con la cruz auestas, y muy de cerca, para ser con Él inmolada, sacrificada.

La cruz del Hijo, cuán larga era; y muy larga y pesada era también la de la Madre.

Es la condición de cuantos quieren de veras seguir a Jesús, no por el camino que al Tabor conduce, sino por la vía dolorosa que termina en el Calvario.

Seguirle con la cruz auestas, dejando en el camino un reguero de sangre, y entre las zarzas pedazos del vestido, pedazos de carne.

Pues no ha de ser mejor la suerte del discípulo, que lo fué la del maestro, y: «Si a mí han perseguido, a vosotros también perseguirán; y si a mí me han entregado a los suplicios y a la muerte, a vosotros también entregarán a la muerte de cruz.»

Siempre es Viernes Santo para el cristiano mientras está en el mundo; y por un momento de dulce consuelo que experimente, encontrará muchos cálices amargos; entre una rosa sentirá las punzadas de mil espinas, que, penetrando en sus miembros, de ellos harán brotar regueros de sangre.

Siempre es Viernes Santo para el cristiano, conjurándose contra él las humanas pasiones y los poderes del infierno.

Pero no debemos temer a los que tan sólo quitan la vida del cuerpo, y nada más pueden hacer. Son ellos los instrumentos de que Dios se vale para purificar el oro, sacándolo limpio del fuego de la tribulación.

Confiemos, confiemos siempre. Que después del Calvario está el Tabor.

Después de los tormentos viene el descanso eterno. Después de la muerte ignominiosa seguirá la triunfante resurrección.

XIX

LA VERÓNICA

Tan mal cariz tomaron los asuntos de Jesús Nazareno desde un principio ante los tribunales, que desde luego se dió su causa por perdida.

Los grandes de la nación quieren que la sentencia injusta e ilegal por ellos pronunciada la confirme el Gobernador romano de buenas a primeras, sin examinar el asunto, sin estudiar la causa.

Bueno está Pilatos para meterse en un juicio tan escabroso. Pero ya que ha tomado cartas en dicho asunto, tiene que obrar de alguna manera, o absolviendo o condenando.

Y creyendo dar una solución adecuada, se lava las manos, y tranquilamente dice:

—Inocente soy yo de la sangre de este justo. Allá vosotros.—

A Jesús entre tanto le dirige las palabras del ceremonial de juicios, pronunciando contra él sentencia de muerte:

—*Ibis ad crucem*— Irás a la cruz. En ella serás ajusticiado.—

¡Cobarde Pilatos! No tardará en pagar cara esa falta de valor.

¿Qué importa que se lave las manos? ¿Qué importa que se declare inocente ante el pueblo? De nada le valdrán esas protestas.

Pues, porque pudo y no quiso salvar al inocente, es responsable; muy responsable; el más responsable de todos.

Porque reconoció la inocencia de Jesús y no quiso hacerle justicia, las generaciones todas le tacharán de juez venal, injusto y traidor.

Pilatos no tiene excusa, es culpable, muy culpable, el más culpable de todos los que intervinieron en la causa de Jesucristo. ¿No le reclamaba la justicia que lo salvase? ¿Por qué no lo hizo?

Por encima de todo lo condena a muerte de cruz; a un inocente....

Y sale Jesús del Pretorio con la cruz a cuestas.

Está sumamente débil, sin fuerzas, desmayado, sin aliento. Por un milagro está sosteniendo la vida para morir en la cruz.

A paso lento emprende el camino que al Calvario conduce, recorriendo las tortuosas y estrechas calles de Jerusalén, entre los insultos de unos, las burlas de otros, y la compasión de unos pocos que están alejados de su lado.

Buena procesión es aquella del Divino Nazareno. Como jamás se ha visto otra, ni se verá tampoco en adelante.

Rompe la marcha el pregonero. Siguen los curiosos que se agolpan en número sin número, examinándolo todo, comentando los incidentes del día.

Unos lanzan gritos de satisfacción; otros ríen de contento. Hay quienes lloran lágrimas muy ardientes; hay quienes compadecen, llenos de ternura.

A la rabia de los escribas y fariseos, que pocas horas há no les cabía en el pecho, hase sucedido la más íntima satisfacción. Ya se felicitan mutuamente; se dan unos a otros la más cumplida enhorabuena, por el éxito de sus gestiones. Al fin han salido con la suya. Buenas ganas tenían.

Y se encaminan hacia el Calvario, apurando a los soldados, para que estimulen al reo a que alar-

que el paso. Tienen prisa para crucificarlo cuanto antes.

Jesús no puede más. Está desfallecido. La cruz es muy larga, muy pesada.

Aquel rostro divino, aquella faz augusta, que es el resplandor de los cielos y la alegría de la tierra, donde se mira, como en nítido espejo, el Eterno Padre, y que embelesados contemplan los ángeles; aquel rostro está completamente desfigurado. Cualquiera que lo vea no lo conoce.

Aquel rostro del más hermoso de los hijos de los hombres, ¡ay! ¡cómo está! Cubierto de sangre coagulada, de saliva, de sudor, de polvo. La sangre le corre por la cabeza y la barba; la sangre le ha cubierto los ojos.

Aquello no parece figura humana. Es el desecho de los hombres, sobre el que han caído todas las maldiciones de los mortales, todas las maldiciones que el Eterno lanzó sobre la humanidad prevaricadora.

Está desfallecido; completamente desfigurado; horriblemente atormentado. Ya lo había dicho el Profeta: «Desde la planta del pie hasta la coronilla de la cabeza no hay en él cosa alguna sana, sino heridas y cardenales, y llaga corrompida que no ha sido curada, ni vendada, ni suavizada con bálsamo.»

La triste comitiva continuaba su camino a paso lento hacia el Calvario. El famoso reo marcha inclinado, oprimido por el peso enorme de la cruz; en medio de un piquete de soldados; rodeado de los sayones, que a fuerza de golpes tratan de hacerlo caminar más a prisa. Y no puede....

Nadie puede acercarse a él; mucho menos para

compadecerle o llevarle algún alivio, so pena de caer en la indignación del populacho.

¿Qué se han hecho ahora todos los amigos del Nazareno? ¿Dónde están las muchedumbres que hace pocos días lo recibieron en triunfo al entrar en Jerusalén? Los galileos esforzados y entusiastas ¿qué se han hecho?

Pero he aquí que entre tanto abandono y soledad, cuando no oye el reo más que insultos y burlas, de una de las casas vecinas sale veloz como el relámpago una mujer noble, distinguida, y rompiendo por entre los soldados, y atravesando el cordón que formaban los sayones, se acerca a Jesús, y ante su presencia se arrodilla.

El estupor que causó aquella escena, al ver a aquella mujer arrodillada ante el famoso reo, no es para descrito.

Los soldados la miraron, sin acabar de explicarse el hecho. Los sayones ni se atrevieron a echarle mano. Unos y otros no fueron capaces de pronunciar una sola palabra por el estupor y el asombro.

En un abrir y cerrar de ojos comenzó y terminó su obra compasiva la piadosa Verónica. Arráncase la toca, y con ella enjuga el rostro de Jesús.

Las muchedumbres, llenas de asombro, protestaron del hecho. Cuando quisieron reaccionar, la mujer buena ya había desaparecido.

¿Qué le importa a ella la opinión de los hombres y el qué dirá el vulgo ignorante?

Acaba de cumplir con un deber que le reclamaba la conciencia, y está satisfecha de su obra. Con sumo cuidado dobla la toca, y se retira a su casa, anegados los ojos en lágrimas. Ha visto muy de cerca a Jesús y está horrorizada.

Una vez recogida en su morada, da rienda suelta a los suspiros y al llanto. Lloro y llora inconsolable, y llora amargamente, al recordar el triste estado en que ha visto al Nazareno.

Y cuando las turbas han pasado, vienen sus amigas a visitarla; y al verla hecha un mar de lágrimas, tratan de consolarla.

Pero ¿qué consuelo puede haber para aquellos corazones, si todos ellos aman a Jesús, y todos sufren por la misma causa?

En casa de la Verónica lloran todas juntas. Sus lágrimas se mezclan unas con otras y no son tan amargas, y las penas se suavizan un tantico, y el dolor así repartido es más llevadero.

Y cuando sus ojos, cansados de tanto llorar, quieren ver la sangre de Jesús recogida entre los pliegues de la toca, al desdoblarla la piadosa Verónica, ven todas, llenas de asombro, que la faz divina de Jesús había quedado milagrosamente impresa en el lienzo.

Así recompensaba el Nazareno la caritativa acción.

Preso de indecible asombro cae de nuevo la Verónica en tierra y adora reverente aquel rostro que tan cerca había visto poco antes.

Y las demás mujeres adoraron también el rostro de Jesús, grabado en los pliegues de la toca de la Verónica.

XX EL CIRINEO

Agotado estaba Jesús; dolorido y sin fuerzas. Tan débil, que apenas podía tenerse en pie.

Y el caso no era para menos, dadas las circunstancias dolorosas por las que pasó durante la noche anterior, y los tormentos a que fué sometido por los verdugos y sayones.

En el huerto de Getsemaní congojas, angustias, ansias de muerte lo asediaron por todas partes, hasta hacerlo derramar copioso raudal de sangre por todos los poros de su cuerpo. Realmente, cuando terminó la prolongada oración parecía un cadáver ambulante; su rostro tenía la palidez de la muerte.

Después de tan grandes congojas y mortales angustias, se sucedió el prendimiento. Maniatado fué conducido, entre golpes brutales, a la presencia de Anás y Caifás. Cuando terminó el interrogatorio primero, dejaron a Jesús durante toda la noche en poder de los verdugos sin entrañas y sin compasión, quienes lo hicieron el blanco de las burlas más groseras, sin dejarle reposar un solo momento.

Muy de mañana se reúne el Sanedrín para conducirlo ante Pilatos.

Entre estas idas y venidas pasa gran parte de tiempo, y Jesús va sintiendo cada vez más agotadas sus fuerzas.

Los interrogatorios se suceden unos a otros, sin que en ninguno de ellos se encuentre nada digno de castigo en Jesús. Se le somete al tormento de la

flagelación. Los verdugos desgarran su cuerpo a golpes; la sangre salta de las venas y de las arterias a borbotones, y corre por el suelo. Es un charco de sangre el que se ha formado.

Tras la flagelación lo coronan de punzantes espinas. La sangre salta de la cabeza y corre por el rostro. Todo lo cual contribuye a disminuir las fuerzas de Jesús.

Con estos fieros tormentos el cuerpo de la Víctima por momentos se debilita. Disminuyen las fuerzas físicas; el cuerpo no puede resistir.

Al fin, después de muchos y reñidos debates, lo condenan a muerte de cruz, y ha de llevar Él mismo sobre sus hombros hasta el lugar del suplicio el infame madero, como era costumbre.

Jesús se abraza generosamente con aquel patíbulo, porque eran muchas las ansias y grandes los deseos de verse con él; y sacando fuerzas de la misma debilidad, marcha a paso lento camino del Calvario, y

De espinas coronado,
de amor henchido el pecho,
a muerte condenado
lo sube el Nazareno,
llevando fatigado,
de pesadumbre lleno,
la cruz ensangrentada,
do tiene que morir.

Avanza hacia las crestas
del monte del Calvario,
tropel de muchedumbres
le acosa sanguinario,
como jauría fiera
de indómito rugir.

Juraron inmolarle
con desatino fiero;
verter la sangre toda
del místico Cordero,
cegado por el odio,
por la pasión soez.

Por eso hacia el Calvario
camina la Inocencia
y un pueblo tumultuario,
desnudo de clemencia,
la insulta y acocea
con torpe avilantez.

¡Qué camino tan triste! ¡qué procesión tan lúgubre! Marcha Jesús trabajosamente, fatigado y jadeante, cayendo y levantándose. Y cuando los príncipes de los sacerdotes y los grandes del pueblo quieren que apure el paso, porque no ven la hora de colgarlo de la cruz, entonces el viaje se interrumpe más, pues el reo desfallece en el camino.

Curiosas las muchedumbres, se agolpan en torno al sentenciado para verlo bien de cerca, y hasta los más atrevidos, que nunca faltan en tales ocasiones, se ensañan en su persona, lo insultan, se burlan de él.

Por entre aquel mar inmenso de cabezas humanas sobresalen los cabos de las tres cruces, que llevan los reos, y que avanzan muy despacio.

Jesús cae una, dos, tres, muchas veces. Temen, y con razón, sus enemigos que muera en el camino.

Pero, ¿qué hacer? ¿aliviarle el peso? ¿ayudarle a llevar la cruz? Buenos estaban ellos para compadecerse del reo, y de un reo al que tanto odio tenían y al que sólo deseaban ver en cruz. No era

posible pensar en tales favores. Todo menos ayudarle ellos.

Mas he aquí que una circunstancia inesperada se les atraviesa en el camino, y de ella se aprovechan para aligerar algún tanto el paso.

De vuelta del campo, donde ha estado ocupado en sus faenas agrícolas, está un tal Simón, a quien llaman de Cirene.

Picado de curiosidad, pues ignora lo que sucede, se acerca a la comitiva, y ve a Jesús en tan lamentable estado, y se compadece de él. ¿Qué corazón desapasionado no hubiera hecho otro tanto?

Y ésa fué, precisamente, la ocasión para echar mano de Simón y de obligarle a llevar la cruz del Salvador. No podía hacer resistencia; hubiera sido inútil. Aquel interés que mostró por el reo, aquella curiosidad en acercarse a su lado, ¿no demostraban que era de los suyos?...

Y si no lo era, daba lo mismo. Por la fuerza había de cumplir la orden de los soldados.

Y a la fuerza la cumplió. No le quedó más remedio que cargar con la cruz y caminar al lado del Nazareno.

¿Se dió cuenta el Cirineo de la carga que sobre sus hombros llevaba? ¿comprendió que aquel madero dejaba de ser el patíbulo infame, y que en adelante sería árbol de bendición, insignia gloriosa para los seguidores de Cristo?

Algo extraordinario debió de pasar por él, pues si repugnó en un principio llevar la cruz, luego caminó con ella satisfecho, alegre y muy contento.

Tal vez al cargarla sobre sus hombros experimentara la virtud extraordinaria en ella encerrada; tal vez en sus oídos resonaran en aquel entonces las palabras del que dijo: «Si alguno quiere venir

en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame.»

El Cirineo la tomó y siguió a Jesús. La cruz había ya perdido toda su aspereza. Era el árbol duro y seco que reverdecía con el contacto de Jesús; era el árbol que comenzaba a dar frutos copiosos de bendición.

No en vano dijo Cristo en los días de su apostolado: «Venid a mí todos los que andáis agobiados con trabajos y con cargas, que yo os aliviaré. Tomad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón. Porque mi yugo es suave, y ligero el peso mío.»

Bien comprendió por propia experiencia la verdad de estas palabras el piadoso Cirineo al cargar con la cruz de Cristo; y lo que en un principio le pareció repugnante e ignominioso, después constituyó su mayor gloria, su honra y su felicidad.

Ser compañero de Cristo camino del Calvario, ¿qué mayor honra? Llevar con Él la cruz de los sufrimientos, de los dolores, de las contrariedades, nada más digno para un discípulo de Jesús. Porque hemos de tener en cuenta que no terminan aquí los trabajos; ellos se convertirán con el tiempo en puras y santas alegrías, en dulces satisfacciones.

XXI

LAS MUJERES DE JERUSALÉN

Dice el santo Evangelio que durante la vida de apostolado de Jesús varias mujeres piadosas le fueron siguiendo, las que, al mismo tiempo que se aprovechaban de sus saludables doctrinas, cuidaban de Él, remediando las necesidades que podían ocurrirle. También las mujeres compasivas le acompañaron en las horas de su Pasión.

Realmente en la subida al monte Calvario no es posible acelerar mucho el paso, pues el reo está sin fuerzas; y obligarle a que haga un supremo esfuerzo, sería acelerarle la muerte, viéndose ellos privados del placer de crucificarlo.

Si eso es lo que han pedido al Gobernador romano, la muerte de cruz para el Nazareno. Pues no les ha costado poco arrancar la sentencia...; y que ahora se les muera el reo en el camino, privándose ellos del gustazo de ver a su mayor enemigo en la cruz...

No hay más remedio; tomarán las cosas con calma, y de ese modo llegarán al fin; aunque sea un poco más tarde, nada importa. El caso es llegar; el caso es sacrificar al Nazareno, y que muera en tan ignominioso patíbulo a vista de todo el pueblo.

Varios incidentes tuvieron lugar en el camino, los que retrasaron la marcha. Una mujer que sale pre-

cipitadamente de casa, y acercándose al reo, le limpia el rostro afeado por el polvo y la sangre.

Repetidas caídas con la cruz ponen a Jesús en trance de muerte, hasta que al fin obligan al Cirineo a tomar la cruz aliviándole la carga.

La marcha continúa lenta. La muchedumbre de enemigos está esperando con impaciencia la hora de ver a Jesús pendiente del patíbulo. Los curiosos toman los puntos estratégicos para verlo bien de cerca. Unos repiten sin cesar los insultos; otros hablan de los milagros que hizo en mejores tiempos, y desearían verlos renovados ahora. Acá se elogian sus virtudes; más allá se comentan en voz baja los acontecimientos del día.

Los buenos callan y se ocultan, temerosos de algún incidente desagradable. Sólo los atrevidos gritan y vociferan, contando sus triunfos.

No faltan tampoco almas buenas, almas compasivas, que acompañan a Jesús en medio de sus dolores y sufrimientos. ¿Cómo habían de faltar? ¿Acaso no pasó Él haciendo bien a todos? Que hablen sino los muertos resucitados; los enfermos curados. Que hablen las muchedumbres de miles y miles de personas alimentadas milagrosamente en el desierto. Que hable la viuda de Naín, la que lloró muerto a su hijo único y después le vió resucitado al imperio de la voz de Cristo; que hable Jairo y cuente también la resurrección de su hija; que hable Lázaro; que hablen los diez leprosos; el enfermo de treinta y ocho años, curado junto a la piscina. Que hable todo el pueblo de Israel, porque todo el pueblo fué testigo una y muchas veces de su poder, de su bondad, de las ternuras de su amante corazón.

¡Qué! ¿Acaso no habrían recibido beneficios muchos de los que le rodean en aquellos momentos? Sin duda alguna; pero, así es el mundo; así es el humano corazón; así corresponde a los beneficios que se le hacen, con la ingratitud, con el olvido, y lo que es peor aún, con la traición.

Si esto encontró Jesús camino del Calvario el día Viernes Santo, también encontró un puñado de corazones nobles, almas compasivas, generosas.

Son las piadosas mujeres de Jerusalén, que apenas lo ven, movidas de su natural ternura y recordando los inmensos beneficios de sus manos recibidos, y pensando en mejores tiempos, ya pasados, rompen a llorar a lágrima viva, y a suspirar en alta voz, tanto que muy bien pudo oírlas y verlas Jesús al pasar, camino del Calvario.

Muy grande era, en verdad, la compasión de aquellas mujeres para con el Divino Nazareno, máxime cuando todos le volvían la espalda y muchos le hacían el blanco de sus odios satánicos, de su rabia y su furor.

Mucho era su amor, pues al mirarlo desfigurado, maltrecho, convertido en una viva llaga, manifiestan esos sentimientos de ternura con hondos suspiros y abundantes lágrimas.

¿Qué otra cosa mejor podrán hacer unas débiles mujeres, sino compadecerse?

Jesús se da cuenta de ello; acorta el paso; se detiene un momento en la marcha, vuélvese hacia las mujeres, y les dice:

«Hijas de Jerusalén, no lloréis por mí; llorad más bien por vosotras y por vuestros hijos. Porque día vendrá muy pronto en que digan: ¡Dichosas las estériles y los senos que no han tenido hijos, y los pechos que nunca amamantaron! Entonces

comenzarán a decir a los montes: ¡Caed sobre nosotros! y a los collados: ¡Sepultadnos!

Porque, si en el árbol verde y florido se hace esto que estáis viendo, ¿qué se hará en el seco?»

Calló Jesús. Bastante había dicho en breves palabras. Las mujeres seguían llorando y lamentándose. La procesión continuó de nuevo su curso.

Cuantos iban cerca del Divino Nazareno pudieron darse perfectamente cuenta de sus palabras, de sus consejos, de la terrible profecía.

¿Se dieron cuenta aquellos hombres del valor de las palabras? ¿Las comprendieron las mujeres jerosolimitanas? ¿penetraron en el sentido real y verdadero de aquellas expresiones? Bien claro habló Jesús en aquella ocasión, y tanto, que no había lugar a la menor duda sobre el sentido real de sus palabras, las que eran como una extensión de las que dijera cinco días antes pronosticando la ruina de Jerusalén. Ahora bien, claro les anunciaba el cúmulo inmenso de desgracias que se avecinaban sobre la nación entera, sobre el pueblo, sobre la ciudad, sobre los individuos particulares, y los apuros en que unos y otros se verían cuando tales palabras comenzasen a cumplirse.

Lo cierto es que, por falta de avisos divinos, no quedaba. Lo había anunciado Jesús muchas veces durante sus predicaciones, sobre todo en la última temporada, por parábolas y comparaciones, con avisos y consejos.

El día de su entrada triunfal en Jerusalén, cinco días antes, en medio de las manifestaciones de entusiasmo, habló del mismo asunto: la destrucción de la ciudad por su protervia en no reconocerle como el Mesías verdadero.

Y ahora, camino del suplicio, insiste de nuevo en lo mismo, llamando al pueblo a penitencia, exhortando a las mujeres a que lloren sus pecados propios y los de sus hijos, y que los lloren con tiempo; que hagan penitencia por los crímenes de la nación, para que Dios de ella y de ellos se compadezca.

Pero ni aun por ésas el pueblo se dió por entendido, continuando en sus depravados intentos y criminal voluntad.

Los soldados apuraron al reo, para que cuanto antes llegase al lugar del suplicio, pues tantas paradas retardaban la ejecución.

Los grandes de Israel estaban impacientes ante la tardanza, viendo los incidentes del camino y los entorpecimientos que se atravesaban; lo que era causa para ellos de nuevos odios.

Al fin llegaron al monte; ejecutaron la sentencia. Clavaron a Jesús en la cruz; dieron muerte al Autor de la vida; el árbol verde cayó al golpe de la segur de sus enemigos, y más al golpe de la divina justicia.

¿Qué sucederá ahora con el árbol seco e infructuoso? ¿Cuál será su suerte? ¿Qué destino y qué paradero le espera?

Hay que dar tiempo al tiempo. Pasarán los años y vendrán los desengaños.

Unos tras otros irán cayendo los enemigos de Jesús; todos ellos, todos cuantos intervinieron en su Pasión; comenzando por Pilatos, siguiendo por Herodes, Caifás, los pontífices, los fariseos hipócritas, los doctores, todos caerán; pero de una manera desastrosa, horrible, desesperante; para no volver a levantarse jamás. Llegarán a las manos del Dios vivo; se enfrentarán con el mismo a quien ellos crucificaron; pero entonces ellos serán los reos y

Jesús el juez. ¿Qué razones aducirán entonces en su propio favor? ¿Qué dirá Pilatos?

¿Cómo justificará su cobardía y aquel lavarse las manos, queriendo con ello desentenderse del asunto de Jesús?

¿Qué dirán Herodes y los suyos? ¿Qué dirán los pontífices y sacerdotes?

Y llegó ese día; todos ellos cayeron malditos de Dios y malditos también de los hombres.

XXII

CRUCIFICADO

Dijo un día triste el profeta Jeremías: «¡Oh vosotros todos cuantos pasáis por el camino! deteneos un momento a mirarme, y decidme, si hay dolor semejante a mi dolor, torturas como las que me atormentan!» (Tren. I, 12.)

Mirando al Calvario podemos decir que semejantes palabras fueron pronunciadas por Jesús en la persona de Jeremías.

Era la llamada de atención para que los hombres considerásemos la enormidad de los dolores del Hombre-Dios, crucificado por amor nuestro. Era el grito desgarrador de quien padece sin consuelo.

Y en verdad, que bien merece el asunto toda nuestra atención, toda la fijeza de nuestra mente, toda la compasión de nuestro espíritu, y la ternura de nuestra alma.

El Evangelio, con frase lacónica y llena de precisión, nos dice: «Y lo crucificaron». El Credo católico tiene un artículo, breve en palabras, inmenso en su contenido: «Fue crucificado».

Era el término de las negociaciones de los grandes de Israel; era la meta de sus deseos, y el final de todas sus gestiones ante el Gobernador romano y ante el pueblo: crucificar a Jesús, para que muriese ignominiosamente.

El tormento de la crucifixión era uno de los más horrorosos, y por de pronto el más de ignominia y de baldón. ¡Morir crucificado! Así morían los reos más famosos, los más grandes criminales. Así tenía que morir Jesús por decreto del tribunal de Israel y por sentencia del Pretor romano. Así estaba decretado desde toda la eternidad en los designios divinos. Moriría de muerte lenta y horrible, colgado de un palo, pagando en él por la deuda de la humanidad prevaricadora para satisfacer a la divina justicia ofendida.

La cruz era el suplicio infamante entre los romanos, reservado tan sólo a los esclavos y a los más insignes criminales, y además de infamante, era degradante y sobre toda medida doloroso.... Cicerón lo llamó *teterrimum crudelissimumque supplicium*. Bossuet dijo también, que «de todas las muertes, la de cruz era la más inhumana».

A fuerza de martillazos y de fieros golpes fueron metiendo los clavos en las manos de Jesús, hasta dejarlas cosidas al árbol de la cruz; a fuerza de golpes y de recios martillazos, dados sin miramiento, clavaron los pies; y luego, levantando en vilo la cruz, la dejaron caer de golpe en el agujero hecho de antemano en la roca.

La Víctima está ya sobre el altar del sacrificio, chorreando sangre por todos los poros de su cuerpo y en medio de un mar de tormentos. Porque, realmente, no puede moverse a lado alguno sin experimentar horribles convulsiones, espasmos inmensos, dolores acerbos y rasgadura de las llagas. Colgado como está de los clavos, el peso natural del cuerpo hace que aquéllas se rasguen más y más cada momento.

¡Cristo Jesús crucificado!... ¡Dios cosido a un madero!... ¡El Mesías moribundo en la cruz!...

Éste es el gran espectáculo que han contemplado asombrados los siglos y las edades, los pueblos y las naciones, los ángeles y los hombres.

Las miradas de cuantos en el Calvario se encontraban la tarde del Viernes Santo se dirigen todas hacia el Cristo. La curiosidad en unos, el odio en otros, la venganza en los más: la rabia y el furor embarga el pecho de aquellas muchedumbres.

Y cuando así lo vieron, levantaron una gritería inmensa, la gritería del Pretorio, que se renovó llena de confusión y de despecho. Aquello, más que voces humanas, eran gritos del averno, ladridos de chacales rabiosos, baladros del infierno, silbidos de serpientes, rugidos de fieras humanas, privadas de razón y dominadas por el odio, que, como serpiente inmunda, se enroscaba en sus corazones podridos.

—¡Que muera, sí, que muera en la cruz!

—¡Que perezca el farsante, el hipócrita, el pretendido Hijo de Dios!

—Acabemos de una vez con ese hombre, que se dice el Mesías.—

Y luego se siguen los insultos, las befas, los sarcasmos, que hieren, más que el cuerpo, el corazón, el espíritu, el alma, y por lo mismo son mucho más sensibles.

—Baja, baja de la cruz, si eres el Hijo de Dios, como lo has asegurado muchas veces. Baja, y creemos en ti.

—A otros ha salvado, y no puede librarse a sí mismo.—

Y así continuó por largo rato aquella letanía sin fin.

Pero Jesús no bajará de la cruz; no puede bajar; está crucificado.

Un día había dicho solemnemente el mismo Jesucristo: «*Et ego si exaltatus fuero a terra, omnia traham ad me ipsum*» — «Cuando yo sea levantado en lo alto de la tierra, todo lo atraeré hacia mí» (S. Juan XII, 32). Palabras que comienzan a cumplirse cabalmente la tarde misma en que es crucificado. La muchedumbre que ocupa las alturas y la ladera del Calvario hacia Él se dirige con un movimiento de odio satánico y de rencor enconado. Rencor que se deahoga en gritos furibundos de bur-las. Después, algunos de ellos se dan cuenta de que aquel hombre es algo más que un puro hombre; que tras la humanidad ensangrentada, tras las heridas y las llagas está la divinidad.

Luego, sin tardar vendrán los discípulos, los verdaderos adoradores, otras muchedumbres mucho más grandes, a postrarse reverentes ante el madero santo, para adorar la Víctima sagrada que de él pende. Muchedumbres inmensas, locas de amor y de entusiasmo por Cristo. Son las muchedumbres de creyentes, que cifrarán su gloria, su verdadera grandeza en ser discípulos del Divino Crucificado del Gólgota; que libremente, espontáneamente, claramente confesarán la divina grandeza, la realeza suprema de Cristo Jesús, y la confesarán en medio de los tormentos, entre el fuego y los suplicios, en el anfiteatro y en el circo, rodeados de las fieras, y la confesarán en presencia de la misma muerte. Y en arranque de sublime heroísmo, morirán en un mar de tormentos por Aquel que antes murió en la cruz por los hombres todos.

Jesús está crucificado en medio de dos ladrones.

En aquellos momentos la naturaleza se conmueve desde sus cimientos. Un extraño fenómeno rodó sobre la faz del mundo. El cielo, antes sereno y tranquilo, se encapotó de repente, y plomizos nubarrones, como enormes montañas, se extendieron por los espacios, cual manto de luto y de dolor. El sol ocultó, avergonzado, sus rayos, por no ver las carnes desnudas de su Creador.

Extraño fenómeno, a la verdad, fué aquél, que en un principio apenas si despertó las conciencias criminales; pero que al ver luego que la noche oscura se precipitaba, como caballo desbocado, para invadir los dominios del día, extendiéndose sobre el Calvario, sobre la ciudad de Jerusalén y sobre la tierra toda, llenó de turbación y de espanto a las multitudes arremolinadas en el monte, y las dispersó y las condujo hacia sus moradas, llevando en sus almas el remordimiento por el crimen que acababan de perpetrar.

La cruz está enhiesta en lo más alto del monte. Jesús agoniza, Jesús está moribundo. Pendiente de tres clavos entra en la agonía; una agonía inmensa, infinita; que parece nunca acabar.

¡Tres horas de muerte sin acabar de morir! ¡Tres horas de horribles sufrimientos físicos en el cuerpo, y más que todo, sufrimientos morales, mucho más terribles, imponderables, inmensos, en el alma, envuelta en una noche oscura y en un abandono sin igual.

¡Tres horas de agonía para la Víctima sagrada, expuesta entre el cielo y la tierra, entre el Dios irritado y los hombres prevaricadores, entre el Creador ofendido y la criatura criminal!

Pues, precisamente, lo que Jesús está haciendo en lo alto de la cruz, en medio de ese mar de tormentos, es pagar por las iniquidades de la humanidad; satisfacer ante el Eterno Padre por nosotros, reconciliándonos con Él. Porque, en verdad, la ofensa fué infinita, la deuda inmensa, y sólo una satisfacción infinita podía pagarla. Esa satisfacción, moneda de gran valor, no era posible encontrarla en la tierra; es la sangre de Cristo, derramada por nosotros y por muchos para la remisión de los pecados.

Y cuando el Eterno Padre así vió a su Hijo en la cruz muerto, dióse por satisfecho; aplacó sus iras y nos perdonó. Entonces en Jesús se llevó a cabo el abrazo de reconciliación de aquellos dos enemigos; y se dieron el beso de paz, el beso de amor.

En lo más alto del Gólgota aún permanece el Mártir Divino,

Clavado en el leño,
con su frente de Dios dolorida,
con sus ojos de Dios entreabiertos,
con sus labios de Dios amargados,
con su boca de Dios sin aliento....
¡Muerto por los hombres!
¡por amarlos, muerto!

¡Muerto por nosotros!... ¡por amarnos, muerto!
...podemos repetir con toda razón y llenos de dulce consuelo y de la más viva esperanza.

Ahora sí que podemos acercarnos, llenos de dulcísima confianza, a la presencia de Dios, sin temor a ser rechazados. Porque, si nuestras iniquidades claman al cielo, tenemos en favor nuestro las satisfacciones infinitas, la sangre y los méritos de Cristo, que piden y alcanzan perdón; y si nuestros pecados

nos intimidan, tenemos en la cruz el más poderoso Intercesor, que ruega y es escuchado. Ése es el Sacerdote magno y la Víctima pura, que ora, que ofrece a su Eterno Padre su Cuerpo y su Sangre, como precio de la humana redención.

Jesús, muerto en la cruz,
es nuestro más dulce Consuelo.

Jesús, muerto en la cruz,
es nuestro Redentor.

Jesús, muerto en la cruz,
es nuestro Padre.

Jesús, muerto en la cruz,
es nuestro Dios.

Jesús, muerto en la cruz,
es nuestro Amor y nuestro Amado.

Jesús, que por nosotros murió en la cruz,
será algún día nuestro Salvador y el
Glorificador de nuestras almas.

¡Oh vosotros todos cuantos pasáis por las sendas de la vida, deteneos un momento, considerad y ved, si hay dolor semejante a mi dolor!...

XXIII

REY DE LOS JUDÍOS

Al fin y después de tantas intrigas por parte de los grandes de la nación, Jesús Nazareno fué condenado al suplicio de la cruz.

Cargado con ella subió al monte del sacrificio, cual otro inocente Isaac. Y al fiero golpe del martillo cosieron los verdugos sus manos y sus pies con gruesos clavos al madero infame.

Luego a fuerza de brazos levantaron la cruz en alto, quedando así el Mártir del Gólgota expuesto a las miradas de todos los hombres.

La causa de su condenación y de su muerte, dice el evangelista, que estaba concebida y expresada en estos términos:

JESUS NAZARENUS, REX JUDAEORUM:

JESUS NAZARENO, REY DE LOS JUDIOS.

Lo cual estaba escrito en latín, para que lo entendieran bien los romanos; en griego, para ser leído por los helenos y sus colonias, y también en hebreo, y así lo conociese todo el pueblo de Palestina.

¿Y esa es la causa de la condenación a muerte de Jesús? ¿Ninguna otra razón hay sobre ese asunto?

Ni más ni menos; ésa precisamente es, y no otra.

Pues no anduvo torpe Pilatos. ¡Y qué bien le conoció! Ni aunque hubiera estado con Él toda la vida; ni aunque lo hubiera visto nacer. Ya antes,

en uno de los interrogatorios, picado de la curiosidad, le preguntó:

— ¿Eres tú rey?

Jesús no lo niega; más aún, lo asegura terminantemente:

— Sí; tú lo has dicho. Soy rey.

¡Qué confesión tan sincera! ¿A qué ocultar la verdad? ¿Por qué callar lo que es del dominio público? ¿No lo han dicho las muchedumbres cinco días antes, cuando entró triunfante en Jerusalén? Pues si todo el pueblo así lo proclamaba, que lo sepa también el Pretor romano.

— Tú lo has dicho. *Soy rey.*—

Varios años antes preguntaron los magos de Oriente, cuando de lejanas tierras llegaron a Jerusalén: «¿Dónde está el recién nacido rey de los judíos?»

¡Ah! ¿Entonces se trata de que el título puesto por Pilatos en el asta de la cruz es un título real verdadero?

Y tanto; como que responde a un hecho cierto; el más cierto de todos.

Lo cual ¿quiere decir que Jesús de hecho es rey? En toda la extensión de la palabra.

Pues, ¡vaya una razón para condenarle a muerte! ¡Por ser rey!

Admirado Pilatos se lo dice al pueblo en aquel *mitin* público, habido a las puertas del Pretorio:

— ¡Cómo! ¿He de crucificar a vuestro rey?

Y como en los primeros días de su nacimiento se dió decreto de exterminio contra el recién nacido, ahora también gritan a todo pulmón:

— No; no lo queremos por rey. ¡Crucifícalo! ¡crucifícalo! Nosotros no tenemos otro rey sino al César de Roma.

¡Qué horror! No se dan cuenta de lo que dicen. Precisamente, protestaban contra el dominio de los extranjeros; estaban haciendo esfuerzos inauditos para librarse del yugo de los romanos, y ahora dicen que no quieren más rey que al César.

Ello es lo cierto, que Pilatos condenó a muerte de cruz al inocente Jesús. La causa de esta condenación estaba concebida en estos términos: «Jesús Nazareno, Rey de los Judíos».

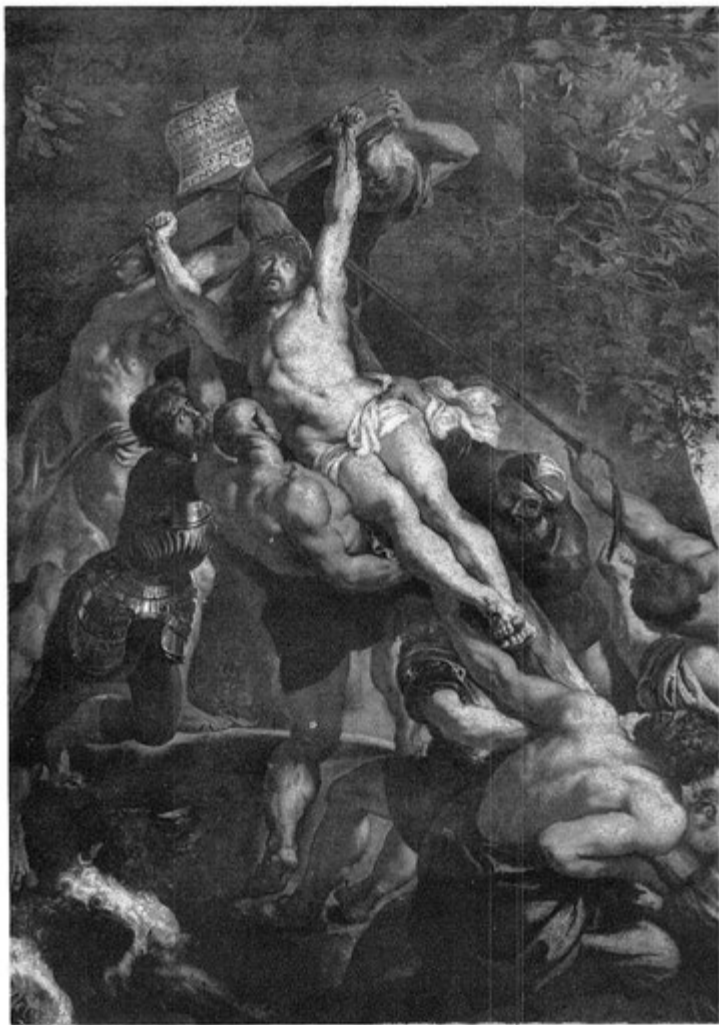
Así lo va anunciando el pregonero delante del reo en su camino al Calvario; lo lleva escrito en grandes y visibles caracteres. Todos lo ven; todos lo oyen; nadie dice nada en contra; nadie protesta.

Señal de que están conformes todos.

Y llegan al monte Calvario. Los grandes de la nación se enteran de lo que se trata, y que el título aquel ha de ser colocado sobre la cabeza del Nazareno, en lo más alto de la cruz, para que sea bien visto.

Vaya un bofetón que les daba en pleno rostro el Gobernador romano. Imposible. No podían conformarse con aquella injuria. Deliberan entre sí; discuten a más y mejor en lo alto del monte, y al fin determinan irse a protestar ante Pilatos.

A buenas horas iban ellos con tales escrúpulos ante el Gobernador. Amoscado con aquella causa, que tan intrincado lo tuvo durante toda la mañana; malhumorado por la estupidez del pueblo y más aún por la refinada malicia de los dirigentes; ahora, después de pronunciada la sentencia de muerte contra un hombre que reconoció de todo inocente, ahora estaba insoportable; no se le podía hablar ya del Nazareno.



Levantamiento de la Cruz
por Pedro Pablo Rubens

Ese hombre era para él un remordimiento atroz.

Pues en tales circunstancias llegaron a palacio los más atrevidos de los príncipes de los sacerdotes, disgustados, exigentes, rabiosos por el título dado al Nazareno, y exigiendo con imperio:

—No escribas: rey de los judíos. Sino que él dijo: yo soy rey de los judíos.—

Sin duda que pensaron sobreponerse una vez más a la debilidad del Presidente. Mas si antes a fuerza de gritos y de alborotos lograron la sentencia, mal les salió ahora la treta urdida.

Pilatos los mira de arriba abajo con mirada llena de fiereza. No le era posible disimular por más tiempo; aquellos hombres le asqueaban, y a cajas destempladas, secamente, como gozándose de mortificarlos, de humillarlos cuanto podía, les contestó:

—Lo escrito, escrito está.—

Y sin decirles una palabra más, los despachó.

Mal les salió, en efecto, la partida que jugaron en esta ocasión los príncipes de Israel. ¿Y qué remedio les quedaba? Callaron, se mordieron los labios, llenos de furor y mal reprimiendo la rabia, salieron del palacio echando pestes, y se encaminaron de nuevo al monte del sacrificio, a desahogar su ira contra el Mártir Divino que pendía agonizante de la cruz.

Al mirarla, lo primero con que toparon sus ojos fué con el famoso título, que ahora, más que antes, les daba en rostro y los avergonzaba.

Para disimular su vergüenza, comenzaron a insultar al que ellos creían falso rey, rey de burlas.

¿Rey de burlas? No. Rey real y verdadero. Rey era Jesús en toda la extensión de la palabra, por derecho de naturaleza, por derecho de herencia, y ahora por derecho de conquista, puesto que desde

el árbol de la cruz estaba consiguiendo para sí el dominio universal de todas las cosas, sometiendo a su reinado los cielos y la tierra y todo cuanto en el mundo existe.

Él mismo lo había dicho algún tiempo antes, aunque no lo entendieran los hombres: «Cuando yo sea levantado en lo alto de la cruz, atraeré hacia mí todas las cosas.»

Y las atrajo, y las conquistó, y las sometió a sí con fuerza irresistible, con suavidad, con amor. Para ello no empleó armas, ni violencia, ni ejércitos, ni espadas, ni ruido de batallas, ni medio humano alguno de cuantos emplean los poderosos de la tierra.

Jesús echa mano tan sólo de la cruz. Es el arma segura, insuperable y bendita, a la que nadie puede poner resistencia. Porque, mientras sus enemigos se burlan de Él, viéndolo en el último y más afrentoso suplicio, Jesús está librando la más tremenda batalla, y consiguiendo la más resonante victoria. Pasando algún tiempo, los enemigos que ahora se burlan, se darán cuenta de esta verdad.

Precisamente, en la cruz, donde sus enemigos pensaban que encontraría el Divino Nazareno su más grande humillación y donde terminaría con ignominia una vida llena de bondades en favor de la humanidad; en la cruz comienza su gloria, su grandeza, su exaltación.

Hermosamente lo canta la Iglesia en uno de sus himnos: *Regnavit a ligno Deus* — «Desde el árbol de la cruz reina el Hijo de Dios».

¡Mayor contrasentido! Contrasentido para el hombre; no para Dios. Ello es verdad; una dulce verdad: en la cruz Jesús es Rey; Rey verdadero, universal, absoluto; Rey de dolores; Rey de los

mártires; Rey de los que sufren; Rey de amor; Rey de la esperanza; Rey del consuelo.

Jesús es Rey, y nunca más Rey que cuando está crucificado.

Pilatos lo ha escrito. El Padre Eterno lo confirmó desde el cielo; la humanidad lo ha reconocido que

JESUS NAZARENO, REY DE LOS JUDIOS

es

REY DE TODO EL MUNDO.

XXIV

LAS BURLAS

¡Qué cuadro tan triste el del Calvario! ¡Qué escena tan horrorosa la del Viernes Santo en el Gólgota! Allí todo se conjura contra la Víctima inocente que cuelga del patíbulo infame. Todo se vuelve contra Jesús.

El populacho soez, los brutales soldados, los verdugos destinados para el caso, los escribas, los fariseos, los pontífices de Israel, todos se han dado la consigna para, unidos de común acuerdo, cebarse en el alma y en el cuerpo del ajusticiado.

A fuerza de gritos y manoteos han arrancado una sentencia de muerte contra Él, y entre torturas indecibles lo han conducido al último suplicio. Llenos de rabia satánica, y borrachos por la ira, alcados de furor, lo han clavado en la cruz.

En ella está Jesús, sufrido, paciente, resignado. ¿Se darán por satisfechos? ¿estarán ya contentos sus enemigos? Sus deseos todos, todos, se han cumplido, y mucho más de cuanto deseaban. Azotado hasta caer exangüe; coronado de espinas; expuesto a las burlas del pueblo; pospuesto a un homicida, Barrabás; condenado a muerte; y ahora colocado en el patíbulo infame, donde morían los más grandes malhechores, ¿qué más podrían hacer con el Cristo?

Pues, aun así no se dan por satisfechos sus enemigos, y una vez que lo han visto en el árbol de la

cruz, como si su sola presencia los irritase, contra Él levantan sus voces, contra Él levantan sus manos crispadas, para insultarlo, para burlarse, para gritar, para ensañarse en la Víctima.

Todo el odio, todo el rencor acumulado en sus corazones, represado durante tres años, ahora explota, como si fuera un volcán ardiente. Explotó ante el Gobernador romano, cuando gritaron, hasta enronquecer, pidiendo la muerte del Justo; y ahora explota de nuevo en todo el monte del sacrificio.

Jesús permanece callado en la cruz, como lo ha estado durante todo el proceso. Su rostro está lívido y acardenalado; sus ojos dirigen miradas lánguidas en derredor, y tan sólo se encuentra con las miradas furibundas de sus enemigos. Sus oídos escuchan de continuo gritos de rabia, de furor, palabras sarcásticas que abofetean su alma delicada y sensible.

Como punzantes espinas de acero van a clavarse en su espíritu atribulado todos aquellos sarcasmos, y apura las amargas hieles que le propinan en confusa gritería sus enemigos.

En la Pasión de Cristo, ha dicho Bossuet, se nota una mezcla tan extraña de crueldades y burlas, que no es posible saber cuál domina, y a veces los sarcasmos lo dominan todo, lo invaden todo.

No parece, añade en otro lugar, que fué elevado sobre aquel infame madero sino para alcanzar a mirar de más alto a una muchedumbre de gente que sacia sus ojos con el espectáculo de aquella agonía.

Y es que, habiendo terminado el poder del enemigo con la crucifixión del cuerpo, entonces se interna en los dominios del alma; y cuando ya nada puede hacer con los tormentos materiales, porque

se han agotado, entonces echa mano de los insultos, de las burlas, de las befas, las que suben como humareda asfixiante hasta los brazos de la cruz, hasta penetrar en el alma de Cristo.

Lo primero que le recuerdan sus enemigos son las mismas palabras que Él pronunció en distintas ocasiones. El primer dardo envenenado que penetra su alma son las afirmaciones de la Víctima.

—A ver; tú que destruyes el templo de Dios y en tres días lo reedificas, sálvate ahora a ti mismo. Si eres el Hijo de Dios, baja de la cruz.—

Más aún; para que los oiga, se acercan a su lado los escribas, los príncipes del pueblo, los sacerdotes, cambiando conversaciones maliciosas entre sí, o dirigiéndose al reo y señalándolo con la mano:

—Miradlo; ahí lo tenéis; ha salvado a otros y no puede salvarse a sí mismo. Si es el rey de Israel, que baje de la cruz ahora, y creeremos en él. Ha puesto su confianza en Dios; pues si Dios le ama, que lo libre de nuestras manos y lo saque de los tormentos, ya que él mismo ha dicho: Yo soy el Hijo de Dios.—

¡Qué horror! Aquello no tenía fin. Se burlan con las mismas palabras del reo, cual si no fueran ciertas; le abofetean el alma con el látigo de sus propias afirmaciones, como si no hubieran de cumplirse.

Para ellos Jesús era un impostor, puesto que se decía Hijo de Dios y se ve ahora en tan tremendos apuros, sin que Dios haga nada por él, antes bien, parece abandonado, y hasta maldito, y reprobado del Cielo.

Y con burlona sonrisa le invitan repetidas veces a que baje, si puede, de la cruz, y con sarcasmo le aseguran que creerán en él, si tal hiciera.

Pero no; Jesús no baja de la cruz, no quiere bajar. Allí ha de permanecer hasta la muerte, hasta después de la muerte. Allí cumplirá la voluntad del Eterno Padre, apurando las heces del amargo cáliz que el ángel le presentó en el huerto.

No es que no pueda; poder lo tiene de sobra. Pero si baja, ¿cómo se llevará a cabo la obra de la humana redención? ¿quién salvará a los hombres?

Por su boca habló el profeta cuando dijo: «Aquellos hombres que maquinaban mil iniquidades en su interior, todo el día están armándose contiendas. Aguzaron sus lenguas viperinas; veneno de áspides es lo que tienen debajo de ellas» (Salmo CXXXIX, 3). «Todos se han extraviado, todos a una se hicieron inútiles, no hay quién obre bien, no hay siquiera uno. Su garganta es un sepulcro destapado: con sus lenguas están forjando fraudes; debajo de sus labios hay veneno de áspides. Llena está su boca de maldición y de amargura: sus pies son ligeros para ir a derramar sangre» (Salmo XIII, 3).

Las burlas aumentan, viendo al Inocente en medio de los tormentos; los sarcasmos crecen, viendo al débil caído. Todos se consideran con derecho para insultarlo. Los mismos soldados unen sus voces a las de los pontífices; los sayones que esperan su paga y que ésta aumentará si redoblan los castigos, también hacen coro en aquella infernal tragedia.

— Si eres el rey de los judíos, sálvate. —

¿Cuándo se vió semejante abominación, que al reo en medio de los tormentos se le aumentase los dolores con burlas soeces? Sólo con Jesús se consume tan tremenda iniquidad.

Y ¿no podrá defenderse? Sí, puede; pero prefiere callar y sufrir, ofreciendo este nuevo tormento,

mayor que el de la cruz, por la salvación del humano linaje.

Y si ante los tribunales fué admirable el silencio de Cristo, de tal manera, que ni una sola palabra pronunció al cúmulo inmenso de acusaciones que contra su persona lanzaron, ni se defendió de las calumnias lanzadas a su mismo rostro, ahora, en la cruz, ni una palabra tan sólo pronuncia al verse ultrajado.

Pero sí, Jesús habla, para rogar por todos sus ofensores.

Faltaban pocos minutos para morir, y las burlas caían en su alma atormentada como carbones encendidos.

Así tenía que ser; así fué, pues por boca del profeta había dicho varios siglos antes: *Super omnes inimicos meos factus sum opprobrium et vicinis meis valde, et timor notis meis*—«He sido hecho el blanco de las burlas y el oprobio de todos mis enemigos, y principalmente de mis vecinos, y objeto de horror para cuantos me rodean. Los que me veían huían lejos de mí.... Porque yo oía los denuestos de muchos que estaban al rededor mío; los cuales al conjurarse contra mí, trazaron entre ellos quitarme la vida» (Salmo XXX, 12 y 14).

Y es que sus enemigos querían que muriese con ignominia, que acabase sus días en medio de los baldones, para que su nombre, encerrado en el sepulcro del olvido, desapareciese de entre los vivientes, y nadie más volviese a acordarse de él en adelante.

Y murió asediado de las injurias, y murió en un mar de burlas, y fué encerrado en el sepulcro.

Pero los deseos de sus enemigos no se cumplieron; porque, cuanto más humillado fué en su

pasión, más glorificado fué después en su resurrección.

Fué el grano de trigo arrojado en tierra y muerto, molido, triturado, que se convirtió luego en blanco pan.

Era la semilla de tormentos el principio de su glorificación y de la exaltación de su nombre.

¡Benditas humillaciones, que gloria le proporcionaron!

¡PERDÓN! ¡PERDÓN!

Rabiosos como perros estaban los enemigos. ¿Qué no hicieron y cuánto no trabajaron entre la muchedumbre para que pidiera la muerte de su Mesías? Y la muchedumbre pidió la muerte del Cristo, y la consiguió. La trama urdida en el espacio de los tres años anteriores se estaba desarrollando desde la noche y durante toda la mañana del viernes de la Gran Semana.

Todo les iba saliendo a pedir de boca; todo, a la medida de sus deseos.

La prisión en el huerto sin incidente alguno desagradable, sin ruido, sin alboroto, sin que nadie de ello se enterase.

Y fuera de algunos pequeños escrúpulos de Pílatos, que ellos se encargaron de desvanecer, lo demás también tuvo su éxito feliz. Como que Jesús de Nazaret estaba sentenciado a muerte de cruz, y de ella colgaba en aquellos momentos. ¿Qué más podían desear sus enemigos? Ya estaban satisfechos, muy satisfechos.

Cuando así lo vieron pendiente del patíbulo infame, siguieron las mutuas felicitaciones, el parabién de unos a otros. Después de tanto gritar, hasta enronquecer, al fin consiguieron su petición.

Y ¿no eran muy justas esas felicitaciones? ¿no era natural su alegría? Pero, ¿cómo iban a darse por satisfechas aquellas fieras humanas? Al ver levantado en alto al Inocente, en sus pechos rencorosos renuévase la rabia, en sus corazones podridos crece el furor, la cólera se desata de nuevo contra

la Víctima, que, llena de invencible paciencia, se está desangrando en la cruz.

Por centésima vez dan rienda suelta a sus lenguas maldicientes, en burlas, en palabras las más soeces, en blasfemias, en sarcásticas sonrisas, en injurias....

—¡Bah! Tú que destruyes el templo y lo reedificas en tres días, sálvate ahora; sálvate a ti mismo.

—Si eres el Hijo de Dios, como lo has dicho más de una vez, baja, baja de la cruz.—

Y los fariseos con los príncipes de los sacerdotes y los grandes de la nación se acercaban mucho, mucho, todo cuanto pudieron, a la cruz, para que viera la Víctima que eran ellos, para que pudiera oírlos bien; y formando corrillos, y hablando alto, muy alto, entre sí unos con otros, y gesticulando, pero sin dirigirse a él directamente, comentaban con sarcasmo, con sátira muy refinada:

—A otros ha salvado, y a sí no puede salvarse. Si es el Cristo, el Hijo de Dios, el Mesías, que baje ahora de la cruz. Que baje, lo veremos, lo verá todo el pueblo, y creeremos en él.

—¿Confía en Dios? Que lo libre del tormento, ya que él dijo: Yo soy el Hijo de Dios. Veamos si viene ahora a ayudarlo.

¡Qué horas tan tremendas, tan angustiosas aquellas para Jesús! Parece que el infierno entero se desata contra su persona. Todos se consideran con derecho para insultarlo, para maldecirlo, para burlarse de Él, de su doctrina, de cuanto había dicho y enseñado. Todos: los escribas, los doctores de la Ley, los pontífices, los fariseos, los sacerdotes, los sanedritas, los ancianos de la nación; los soldados, verdugos, sayones, la chusma popular, el pueblo soez, bajo y desvergonzado....

—¿No eres tú el Cristo? Pues, ¿qué haces ahí? Sálvate ahora.—

Lo menos que se puede pedir para con un reo sentenciado a muerte, es que se compadezcan de él. Digno es, efectivamente, de lástima. De Jesús nadie se compadece; de Jesús nadie la tiene.

Y Jesús, ¿qué dice a todos estos insultos? ¿Qué hace ante aquella muchedumbre vengativa? ¿Tomará también Él venganza de sus enemigos? Bien pudiera hacerlo, pero no lo hace. No ha venido a destruir, sino a edificar, como lo ha declarado; aquel «diente por diente», que reclamaban los intérpretes y doctores de la Ley, ha de ser substituído por el *benefacite*: haced bien a los que os persiguen y calumnian, a los que os odian e insultan.

Jesús desde el madero levanta sus ojos moribundos a las alturas del cielo; mira arriba y ve—¡qué horror!—todas las maldiciones y blasfemias de aquellos hombres llegan a lo alto; todos los tormentos que le han hecho pasar están amontonados ante el Eterno Padre, hiriendo sus oídos, provocando su indignación, sus iras y su enojo. Toda su sangre hase reunido y clama al cielo con más razón que la del justo Abel; clama al cielo, pidiendo venganza.

Basta, basta de sufrir a un pueblo ingrato, cruel, desvergonzado. Basta, basta de soportar los pecados de la Sinagoga.

Ahora o nunca se hace necesario un castigo; pero un castigo ejemplar, formidable; un nuevo diluvio, no de agua, eso es poco, ni de fuego; un diluvio de sangre, de sangre humana, que acabe con ese pueblo, que lo barra para siempre de la faz de la tierra. Bien merecido lo tiene. Todo castigo será poco.

Y la diestra del Eterno se arma con el rayo vengador, y se dispone a lanzarlo sobre la cabeza de

aquella muchedumbre loca, ciega, emborrachada de alegría y de furor.

Ya comienzan a serpentear por los espacios esos rayos; ya van a caer sobre la humanidad, cuando en aquellos momentos supremos sale una voz del fondo de la tierra, que desarma las iras del Padre.

«¡Padre, Padre mío! ¡Perdón, perdón! Perdónales, porque no saben lo que hacen.»

¿Esa voz? ¡Ah! Es la voz de la Víctima que desde el árbol de la cruz pide misericordia para los hombres.

Aquí el hombre enmudece, calla, admira y se postra en tierra reverente, y adora; adora al Padre en las alturas del cielo; adora al Hijo en las alturas de la cruz. Adora a la Divinidad ofendida; adora a la Humanidad suplicante.

Solo Jesús, Jesús solo podía hablar de esta manera, para conjurar la tormenta. Y habló y la conjuró, y obtuvo el perdón en aquel mismo momento; porque la diestra del Eterno dejó caer el rayo vengador, perdonando a la Humanidad.

Jesús había salido con su intento. No en vano estaba pendiente de la cruz, padeciendo, muriendo por el hombre. Su sangre clama al cielo, pidiendo misericordia. Y a la voz de sus llagas, y de sus espinas, y de su sangre derramada por todos los poros de su cuerpo, une la voz del corazón, las lágrimas de sus ojos, la plegaria de sus labios.

Todo ora en Jesús en los momentos en que está crucificado y moribundo. Esa oración es tan tierna, tan fervorosa, tan ardiente, que sus enemigos quedan perdonados:

«Padre, perdónales, porque no saben lo que hacen.»

Es cierto que, si aquellos hombres se hubieran

dato cuenta de que Jesús era el verdadero Mesías, el Hijo de Dios, no lo hubieran crucificado.

Pero, ¿serán excusables, habiéndoles dado tantas pruebas de su divinidad? ¿tendrá razón Jesús al decir que no saben lo que hacen?

Al menos ese poderoso recurso señala la Víctima Divina para que no sean castigados sus enemigos. Mas la ignorancia era gravemente culpable; fácilmente hubieran podido reconocer la misión divina de Cristo, si no se dejaban guiar del odio y del orgullo.

¡Oh caridad ardiente! ¡amor infinito de un Hombre-Dios!

La humanidad se había librado por la oración del Cordero de terrible castigo; los enemigos estaban perdonados.

Entre tanto el cielo se cubría de espesos nubarrones; el sol se ocultaba como avergonzado, por no ver a su Creador moribundo. La naturaleza entera se conmovía en sus cimientos. Las tinieblas avanzaban veloces sobre la tierra en medio del día. Cúbrese de luto el cielo. Lloran los ángeles; tiemblan las potestades infernales.

Sólo los enemigos de Jesús en la altura del Calvario continúan insultándolo descaradamente, y como perros rabiosos se lanzan una y muchas veces sobre su presa.

La escena iba tomando caracteres cada vez más terroríficos; no obstante, aquellos hombres no se conmueven.

— ¡Baja, baja ahora de la cruz! —

Y como insensible a estas voces, como si a Él no se refiriesen, Jesús continuaba en la cruz, sufriendo mucho, mucho; lo que no es posible imaginar.

Seguía sufriendo; seguía orando:

«Perdónales, Padre, porque no saben lo que hacen.»

XXVI
EL BUEN LADRÓN

«Crucificaron también con Jesús a dos ladrones, uno a la derecha y otro a la izquierda; con lo cual se cumplió la Escritura que dice: Y fué puesto en la clase de los malhechores.»

Así aparecía más grande la ignominia del Inocente, pues, al verlo en medio de los ladrones, se convencería la muchedumbre de que el peor de todos era el que estaba en medio: Jesús de Nazaret.

Dimas a la derecha. A la izquierda Gestas. En medio Jesús.

Como culebras se retuercen los ladrones en las cruces, presa de los más horribles dolores, de atroces tormentos. Maldicen su suerte, maldicen a sus verdugos; reniegan de la vida; blasfeman, lanzan gritos desgarradores. Desesperados barbotan palabras insolentes, y hasta tienen valor para insultar a Jesús, reclamando de él, que los salve, que los saque de aquellos tormentos:

—Si tú eres el Cristo, sálvate a ti mismo y a nosotros.—

Jesús, como cordero manso, calla y sufre, lleno de resignación, de calma, de invicta paciencia. Lo que exaspera más a sus enemigos y enfurece a los malhechores, quienes no pueden resignarse con su suerte al verse en la cruz, delante de tan inmensa muchedumbre.

Cesan por unos momentos los insultos de los hombres; entonces habla el Hombre-Dios desde el

suplicio; habla, implorando perdón y clemencia para todos sus enemigos.

Aquello fué algo admirable, inusitado, sublime, divino.

Callan también los dos ladrones, y siguen sufriendo. De cuando en cuando vuelven a lanzar quejidos desgarradores, que parten del corazón. Efectivamente, sufren mucho, lo indecible. El suplicio de la cruz es de lo más horroroso.

Uno de ellos, Gestas, más desesperado, sigue insultando a Jesús; búrlase de él.

El otro, Dimas, ya no habla, ya no insulta; sufre, calla.... Ha entrado dentro de sí mismo, está en profunda meditación, se reconoce culpable.

¿Qué ha pasado por él? Las circunstancias que le rodean, están obrando en su interior un cambio radical.

Ve a Jesús paciente, Dimas; también lo ve Gestas.

Dimas oye las palabras de Jesús, que perdona a sus enemigos. Gestas también las ha oído.

La gracia exterior acosa por todas partes al primero; también al segundo.

¿Quién ha movido al primero y no al segundo?

Misterios de la gracia. Misterios del amor. Misterios del corazón humano.

Gestas continúa insultando, desesperado y rabioso, sin querer rendirse a los llamamientos de lo alto, que lo apremian en aquellos momentos supremos.

Dimas calla y observa atentamente. Mira con ojos llorosos a Jesús, y a través de aquellas apariencias humildes y humillantes ve algo grande, algo extraordinario. Detrás de las espinas ve una corona de gracia y de gloria, de verdadera realeza. Detrás de los clavos, que lo cosen a la cruz, ve un cetro. Detrás de la cruz, donde lo ve colgado, ve

un trono resplandeciente. Encubierta con los harapos de la humanidad desangrada y medio deshecha, contempla la divinidad de Jesucristo, adorada por los ángeles; también él la adora.

Se dirige a su compañero, blasfemo; le increpa duramente:

— ¡Cómo! ¿Ni aun tú temes a Dios, estando como estás en el mismo suplicio? Nosotros, a la verdad, estamos en él justamente, pues pagamos la pena merecida por nuestros crímenes. Pero éste, ¿qué mal ha hecho? ¿qué crimen ha cometido? Si de sus labios acaban de salir palabras de perdón, si ha rogado a Dios por sus enemigos.

Y después de increpar al compañero, defendiendo la inocencia del Justo, con voz compungida, con el corazón contrito, humillado, dolorido, habla a Jesús, y le dice, lleno de confianza:

«Señor, acuérdate de mí cuando hayas llegado a tu reino.»

¿Qué vió aquel criminal en Jesús, para hablarle de esta manera? ¿A qué tal petición, si estaba en el más ignominioso de los suplicios, si moría como un infame? ¿Sería realmente el Hijo de Dios? ¿estaría su trono junto al trono del Padre? ¿Quién le dijo a Dimas que Jesús era Rey y que podía darle un reino?

Aparentemente no puede estar más humillado, viéndolo en una cruz ignominiosa, y a ella cosido con tres gruesos clavos. Su cuerpo en posición violentísima, sin poder descansar en parte alguna, de modo que se están cumpliendo aquellas palabras: «Las aves del cielo tienen nidos, las raposas sus madrigueras; el Hijo del hombre no tiene dónde reclinar la cabeza.» La sangre corre hilo a hilo por todos los poros de su cuerpo.

Todo lo ha visto Dimas, el Buen Ladrón, y ha comprendido que Jesús es Dios, el Hijo de Dios; reconoce la divinidad de aquel hombre crucificado.

Por otra parte ha penetrado en el fondo de su propia alma; ha mirado a su interior, y se encuentra empecatado: ha sido un ladrón, un maldiciente, un blasfemo. Pocos momentos antes se estaba burlando del inocente Jesús. Compara su vida criminal con la santísima de Jesús, y se avergüenza. ¿Cómo no avergonzarse, si distan tanto la una de la otra? ¿Cómo no avergonzarse, si la una es luz purísima y la otra noche negra?

Y al ver tal abismo, y que la muerte le acecha en disposición de descargar contra él su golpe fatal, se reconoce culpable, llora, se confiesa de innumerables pecados al mismo Dios, al Sacerdote Supremo, le pide perdón, le pide la salvación, una partecita ínfima en el reino de los cielos.

¿Qué hará Jesús con aquel hombre? Sus pies ya no pueden correr, como en otros tiempos, en busca de la oveja perdida; pero ésta llega a su lado. Sus manos ya no pueden recogerla, porque están fijas a un madero; y en sus hombros tampoco puede cargarla. Pero el Buen Pastor, al ver de nuevo a la oveja a su lado, no la desprecia, no la abandona; la recoge cariñoso.

«En verdad te digo que hoy estarás conmigo en el paraíso.»

Palabras de cielo, que debieron de sonar a melodía armoniosa en los oídos y más aún en el alma del facineroso.

¿Qué otra cosa podría desear?

Estaba Jesús muriendo por el hombre, estaba derramando su sangre, dando su vida entre indecibles tormentos; y a esa hora tan oportuna se pre-

senta Dimas. Era imposible que Jesús le negase el perdón, pues moría por él y por todos los hombres.

Era el primer fruto de la Redención recogido por Jesús cuando aún estaba en la cruz. Su sangre divina comenzaba a lavar las almas y a salvarlas.

¡Vaya con el ladrón Dimas! ¡Y qué bien aprendido tenía el oficio! Toda la vida robando los bienes de la tierra, salteando en los caminos y en los campos a los viajeros; y cuando la justicia humana le echa mano, y lo castiga, y lo condena al último suplicio, entonces también aprovecha la ocasión para robar.

¡Mejor ocasión que aquélla, ni pintada!

Si se le presenta, que ni a pedir de boca, ¿a qué despreciarla?

¿Puede robar? Y tanto; ese es su oficio.

Y roba, sí, roba. Muere robando el reino de los cielos.

XXVII

LA MADRE

Enorme era el crimen que estaba cometiendo la ciudad de Jerusalén la tarde aquella. Horrible era su pecado, que clamaba al cielo con la sangre de la Víctima pendiente de la cruz.

Tan grande, tan enorme era el deicidio, que la naturaleza entera se estremeció de espanto; el sol ocultó avergonzado sus rayos en medio del día, dejando envuelta en tinieblas y espesas obscuridades a la tierra.

La sangre de Abel, el Justo, desde la tierra reclamaba venganza contra el fratricida Caín. La sangre de Jesús Nazareno pide misericordia y clemencia para los pecadores. Su lengua se desata y reclama perdón para sus enemigos, «porque no saben lo que hacen».

¡Qué escena la del Calvario la tarde del Viernes Santo! ¡Qué cuadro, el cuadro que presentaba el monte del sacrificio, convertido aquel día en un altar! Nunca se vió otro igual, ni parecido siquiera.

Y ese cuadro resulta más triste, más desgarrador, más conmovedor con la presencia de la Madre de Jesús, que ha subido hasta la cumbre del monte, y ha sido testigo de cuanto en él se ha realizado de inhumano; que ha oído los insultos, las burlas, los sarcasmos, las blasfemias contra su Hijo inocente.

El golpe del martillo chocando contra los clavos resonó en sus oídos y repercutió con terrible crueldad en su alma delicadísima.

Y quedó crucificada ella también.

Después levantaron la cruz en alto. Pendiente entre el cielo y la tierra estaba la Víctima sagrada, el Cordero de Dios, que quita los pecados del mundo, estaba sobre el altar del sacrificio, cual otro Isaac.

Lejos, porque no le permitía acercarse la muchedumbre de atrevidos y desvergonzados,—lejos estaba María con las demás santas mujeres y el apóstol amado, San Juan. Desde lo alto del monte lo estaban viendo todo, siendo testigos de todo.

Veía la Madre a su Jesús crucificado, hecho el blanco de la rabia de sus enemigos. Veía los sufrimientos en el cuerpo y penetraba en las interiores torturas de su alma, en su abandono, en sus amarguras, en su soledad. Y no podía acercarse a su lado; no podía hablarle, consolarle, enjugar sus lágrimas, limpiar su sangre, curar sus heridas, refrigerar su sed.

Cuando las tinieblas del medio día recubrieron la tierra con su manto de tristeza y llenaron de no infundado temor a los enemigos de Cristo, de tal manera que comenzaron a desfilar, apartándose medrosas de aquel patíbulo, para dejar sola a la Víctima en medio de sus dolores; en aquellos momentos cobraron ánimo las santas mujeres, y se fueron acercando poco a poco a la cruz hasta colocarse debajo de su sombra bienhechora.

Allí estaba María.

Y es de notar la frase breve, lacónica y sencilla del evangelista, testigo de la escena, cuando dice:

«Estaba de pie junto a la cruz de Jesús, su madre, María.»

Triste y llorosa la Madre
al pie de la cruz estaba,
donde pendiente se hallaba
el Hijo de su dolor.

¿Cómo estaba? ¿Qué hacía en aquellos momentos? ¿Cuáles fueron los sentimientos de su alma?

¡Ah! Todavía ningún mortal ha podido penetrar en aquel mar sin fondo de sufrimientos de la Madre.

Todavía nadie ha podido comprender el abismo de dolores de aquel corazón, el más grande y el más atormentado. Ni San Juan, que vió la congoja, pudo decir otra cosa que: estaba María junto a la cruz de Jesús.

¡Oh! ¡cuánta congoja y pena
para la Reina escogida,
en tanto pesar sumida,
siendo la Madre de Dios!

Melancólica y doliente,
y en confuso desaliento,
del Hijo excelso el tormento
conturbada lamentó.

Miraba con ojos compasivos, arrasados en lágrimas, al Hijo de su amor; lo miraba llena de ternura, de amor, de amor inmenso, y lo veía envuelto, y se veía envuelta, en las amargas olas de la más grande tribulación.

¡Oh vosotros los viajeros, que marcháis por los caminos de la vida; deteneos un momento; mirad y ved si hay dolor semejante a mi dolor; angustias como mis angustias; penas como las que a mi alma atormentan!

Un día la primera mujer, Eva, se detuvo curiosa junto al árbol fatídico del paraíso terrenal; vió el fruto agradable y hermoso a la vista, delicioso al paladar. Lo tomó en sus manos, y después de contemplarlo bien, lo comió. También comió Adán a ruegos de su esposa. Aquel fruto encerraba mortal veneno, hieles amargas, en sí llevaba la muerte, por

la prohibición del Eterno. Aquel fruto, comido en mala hora, acarreó tristes y muy fatales consecuencias para ellos y para todos sus descendientes.

La muerte bajó de un árbol a la humanidad.

Otro día, esta segunda Eva, María, se detuvo ante el árbol de la cruz, lo miró, vió el fruto que de él pendía, y tomándolo en sus manos, lo ofreció al Eterno Padre, como Hostia propiciatoria. Era la gran sacerdotisa del Calvario. Jesús y María gustaron del fruto del árbol de la cruz, amargo al paladar y delicioso al corazón. Porque Jesús, que apuró todos los tormentos de la cruz, con ella y en ella nos redimió; y María con sus dolores cooperó a la obra de la humana redención.

Jesús se dió cuenta de la presencia de la Madre. Vió también allí cerca al apóstol San Juan, el amado, el único de los doce que tuvo valor para acompañarle en medio de los tormentos, como le acompañó en el huerto y en el Tabor. Vió a las piadosas mujeres. No les habló. ¿Para qué aumentar más con sus palabras las torturas de su alma? ¿a qué renovar las heridas que frescas estaban mandando sangre?

Sólo cumpliendo con un deber de filial cariño, después de largo rato de sufrimientos, señalando con su mirada al apóstol, dice a la Madre:

«Mujer, he ahí a tu hijo.»

Y luego dirige la palabra al discípulo:

«He ahí a tu madre.»

¿Qué sucedió en aquellos momentos? Un cambio grande. María, en lugar de Jesús, que parte de este mundo, recibe por hijo adoptivo a Juan, y en él y con él a todos los hombres, que entonces son aclamados solemnemente hijos de María, de sus dolores, de sus sufrimientos, de sus lágrimas, de su amor....

Cuando María dió a luz a Jesús en la cueva de Belén, no sintió los dolores del parto; no podía sentirlos, porque todo fué, en aquellos momentos y en los momentos de la encarnación, obra del cielo; quedó virgen purísima, como lo había sido antes; como lo fué siempre; más pura que los rayos del sol; más hermosa y perfumada que las azucenas; más transparente que la gota de rocío que cuelga de los pétalos de la flor.

Ahora que en el Calvario está dando a luz a los hijos de su amor, sí, ahora siente dolores intensos, dolores de muerte; dolores en su alma, dolores en su cuerpo, dolores en su espíritu y en su corazón.

Por eso la musa popular y el pueblo creyente se lo recuerdan, con aquellas estrofas, llenas de indecible ternura y de hondo sentimiento:

Acuérdate de la hora
en que te nombró Jesús
nuestra Madre y Protectora
desde el árbol de la cruz.

Juan, el discípulo amado, pierde a Jesús; en cambio al pie de madero comienza a sentir las tiernas palpitations del corazón maternal de María. Palpitations en todo iguales a las del Maestro, sentidas poco antes en el cenáculo.

En ese cambio pierde María y gana Juan. Pierde la madre al hijo. Ganan y ganamos con creces los hijos que le son entregados; ganamos nosotros. Por su medio conseguimos la redención, la salud, la vida y el derecho que Jesús nos conquista a entrar en el reino de los cielos, por la puerta de ese reino, que es María.

María nos recibe a todos por hijos suyos, y como

madre por todos se interesa, por todos vela, a todos cuida.

Trueque inefable, dice Filli6n, trueque inefablemente doloroso para Marfa, pues, ¿quien podfa ocupar a su lado el lugar de su divino Hijo? Pero ¡qu6 honor para Juan, a quien Jes6s daba, antes de expirar, muestra de tan grande afecto, confi6ndole aquel incomparable tesoro. Cuando menos no que- expirar, muestra de tan grande afecto, confi6ndole su Hijo.

Cari6nosa ternura y admirable solicitud las de Jes6s para con su Madre, y m6s para con todos los hombres.

¡Oh Marfa! T6 eres nuestra Madre; somos tu herencia, somos tuyos, somos tus hijos. A tu lado queremos vivir, sintiendo las dulces caricias de tu amor, el calor de tu pecho de madre buena y sin comparaci6n misericordiosa. Miranos con compasi6n, m6ranos con ternura, con ternura de madre.

Contigo queremos tambi6n sufrir y aliviar de alguna manera esos inmensos dolores que desgarran tu coraz6n martirizado. Adm6tenos en tu compa6a al lado de la cruz.

Fuente de amor, Madre mfa,
haced que yo experimente
ese dolor tan vehemente
y logre llorar con Vos.

Al pie de la cruz contigo
quiero vivir, Madre mfa,
y haceros fiel compa6a
en tanta desolaci6n.

XXVIII

STABAT MATER DOLOROSA . . .

«Estaba junto a la cruz de Jesús su Madre, María.»

Así, con frase lacónica y breves palabras, nos describe el evangelista San Juan la situación de María junto al árbol de la cruz la tarde fúnebre del primer Viernes Santo.

Y en estas cortas palabras, que nadie aún, después de veinte siglos, ha podido debidamente comprender, se encierra todo el heroísmo de la mujer por excelencia grande; todo el valor de la madre más atribulada....

En ellas y con ellas quiere el discípulo amado manifestarnos la intensidad y grandeza, la profundidad y hondura de los dolores de María junto a su Hijo moribundo.

¿Qué otra cosa mejor podía decirnos, que *stabat iuxta crucem Iesu mater eius Maria*? A través de estas palabras, y levantando un tantico el velo del misterio que encierran, nos encontramos con la tormenta más furibunda de humanas pasiones, que se ha levantado, en el transcurso de los siglos, en el corazón de los mortales enemigos del Divino Crucificado.

Algo de este intensísimo dolor de María comprendió aquel devoto enamorado suyo, el franciscano Fray Jacopone de Todi, cuando con triste acento, impregnado de amargas lágrimas, cantaba:

Stabat Mater dolorosa
iuxta crucem lacrimosa,
dum pendebat Filius.

Y como el cantor místico de los dolores de María no ha podido expresar nada de lo que siente, queriendo, por otra parte, como el evangelista, decirlo todo, de nuevo pide inspiración a su triste musa, añadiendo todavía nuevas estrofas, por si acaso en ellas puede descorrer algo más el velo a los misterios del dolor de aquella Madre sin consuelo:

Cuius animam gementem,
contristatam et dolentem,
pertransivit gladius.

Llorosa, triste y muy doliente está María en el Calvario, atravesado su corazón por agudísima espada. Cualquiera que la mire, cualquier cristiano que considere este estado tan lamentable, romperá en aquel grito de admiración y asombro, de pena y lástima:

O quam tristis et afflicta
fuit illa benedicta
Mater Unigeniti!

Lector carísimo, dime: ¿Estaría tan triste esta Madre al pie de la cruz como la heroica madre de los macabeos, viéndolos sentenciados a muerte y presenciando su horrible martirio? Es una heroína de la antigüedad esta madre; pero tengamos en cuenta que no estaba despojada de los sentimientos maternos; que su corazón tuvo necesariamente que sentir en sí el martirio de todos y cada uno de sus siete hijos.

¿Estaría tan triste y abatida como aquella otra mujer llamada Resfa, sentada día y noche junto a las cruces donde colgaban sus hijos, para espantar

a las aves de rapiña, ahuyentar las fieras del campo y así evitar que fuesen devorados sus cadáveres?

Sin comparación más triste y mucho más abatida estuvo la Madre de Jesús a su lado, en los momentos de la muerte.

Pues, si a la vista de la mujer que sufre y de la madre que llora, el corazón del hombre se conmueve,

Quis est homo qui non fleret,
Matrem Christi si videret
in tanto supplicio?

Quis non posset contristari,
Christi Matrem contemplari
dolentem cum Filio?

¡Ah! de roca se necesita tener las entrañas y más duro que el diamante el corazón para no sentir los dolores de María, para no compadecerse de ella, cuando ve a su Hijo anegado en un mar de amargura y de tormentos.

Esta y no otra es la causa principal de los dolores de María: los dolores de su Hijo inocentísimo; la muerte de su misma vida, a quien ve agonizar sin poder prestarle el menor cuidado; a quien miraba en el último y más infame patíbulo, siendo la misma santidad.

Sí; que María

Vidit suum dulcem Natum,
moriendo desolatum,
dum emisit spiritum.

¡Si al menos con sus manos le hubiera podido enjugar el sudor frío de la agonía!...

¡Si le hubiera podido limpiar la sangre coagulada

en aquel rostro santísimo, espejo de hermosura y de bondades lleno!...

¡Si, al oírle quejarse de su sed ardiente, la hubiera podido apagar con las lágrimas que brotaban de sus ojos como de fuentes fecundas!...

¡Si en los momentos de la muerte del Hijo hubiera podido reclinarlo entre sus brazos maternales, como lo reclinara en Belén, en Nazaret!...

Pero todo esto se le ha prohibido a la Madre; más aún, se le ha obligado a subir hasta el monte del sacrificio, para allí ser testigo de todos los sufrimientos, sin poder procurarle el menor alivio, el más pequeño consuelo....

Y es madre...; y es su hijo Jesús quien padece.

Al menos, Madre amantísima, repartid algo de vuestro tormento entre las almas compasivas, que a vuestro lado acuden, para acompañaros en tan cruel dolor y participar algo de él:

Eia, Mater, fons amoris,
me sentire vim doloris
fac, ut tecum lugeam.

Fac me tecum pie flere,
Crucifixo condolere,
donec ego vixero.

Así al menos, repartidas las penas, son más llevaderas, y teniendo con quien llorar, las lágrimas encuentran algún consuelo.

¡Cómo se están cumpliendo en María las proféticas palabras del anciano Simeón, dirigidas a ella en el templo de Jerusalén algunos años antes: «Tu alma será atravesada por aguda espada de dolor»!

Sí, hasta las interioridades del alma de María penetró esa agudísima espada.... Hasta lo más íntimo de su corazón, dejándolo destrozado....

Ya sé qué sol ardiente te ha marchitado,
Flor la más peregrina que vió el cercado:
Sol que de eternas luces ha los candores,
ése es, Virgen, la causa de tus dolores.
Girasol de su lumbre, tras Él giraste;
del Calvario a la cima tras Él llegaste.
El Calvario sangriento fué su Occidente,
y allí mustia, doblaste la blanca frente.
No yergas mientras vivas esa corola,
que estás muy sola, Madre sola, muy sola....
Aire, luz, alma, vida...de nada tienes,
pues te falta tu Cristo, Bien de tus bienes.
Sin Él todo es de noche, todo es negrura;
nada, Madre, en tu cielo, nada fulgura....
No yergas, Flor de Cristo, la mustia frente,
mientras tu Sol no irradie sobre tu Oriente!

¡Oh tú, la más hermosa entre las mujeres y la
más dolorida de todas las madres! asístenos tam-
bién en nuestras horas de amargura; consuélanos
en los momentos del dolor; suaviza nuestras heri-
das, consuela nuestros pesares.

Haced que lleve conmigo
de Jesucristo la muerte,
y que comparta la suerte
y angustias de su pasión.

Y cuando el cuerpo reciba
la ley mortal que le oprime,
que mi alma se sublime
al Dios remunerador.

XXIX

¡ABANDONADO!

Las horas del sufrimiento para Jesús en el Calvario se iban sucediendo de una manera lenta y pesada.

Negras y espesas tinieblas han extendido su manto de luto sobre el monte del sacrificio y sobre la creación entera.

A los vivos resplandores de un sol primaveral, siguióse la noche precipitada del Viernes Santo; a la alegría, las tristezas; a la risa, el llanto.

Todo en el Gólgota anuncia una catástrofe inminente; de ello se aperciben los enemigos de Cristo, y después de insultarlo a más y mejor, allí lo dejan clavado, entre dos ladrones, presa de horribles y nunca vistos sufrimientos. Ellos huyen del monte, se apartan del crucificado. Ya les da en rostro su sola figura; para ellos es un remordimiento aquel reo.

Jesús está agonizando, moribundo.

Silencio profundo e imponente reina en el monte, de cuando en cuando interrumpido por los suspiros de algunas almas buenas, que a la cruz se han acercado; por las quejas de los dos ladrones; por las observaciones de los curiosos, que quedan en el monte, esperando el triste fin de aquella escena, la que cada vez toma mayor interés.

La Víctima Divina continúa pendiente del madero infame. Horribles dolores atenazan su cuerpo; fiebre ardiente hase apoderado de sus entrañas. Negras sombras lo rodean por fuera; espesísimas tinieblas

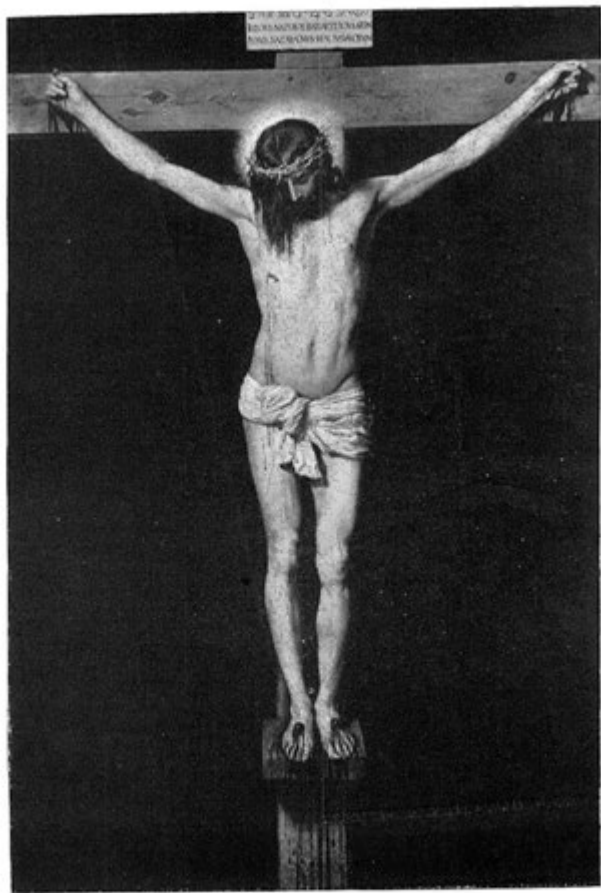
lo envuelven en su interior. Es llegada la hora de los más horribles sufrimientos; la hora del abandono, de la soledad angustiosa, lacerante, mortal...

En el huerto de los Olivos, cuando ante la vista de Cristo se presentó el cuadro negro de la Pasión que le esperaba, oró al Padre, y el Padre le escuchó, enviándole un ángel confortador. Cuando su espíritu se vió anegado en mortales tristezas, acudió en busca de consuelo al lado de los tres apóstoles predilectos, y aunque es cierto que siempre los encontró dormidos y aletargados, no obstante, pudo desahogarse con ellos unos momentos.

Ahora en la cruz Jesús se encuentra solo, abandonado, sin tener adónde dirigir sus miradas. Los apóstoles todos han huído a la desbandada como ovejas sin pastor. Allí cerca está su Madre y unas santas mujeres. Pero ¡ay! ellas sólo sirven de tormento para su corazón, al verlas sufrir sin poder consolarlas. Los soldados, ya aburridos, ni hacen caso de su persona, y si permanecen en la altura del monte al lado del reo es por obligación. Las muchedumbres, sobresaltadas y aterradas con los fenómenos que ven, han ido separándose de su lado; también sus enemigos se han separado, cantando victoria. Han triunfado, sí, han triunfado.

¿Adónde acudirá Jesús en esos momentos en busca de consuelo para su atribulado espíritu? ¿Adónde dirigirá sus miradas? La tierra lo desecha, los hombres lo desprecian; muchos lo maldicen; todos de Él se burlan.

Entonces dirige sus miradas a las alturas del cielo, y hasta el cielo hase cerrado a sus clamores; recubierto está de nubes plomizas. Llama a su Eterno Padre, y hasta su Padre parece que lo ha olvidado; no hace caso de él; no le oye; no le



Jesucristo en la Cruz
por Diego Velázquez

atiende; se ha hecho el sordo a los clamores del Hijo, del Hijo muy amado en quien tenía sus complacencias.

Pues al verse anegado en un mar de tormentos, y que las aguas de la tribulación, aguas amarguísimas, lo han rodeado por todas partes, Jesús levanta su voz y se queja, se queja resignado y doliente:

«¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿Por qué me has abandonado?»

¿Cómo?! ¿Jesús abandonado? ¿Jesús desamparado? ¿Jesús solo y triste?

Misterios profundos encierran estas palabras de Jesús moribundo en el madero de la cruz. Estaba sufriendo por la humanidad pecadora, por ella había salido fiador ante el Eterno Padre; y éste, al verlo cargado con los pecados de todos los hombres, al verlo en figura tan horrible, empecatado, lo dejó, lo abandonó....

¡Triste abandono el de Jesús! Ante su presencia pasaron en aquellos momentos en interminable procesión los pecados todos, cometidos desde el principio del mundo hasta aquel entonces; los que se estaban cometiendo en aquella hora; los que se cometerían hasta el fin de los tiempos. Todos pasaban ante su imaginación, y los veía en su número, peso y enormidad; y los veía tal y como eran.

Ante este espectáculo, tan tétrico y de colores horribles de infierno, la humanidad de Cristo tembló, se llenó de pavor, y más cuando sintió que todos ellos se cebaban como fieras carnívoras en su persona, y como aves de rapiña clavaban las garras en sus entrañas.

Aquello era horrible, insoportable. Aquello era el infierno pasado en vida.

Jesús se vió rodeado de aquella manada informe de iniquidades, que nunca cometi6. Se vió solo; se vió abandonado; con peso tan enorme, con tan inmensa carga, cual eran las iniquidades sin fin de toda la humanidad.

Se vió vencido, derrotado. Sus mismos enemigos en aquellos momentos entonaban en su presencia el himno final de triunfo, el canto de victoria. Bien podían repetirle:

—Si eres el Hijo de Dios, baja de la cruz, y creeremos en ti.

Pero si tú lo fueras, si fueras el Cristo, el Mesías, no estarías ahí donde te encuentras, en una cruz.—

Y al verse en medio de tan tremendo abandono, rodeado de una manada inmensa de chacales, asediado de fieras sanguinarias, quiere librarse de ellas y se vuelve suplicante al cielo.

Al cielo.... Pero ¿no estaba el cielo obscurecido y en actitud amenazadora? Se dirige al Padre.... Pero el Padre, ¿no le ha entregado en manos de sus enemigos, y no está haciéndole experimentar el abandono merecido por el pecador? Despreciado de la tierra.... Abandonado del cielo.... ¿Se vió cosa igual?... Es la privación de todo consuelo, divino y humano; es el abandono más grande que se ha conocido en el mundo. La más horrible tempestad que se apoderó del alma de Cristo.

Bien podía repetir con el profeta de los salmos:
«Sálvame, oh Dios, porque las aguas han penetrado hasta mi alma.

Atollado estoy en un profundísimo cieno sin hallar donde afirmar el pie. Llegué a alta mar, y sumergi6me la tempestad.

Fatiguéme en dar voces: secóseme la garganta: desfallecieron mis ojos, aguardando a mi Dios.

Multiplicado se han, más que los cabellos de mi cabeza, los que me aborrecen injustamente.

Pues por amor de Ti he sufrido los ultrajes, y se ve cubierto de confusión mi rostro.

Contra mí se declaraban los que tienen su asiento en la puerta de la ciudad y la gobiernan: y los que bebían vino cantaban contra mí coplas.

Mas yo entre tanto, Señor, dirigía a Ti mi oración. Este es, decía, oh Dios mío, el tiempo de reconciliación. Óyeme benigno según la grandeza de tu misericordia, conforme tu promesa fiel de salvarme» (Salmo LVIII, 1 y sgs.).

En aquellos momentos está llevando a cabo Jesús y poniendo término a la redención del hombre. Él solo; solo Jesús. Él solo ha entrado en un mar sin fondo ni riberas de indecibles sufrimientos, y por eso clama, con gran voz, con grito formidable, manifestador de las interiores penas de su espíritu:

«¡Dios mío, Dios mío! ¿Por qué me has abandonado?»

¿Realmente el Padre habría abandonado a su Hijo? ¿Se separaría la divinidad de su humanidad santísima? No. Imposible. Que una vez juntas, jamás se separarán, ni aun con la misma muerte.

Pues, ¿a qué ese grito tan desgarrador? ¿a qué esa queja tan triste? ¿a qué tales lamentos?...

Misterio insondable de la humana redención, que al hombre no le ha sido dado penetrar aún. Ni lo comprenderá....

Es Jesús quien se queja de su abandono ante el Eterno Padre. Es Jesús quien clama del fondo de su corazón:

«¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿Por qué me has abandonado? Vuelve a mí tus ojos.

Clamaré, oh Dios mío, durante el día, y no me oirás; clamaré de noche, y no me escucharás.

Gusano soy y no hombre; el oprobio de los hombres, el desecho de la plebe.

Todos los que me miran, hacen mofa de mí con palabras y con meneos de cabeza, diciendo:

En el Señor esperaba: sálvele, ya que tanto le ama.

Han taladrado mis manos y mis pies; han contado todos mis huesos.

Repartieron entre sí mis vestidos, y sortearon mi túnica.

Más tú, oh Señor, no me dilates tu socorro; atiende luego a mi defensa.

Sálvame de la boca del león; salva de las astas de los unicornios mi pobre alma» (Salmo XXI, 1 y sgs.).

¡Hermosa, sublime, divina oración sacerdotal de Jesús crucificado, elevada al cielo en medio de su abandono desde el altar del sacrificio!

¿La escuchará el Padre? Ni el Padre la escucha, ni el Hijo es oído en sus clamores de muerte. Pero, sí, el Padre la atiende; el Hijo es escuchado; no obstante, tiene que acabar la obra comenzada; tiene que terminar de redimir al hombre.

La oración de Cristo en la cruz es el modelo de la oración más perfecta de un alma sin consuelo y abandonada.

Así continuó Jesús en su horrible desamparo durante largo espacio de tiempo. La humanidad quedaba redimida; ya no se vería en adelante des-

amparada; ya Dios no será el vengador, el justiciero; será más bien el Dios de las misericordias y del perdón. Jesús ha reconciliado a los hombres con su Padre. Y si Él no es escuchado cuando clama desde la cruz, es para que nuestras oraciones sean oídas y favorablemente despachadas. Y si Él se ve abandonado entre tantos tormentos, es para que la humanidad no se vea sola, triste y a merced de los más terribles enemigos.

Por mí sufre Jesús desamparo en la cruz; por mí se ve abandonado de Dios y de los hombres; por mí llora lágrimas ardientes; por mí se ve desangrado; por mí fué entregado a la muerte más ignominiosa.

¡Mi Dios de amor herido,
del hombre enamorado,
que estás, lleno de oprobios,
clavado en vil madero!
Llevando en sus entrañas
dolor profundo y fiero,
un pecador rendido
yace a tus pies postrado.

De lágrimas bañado
mi pálido semblante,
piedad, Señor, imploro;
mi lloro acongojante
escucha, compasivo....
¡No muestres a mis ojos
tu dulce rostro esquivo!

Y como a la tempestad sigue la calma; así a los dolores, al desamparo y a la tormenta del Redentor, siguió después la placidez, el descanso, el triunfo y la victoria.

A tu Cruz todas las gentes
se han rendido, reverentes,
y a su sombra han encontrado
su ventura y su solaz:
¡aun cautivas
permanecen de las vivas
llamaradas de tu pecho
y hermosuras de tu faz!

XXX TENGO SED

¡Al Calvario! ¡Al Calvario!

Es el grito que resonaba por toda la ciudad de Jerusalén el día de viernes. Presurosas se encaminan las muchedumbres hacia el monte de las Calaveras, que está muy cerca de la ciudad.

Curiosidad extraordinaria ha despertado por cierto el proceso de Jesús Nazareno entre las gentes que lo conocen. Nunca se vió otro igual que tan intrincados ha tenido a los príncipes de Israel y al Gobernador de Roma.

Después de tantas idas y venidas, al fin Jesús fué puesto en un palo.

Las tres horas de la cruz se suceden muy lentas, parecen eternas; como si no tuvieran fin.

Mientras que los dos ladrones crucificados se retuercen en las cruces como culebras heridas, Jesús pacientemente apura las heces del amargo cáliz de la pasión.

Durante toda ella el silencio de la Víctima ha sido imponente, admirable. Ahora en la cruz continúa también silencioso, resignado, paciente. Como cordero sacrificado sin despegar sus labios, sin abrir la boca.

Ni se queja, ni se lamenta. Sufre, y sufre, y sufre, lleno de admirable resignación.

Le insultan sus enemigos y para ellos sólo tiene palabras de perdón. Barbotan contra Él las más horribles blasfemias, y contesta rogando por ellos.

¿Hase visto cosa igual? ¿Que un hombre ruegue y pida perdón para sus verdugos y atormentadores? Solo Jesús. Y después de Él los mártires del cristianismo.

No fué desaprovechada la lección. Siempre hubo discípulos dóciles que la aprendieron, poniéndola por obra.

Al precipitarse las tinieblas de la noche, invadiendo los campos del día, los enemigos de Jesús, sobrecogidos de pavor, han huído del monte abandonando a los tres reos.

Temen....

¿Por qué esos temores? ¿Serán infundados?

La conciencia los acusa. Los trastornos de la naturaleza los han llenado de pavor. No en vano temen, son culpables; son unos criminales al dar muerte a un hombre inocente.

El Calvario va quedando sin gente a medida que las tinieblas se hacen cada vez más densas. A los gritos de la muchedumbre sucédele el silencio más profundo, interrumpido de cuando en cuando por los ayes de dolor de los ladrones crucificados, por las conversaciones de algunos curiosos que todavía se detienen en el monte, por el cuchicheo de los soldados que hacen la guardia, y por las cortas palabras que Jesús pronuncia en la cruz.

Largo rato ha permanecido a solas con su abandono, sin que puedan consolarlo en tan triste situación, ni las santas mujeres que allí cerca se encuentran, ni los apóstoles, olvidados de Él, ni su mismo Padre celestial, que es precisamente quien lo abandona.

Poco después abre de nuevo sus labios, y con voz lastimera y en tono suplicante dice:

«¡Tengo sed!

Jesús tiene sed en la cruz, sed ardiente, devoradora, insoportable, sed de fuego que le quema la boca, el paladar, las entrañas. De ella se queja, buscando algún alivio, pidiendo consuelo.

Qué tal sería la sed del divino Salvador pendiente del madero infame, no es fácil adivinarlo, y mucho menos comprenderlo.

Él, que pacientemente ha sufrido durante las horas de su pasión sin quejarse de nada, sin pronunciar una sola palabra, ahora se queja de la sed.

«¡Tengo sed!»

Ha padecido en el alma horribles dolores, penas internas, tedio, temores, abandono, agonías de muerte, desamparo, muchas tristezas.

Ha sufrido en el cuerpo azotes, espinas, bofetadas, heridas, pesada cruz, clavos. Todo lo ha sufrido sin quejarse.

Sus oídos han sido saturados de oprobios, de maldiciones, de insultos; y a todo ha respondido con el silencio.

Y ahora que siente sed no calla, sino que lo manifiesta.

Tiene sed Jesús y se queja de ella. Sí, sed ardiente tuvo que experimentar después de tantos y tan amargos sufrimientos, desangrándose por todos los poros de su cuerpo, y lleno como estaba de heridas y cardenales.

Desde la noche anterior ni un bocado había probado, ni una sola gota de agua ha podido gustar, y ¡qué noche la pasada a merced de la brutalidad de la soldadesca!...

Con los tormentos a que fué sometido, la fiebre se había apoderado de su cuerpo; fiebre ardorosa que le quema la cabeza, las entrañas, el corazón, todo su ser.

Nada es de extrañar la sed que siente Cristo después de tan enormes tormentos y de tanto derramamiento de sangre. Su lengua se pega al paladar, sus labios están acardenalados; reseca sus fauces. Por eso exclama:

«¡Tengo sed!»

¿Cómo! ¿Jesús tiene sed? ¿Jesús está sediento? ¿No hace brotar Él las fuentes de la roca viva? ¿No carga las nubes de agua? ¿No es Él quien refresca la tierra con el rocío de la mañana? Pues, ¿cómo ahora está sediento?

Y ¿por qué los ángeles del cielo no bajarán a aliviar esta sed del Redentor? ¡Por qué en copa de oro no le traen agua pura y cristalina?

Porque tenían que cumplirse las palabras del profeta: «Presentáronme hiel para alimento mío, y en medio de mi sed me dieron a beber vinagre» (Salmo LXVIII, 22).

Esto que vió el profeta muchos siglos antes y lo anunció, cumpliése en la persona del Salvador. Porque uno de los soldados que allí se encontraban, aguardando el final de aquella escena, se acercó a Jesús, llevando una esponja empapada en vinagre, y la puso en los labios del moribundo sediento.

Jesús gustó el vinagre, y así fué atormentado su paladar. No probó más que lo necesario para atormentar su lengua, no para apagar su sed.

Otra sed quiso manifestarnos Jesús moribundo desde el árbol de la cruz; es la sed ardiente que tiene de almas, por las que está sufriendo; por las que muere, para que se salven, para que salgan del pecado, para que no caigan en el infierno.

Está sediento de que los hombres tengamos sed de su sangre y de sus méritos y acudamos a su

lado a beber las aguas que de su Corazón, como de roca viva, saltan para salud de nuestras almas.

Él es la fuente y dulcemente nos invita, cuando dice:

«Sedientos, venid todos a las aguas, y vosotros que no tenéis dinero, apresuraos, comprad y comed; venid, comprad sin dinero, y sin ninguna otra permuta, vino y leche» (Isaías LV, 1).

«Si alguno tiene sed, venga a mí y beba. Quien bebe del agua que yo le daré, nunca jamás volverá a tener sed. Antes el agua que yo le daré, vendrá a ser dentro de él un manantial de agua, que manará sin cesar hasta la vida eterna» (S. Juan IV, 13 y 14).

Feliz el alma que, como paloma mística, se llega a las fuentes del Salvador. Su sed se apagará. Saciada será su alma.

¡Jesús sediento! Danos a beber de esa agua, para que no tengamos más sed en adelante.

XXXI

CONSUMMATUM EST!

«¡Todo está terminado!» Así habló Jesús desde el árbol de la cruz momentos antes de morir.

Tres horas largas, muy largas, interminables, llevaba ya sufriendo en el madero infame, sin experimentar el más leve alivio.

Desangrado, agotado, veía acercarse con pasos de gigante a la muerte. La hora de consumir el sacrificio estaba ya muy cerca.

Todo, efectivamente, estaba terminado; su obra consumada; la voluntad del Padre cumplida hasta en sus más insignificantes pormenores. La vida se le acababa.

Jesús moría, y moría por amor, y moría de amor a los hombres. Allá en lo más alto de la cruz estaba probando con argumentos irrefutables la intensidad y la largueza y la profundidad de ese amor.

Por las llagas de su cuerpo la vida se le escapaba en raudales de sangre fresca.

Con las voces de la sangre nos está diciendo cuánto y cuánto nos ama. Tanto que el entendimiento humano nunca podrá penetrar en las profundidades de ese amor. Tanto como únicamente sabe amar el Dios humanado.

¿Podía haber hecho más de lo que hizo? ¿Podría darnos una prueba más elocuente?

¡Imposible! El amor de Jesús moribundo a los hombres no tiene límites.

Llega el momento de la muerte para Jesús. Él

la espera lleno de dulce calma, porque sabe que sobre su persona no tiene poder alguno, mientras Él mismo no se lo conceda.

Antes de expirar y de dar su permiso a la muerte para que a su lado se acerque, pronuncia aquellas palabras misteriosas, síntesis y compendio de toda su vida y de toda su obra:

Consummatum est!—«¡Todo está terminado!»

Efectivamente, todo para Jesús estaba ya terminado, pero de una manera digna, brillante y solemne.

A los ojos de sus enemigos aquel hombre acababa la vida como ellos lo habían pedido y como ellos lo deseaban: entre los horrores de la crucifixión; en un mar de tormentos y en un mar de ignominias. Maldito de los hombres y también de Dios, según aquellas palabras: «Es maldito de Dios el que está colgado del madero» (Deut. XXI, 23). «Cristo nos redimió de la maldición de la Ley habiéndose hecho por nosotros objeto de maldición» (Gal. III, 13). Y Jesús moría colgado en un madero.

Aquella serie no interrumpida de tormentos tocaba ya a su fin. Pasaron las bofetadas; terminaron las burlas; acabaron los azotes. Las espinas bien pronto terminarán también, y la cruz será su último lecho, el lecho de la muerte donde dormirá el sueño de los justos.

Los enemigos ya se habían separado de su lado; y lejos, muy lejos de la cruz, paseando por las calles de Jerusalén, satisfechos de su obra, cambiaban impresiones; comentaban los episodios de la jornada; los incidentes del juicio; la resistencia del Pretor romano; la cautela con que procedieron en todo; los cargos contra el reo; las dificultades del camino, y mil otros incidentes dignos de recuerdo,

que ellos gustaban a todo sabor en aquellos momentos.

— Ahora, que muera rematado en la cruz.

Y se frotaban las manos de gusto; y se felicitaban mutuamente unos a otros por el éxito feliz de todas sus gestiones.

¿Qué más podrían desear? Todo, fuera de algunas pequeñas dificultades que también fueron vencidas, todo les salió a pedir de boca.

Jesús, entre tanto, entraba en la agonía; el frío sudor de la muerte ya se apoderaba de todo su cuerpo.

La vió llegar; la vió cerca, muy cerca. Agazapada se encontraba a los pies del madero, sin atreverse a subir a los brazos y descargar el golpe sobre la humanidad santísima del Salvador.

¿Por qué no se atrevía? ¿Quién la detuvo en aquellos momentos?

Porque no tenía poder sobre aquella persona sagrada, divina. La detuvo una fuerza superior, insuperable, irresistible; era la fuerza del brazo del ajusticiado que estaba para morir, y no moriría hasta que sonase el momento desde el principio de los siglos prefijado.

Jesús, desde la atalaya donde está colocado, dirige una mirada lánguida y moribunda en derredor. Ya todo estaba concluído. Nada, absolutamente nada quedaba por hacer. Entonces pronunció aquellas palabras de triunfo:

Consummatum est!—«¡Todo está terminado!»

Mira atrás y ve toda su vida llena de merecimientos. Su encarnación purísima en el seno de una Madre Virgen; obra asombrosa del Espíritu Santo, llena de misterios y de realidades; la unión íntima,

estrecha, indisoluble; el abrazo de fraternidad entre la divina naturaleza y la humana, realizado en la segunda Persona de la Beatísima Trinidad.

Luego, su aparición en el portal de Belén; cortado por los ángeles, que entonaron himnos de júbilo; adorado por humildes pastores y por los reyes del Oriente. Su vida de destierro en Egipto; los días tranquilos y dulces de Nazaret, apacibles como las aguas de tranquilo lago, entre los abrazos y los besos de María y de José.

Y más tarde la vida de fecundo apostolado; las predicaciones no interrumpidas; las doctrinas de vida eterna; la semilla arrojada en el campo de los corazones. La vocación y el llamamiento de sus apóstoles, discípulos y un sinnúmero de seguidores. ¡Oh! Al contemplar todas estas cosas bien podía decir, y con razón, que todo, todo estaba terminado.

Hasta el odio y furor de sus enemigos podía darse por satisfecho. ¡Tres años de enconada envidia; tres años de mal reprimido furor: por alguna parte tenía que reventar. Tres años de persecuciones solapadas y de lazos tendidos traidoramente a su inocencia, a su doctrina, a su sagrada persona....

Al fin, habían triunfado. Que se vuelvan tranquilos a sus casas; que descansen en sus hogares; que reposen. El Nazareno está agonizando; morirá de un momento a otro, pues realmente, todo está terminado.

Las manos de los crueles verdugos nada pueden hacer ya en aquel cuerpo, convertido a fuerza de tormentos en una pura llaga; pues desde la planta de los pies hasta la coronilla de la cabeza no tiene parte alguna sana, sino más bien heridas y cardenales, sangre coagulada y llagas corrompidas, que no han sido curadas.

Como manso cordero fué conducido al último suplicio, y sin despegar sus labios, ni pronunciar una palabra, se dejó crucificar; y ya crucificado ni odió ni pidió venganza para sus enemigos; al contrario, a los insultos y a los ultrajes respondió siempre con palabras de perdón.

Ahora la rabia y el furor de los enemigos nada tenía que hacer, porque, efectivamente, todo estaba terminado.

Todo: su vida, su pasión, los tormentos, el poder de las tinieblas sobre la humanidad, el dominio del pecado en el mundo, la tiranía de la muerte sobre los hijos de Adán.

Jesús acababa de librar la más tremenda batalla contra el demonio. Cuando en el desierto se apartó de su lado, dice San Lucas que «el diablo se retiró de él hasta otro tiempo». Y un sabio intérprete comenta este pasaje diciendo: «Hasta el tiempo determinado por Dios; conviene a saber, hasta el tiempo de la Pasión, en que por sí y por sus ministros había de volver a tentarle.» Volvió, en efecto, el tentador. Contra la sagrada persona del Redentor lanzó toda su rabia. Pero no sabía que se las estaba habiendo con su mayor enemigo, y que mientras procuraba la muerte del Justo, labraba su propia derrota.

Muere Jesús y es vencido el demonio.

Muere Jesús y la muerte huye avergonzada. A los pies de la cruz se encuentra completamente abatida y confusa.

Muere Jesús, pronunciando el *Consummatum est*, y el pecado que reinaba en medio del mundo y se paseaba triunfante de un extremo a otro de la tierra, quedaba borrado.

Hermoso *Consummatum est* el de Jesús mori-

bundo. Es que se da perfecta cuenta de su obra. Ha llenado su misión en la tierra. Ha salvado al mundo. Bien puede morir tranquilo. Así lo hace, entregando su espíritu en manos del Padre.

Imagen de mi Dios crucificado
y muerto por mi amor,
manojito de mirra que mi Amado
para mi bien sembró,
única herencia que la *madre* mía
me ha podido legar,
único amigo fiel que en la agonía
mi mano estrechará....
Pues entonces querré, dulce Amor mío,
tu presencia sentir,
y acaso, ya desencajado y frío,
pensar no pueda en Ti....
Ven ya desde hoy a mí, ven y te estrecho
contra mi corazón....
Ven y prorrumpo en lágrimas deshecho:
¡Piedad, piedad, Señor!

XXXII

MUERTE DE JESÚS

También a Jesús le llegó su hora; ¡la hora de morir!

Pero así como Jesús ni fué concebido ni nació como los demás hombres, tampoco murió como ellos. Los hombres reciben la muerte como un castigo del primer pecado y de tantos otros como a diario se cometen; y castigo lo es para todos.

Jesús no era puro hombre, no podía morir como un hombre cualquiera. Jesús era hombre, y como hombre murió; Jesús era Dios; la muerte de Jesús fué la muerte de un Hombre-Dios. Muerte no espantosa, no aterradora. Muerte sublime fué la suya en lo más alto del Calvario.

Sócrates murió como un filósofo, rodeado de sus discípulos, luego de haber apurado el vaso que contenía la cicuta y encerraba la muerte. Momentos antes de que ésta llegase, habla a sus oyentes de la inmortalidad del alma; luego la espera con la sonrisa en los labios; es una sonrisa sarcástica que se dibuja en sus facciones. Con glacial indiferencia la ve llegar sin inmutarse, y cuando llega la recibe indiferente. La muerte de Sócrates, el filósofo, es la muerte de un estoico, que nada siente; que cree, a pesar de sus teorías, cree hundirse en el caos, en la nebulosa desconocida, en la nada.

La muerte de Jesús es una muerte sublime; muerte del triunfador; la muerte de quien tiene poder para morir y luego resucitar.

Poder tal jamás se conoció en el transcurso de las edades, ni en el correr de los tiempos, ni en los anales del mundo.

Consummatum est! — «¡Todo está terminado!» ha dicho Jesús desde el árbol de la cruz al ver terminada la obra de la humana redención. Y viendo a los hombres redimidos, libertados, con la libertad verdadera de los hijos de Dios, se da por satisfecho, porque su obra comienza a establecerse entre los mortales, y su sangre ha lavado y purificado las almas; y su sangre y sus méritos las santificarán en lo porvenir.

Ahora... después de tantos trabajos, ¿qué le queda por hacer? ¿qué le resta, después de tan magna empresa como la llevada a cabo?

No le queda otra cosa sino dormir tranquilamente, descansar de los trabajos de tan ruda jornada. Y descansará durante algunas horas en los brazos de la muerte y en las soledades del sepulcro.

La muerte, como un vampiro sediento de sangre, se cierne sobre la cruz; hacia ella tiende su mano descarnada; empuña la guadaña que ha de segar el hilo de aquella existencia tan preciosa, creyendo ser la de un puro mortal. De pronto tiembla; extraño sacudimiento hace crujir aquellos huesos del esqueleto ambulante, y cae rendida a los pies de la cruz.

En sus oídos resuenan con claridad aquellas solemnes palabras: «Nadie me arranca la vida, sino que yo la doy de mi propia voluntad; y soy dueño de darla y dueño de recobrarla» (S. Juan X, 18).

Sí, Jesús es dueño de la vida y dueño de la muerte. Él es dueño de su existencia, y por lo tanto morirá cuando quiera y como quiera. ¿Y después? ¡Oh! después la muerte de la muerte; la derrota

más grande; el fracaso más rotundo de este tirano que hace más de seis mil años viene reinando en el mundo.

O mors, ero mors tua! — «¡Oh muerte, yo seré la muerte tuya! Terminaré con tu imperio, dominaré sobre ti y te derrotaré» (Oseas XIII, 15).

Cabe la cruz el silencio es más imponente por momentos. Los soldados bromean de buen humor sobre las palabras *Eli, Eli*, la esponja, el vinagre.

El *Consummatum est* de Jesús se oye lejano; los ecos de esta palabra se extienden pausados y lentos por el monte, y parecen llegar a la ciudad de Jerusalén, donde son ahogados por la gritería de la muchedumbre y por el sonido de las trompetas que llaman al pueblo y lo reúnen en el templo para el sacrificio vespertino.

Todo, en efecto, está terminado.

¿Qué le resta por hacer a Jesús?

¡Morir!

Antes pronuncia la última sublime palabra; la última, la postrera estrofa de su himno triunfal; del himno triunfal de su vida en frente a la muerte.

La Víctima sagrada se afirma en la cruz; se levanta sobre sus heridas, y da una gran voz. Grito extraño que brota de los labios y del pecho de un moribundo, de un moribundo exangüe y falto de energías vitales; pero que tiene todo el poder, toda la energía de un Dios.

Es el grito de Jesús colocando su espíritu en manos del Eterno Padre; que se lo recomienda con todo fervor, al partir de este mundo.

«Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu.»

Estas fueron las últimas palabras que Jesús pronunció durante su vida mortal, momentos antes de

expirar. Este fué su clamor postrero. Clamor vibrante, enérgico, que pudieron oírlo cuantos permanecían en el Calvario; que lo oyeron los cielos y se estremecieron de gozo; lo oyó la tierra y se sintió asombrada; lo oyó el infierno y tembló de espanto.

Aquella voz era, no de derrota, era la voz del triunfador. El infierno lo comprendió, y tembló...

Las tinieblas seguían envolviendo la tierra con su manto fúnebre. Un rayo de luz brillante, rasgando las nubes, vino a posarse desde el cielo sobre el rostro de Jesús, que al expirar quedó divinamente iluminado, radiante. Porque, apenas hubo pronunciado las últimas palabras, inclina soberanamente la cabeza,

Y ciérranse de Cristo
los ojos blandamente,
y séllanse sus labios,
y dóblase, cual lirio
tronchado, su alba frente,
y queda sin respiro,
sin huelgo, sin razón.

Aquellos brazos santos
y manos poderosas
inmóviles se quedaron,
como marchitas rosas,
inmóviles sus rodillas
y plantas amorosas,
inmóvil su semblante,
sin vida el corazón....

Como la espiga ya madura se inclina hacia la tierra, como el árbol cargado de frutos, oprimido por el peso, doblega sus ramas hacia el suelo; así

Jesús, fruto bendito pendiente del árbol de la cruz, inclinó la cabeza, cerró los ojos y se ofreció a los mortales.

San Juan, que lo vió, dió testimonio de ello. San Juan, que percibió el último suspiro de Jesús, lo afirma.

Jesús ha muerto.... Jesús ha muerto, no como hombre vencido. Ha muerto lleno de gloria y como Dios.

La muerte de los hombres es siempre triste, a veces horrible, desastrosa, desesperante; la muerte de Jesús es un triunfo. La muerte de los hombres es pavorosa; la muerte de Jesús está llena de gloria. La muerte de los hombres es el final de su vida, de sus trabajos, de todos sus sufrimientos; la muerte de Jesús es el principio de su glorificación. Con ella triunfa del infierno, de la muerte, del demonio y del pecado.

Del pecado, que borró de la tierra; del demonio, a quien arrojó del mundo y en cuyos dominios entraba a reinar por el amor y la misericordia; de la muerte, que tenía sujeta al pie de la cruz; del infierno, cuyas puertas cerró.

Después de su muerte Jesús comenzó su carrera de triunfos y de victorias, de aleluyas y encumbra-
mientos.

San Pablo nos dice: «Cristo se hizo obediente hasta la muerte, y muerte de cruz; por la cual Dios lo ensalzó, dándole un nombre sobre todo nombre, y una grandeza sobre toda ponderación, de manera que al nombre de Jesús doblan la rodilla y se postran los cielos y la tierra, los ángeles y los hombres, y hasta las mismas potestades del infierno (Fil. II, 10).

Si, como dice el profeta David, la muerte de los santos es preciosa en el acatamiento divino (Salmo CXV, 15), la muerte de Jesús fué preciosísima, fué santísima; fué la muerte del Hombre-Dios, el Santo de los santos.

La muerte de Jesús nos dió a los hombres la vida; y ¡qué vida! Vida abundante, sobrenatural y divina. Ella fué el principio de la verdadera grandeza de la humanidad esclavizada y muerta. Con ella rompiéronse las cadenas y comenzamos a gozar de la libertad santa de los hijos de Dios.

¡Bendita muerte que tales y tantas riquezas nos mereció!

En un árbol encontró el primer hombre la muerte para sí y para todos sus descendientes; en otro árbol el Hombre grande por excelencia, el verdadero Hombre encontró la vida y la resurrección perdidas.

Que la muerte de Jesús sea para nosotros también el principio de la verdadera y abundante vida del alma; que sea de indecible consuelo para cuantos, peregrinos en este valle del dolor, tenemos que pagar justo tributo a la muerte.

Y que, cuando ésta a nuestro lado se acerque, anunciándonos la hora de partir de este mundo, también como Jesús podamos tranquilamente entregar nuestro espíritu en manos del Eterno Padre.

XXXIII

LA MAGDALENA

Dice San Juan en su Evangelio (cap. XII), que pocos días antes de ser entregado Jesús en manos de sus enemigos, le fué ofrecido un banquete en Betania en casa de Simón el Leproso. Marta servía. Lázaro, el resucitado, era uno de los comensales.

Estando recostado Jesús en su diván, al estilo de aquel entonces, penetra María en la sala con una libra de unguento de legítimo y muy precioso nardo, y con él le ungió los pies, enjugándolos con sus cabellos, y quebrando el alabastro se lo derramó sobre la cabeza, y toda la casa fué llena de la fragancia del unguento.

Esta acción tan hermosa fué causa de murmuraciones entre los circunstantes, y hasta alguno de ellos, rompiendo la brecha, tuvo la osadía de decir: «¿A qué ese derroche del unguento? ¿No hubiera sido mejor venderlo en trescientos denarios y dárselo a los pobres?» Quien así habló fué Judas.

Jesús salió a la defensa de aquella mujer: «Dejadla en paz, que para el día de mi entierro lo ha guardado. En verdad os digo que, en donde quiera que se predique este evangelio por todo el mundo, se referirá también lo que ella conmigo ha hecho.»

Espectáculo hermoso el de aquella María Magdalena, antes pecadora, en estos momentos arrepentida y fervorosa amante. Ese amor no disminuye con las afrentas, y los golpes, y el martirio de la Pasión; al contrario crece y aumenta cada vez más.

Las tinieblas del medio día despejan el campo. Unos huyen despavoridos, otros, asustados. Unos, temblorosos por el acontecimiento repentino, cambiándose el día en noche obscura, que los desconcierta; otros, acosados por los remordimientos de la conciencia, que les dice ser culpables, tener las manos teñidas en sangre inocente. Unos y otros han abandonado el monte y se han recogido en la ciudad de Jerusalén. Pocos son ya los que esperan en la altura el fin del drama. Los soldados, que por orden superior hacen la guardia, y algunos pocos más.

La cruz está sola. Los amigos, animados de una dulce confianza, se acercan a ella; tristes, llorosos, abatidos; pero animados de una fe grande y ardiente. No dudan que Jesús sea el Mesías, el Hijo de Dios, el Salvador del mundo.

Allí está María, su madre, y la cuñada de ésta, María, la mujer de Cleofás, y la Magdalena...

También está allí la Magdalena, la que fué gran pecadora, pública pecadora, y después una santa. La que primero ofendió mucho, pecó mucho, y después amó mucho, mucho.... Y, como prueba de su gran amor, en la hora de los grandes abandonos en que se encuentra el Maestro; de las grandes cobardías de unos y de las enormes deserciones de otros; en la hora en que todos huyen: ella, resuelta, llena de valor, no temió acercarse a su gran bienhechor, para sufrir a su lado, para llorar, y si era necesario, morir por Él, y con Él.

¡Qué heroísmo el de esta mujer! ¡cuánto valor en su pecho femenino, y sobre todo, cuánto amor!...

Cierto que un día, muchos años antes, fué el escándalo de la ciudad; con sus pecados se acarrió el desprecio de las almas nobles, y el abandono y la

burla de sus criminales amantes. Pero otro día atrajo sobre sí las miradas, la compasión y las ternuras de Jesús bueno, que perdonaba los pecados y acogía a los pecadores entre los pliegues de su corazón tierno.

A los pies de Jesús recibió la Magdalena las primeras pruebas de amor; a los pies de Jesús oyó unas palabras de perdón, nunca oídas hasta entonces; su alma de allí se levantó más blanca que la nieve, pura como las azucenas.

Y ahora la Magdalena ha subido hasta el Calvario; se ha acercado mucho a la cruz; ha caído de rodillas ante el Maestro ahora de nuevo, y no puede separarse de aquellos pies, que tantos pasos dieron para buscarla; de aquellos pies que ella regó otro día con sus lágrimas. Ahora también está abrazada a ellos, y nadie será capaz de separarla de aquel tesoro. Dejémosla que se goce con tan rica prenda.

Postrada en tierra, esparcida su blonda cabellera, está abrazada fuertemente con el madero teñido en sangre. La sangre del Cordero de Dios que quita los pecados del mundo, va cayendo gota a gota en su alma, en su cabeza, en sus brazos, en su pecho. ¡Qué hermoso relicario viviente!

Apenas si se atreve a levantar sus ojos a las alturas de la cruz, por no ver aquel cuerpo, el más hermoso de los hijos de los hombres, desgarrado ahora de pies a cabeza y hecho una verdadera lástima.

Está en la misma forma en que la vió el evangelista algún tiempo antes en casa de Simón el Leproso, en el salón del gran convite. Está arrepentida y amorosa; está amando mucho; escuchando como en otro tiempo las palabras del Salvador:

«Se le perdonó mucho, porque ha amado mucho más.»

Ahora también está amando mucho; por esto está allí abrazada a la cruz, regando de nuevo los pies con sus lágrimas, enjugando la sangre con sus cabellos, besándolos con sus labios. ¡Qué besos tan ardientes los de la Magdalena a los pies del Redentor!

Ha subido en alas del amor en busca del Amado y lo ha encontrado completamente desfigurado. Pero no duda ni por un solo momento que sea Él.... Él es, en efecto; bien lo ha conocido. Ahora sí que no se separará de su lado.

¿Cómo dejarlo en los momentos del abandono más grande, y en las horas de angustia más torturadora? ¿Cómo dejarlo solo, cuando todos, hasta sus mismos amigos, han huído de su lado? No; no hará tal cosa la Magdalena, y como la hiedra se adhiere al árbol y allí permanece viviendo la misma vida, corriendo la misma suerte, así María se abraza al árbol bendito de la cruz, se abraza a los pies del Amado, para no separarse de ellos jamás.

El amor, el verdadero amor, se prueba en la tribulación y en las horas del sufrimiento. Y ¡qué bien se prueba el amor de la Magdalena a Cristo en las horas de la pasión! ¡Qué grande, que ardiente es el amor suyo, pues no hay fuerza humana que de su lado sea capaz de arrancarla!...

Y si un día fué pública pecadora, también cayó rendida por el rayo de la divina gracia, que la esperaba en el camino de sus desórdenes; supo aprovechar el momento de luz, para ver el fondo de sus miserias morales y el derrotero que debía seguir en adelante.

Que si fué pública pecadora, también repara sus escándalos pasados con una pública penitencia.

Siguió muy de cerca los pasos del Divino Maestro en las correrías apostólicas por las ciudades y pueblos de Palestina, y sobre todo siguió sus pasos camino del Calvario el día Viernes Santo, mereciendo tener un lugar de preferencia entre las almas que estuvieron más cerca de Jesús en las horas de su agonía y de su muerte. La Magdalena estuvo junto a la Virgen Santísima y al lado del inocente San Juan.

La Magdalena fué testigo del testamento de Cristo, oyó sus postreras palabras, vió la naturaleza consternada, presenció la muerte del Maestro, y pudo ungir luego su cuerpo con preciosos aromas. Había ungido sus pies en vida, y también los ungió de muerto, con el bálsamo suave, y con el otro más suave aún del sincero arrepentimiento; con mirra y áloe, y con la mirra de sus lágrimas ardientes, que llevaban más suave aroma. Y aunque lo vió muerto, entonces pudo estrechar más fuertemente aquellos pies contra su pecho, que moría, que agonizaba de dolor, y aquellas manos que se levantaron tantas veces para bendecir y perdonar. Entonces tampoco dudó de su Maestro; esperaría resignada el final de todos los acontecimientos; esperaría paciente.

Pero, ¿cómo dar treguas a un pecho amante? Al tercer día, muy de mañana, cuando las sombras de la noche envolvían la tierra, y la naturaleza estaba dormida, y el mundo aletargado, y los enemigos de Jesús descansaban, seguros de su triunfo, la Magdalena ya se dirige presurosa hacia el sepulcro, donde colocaron el cadáver del Señor, para arreglarlo más a su gusto; para darle la última prueba de su amor.

¡Qué dolor el suyo cuando vió que la losa estaba derribada en tierra, y que el cadáver había desaparecido! Suspira amargamente, llora sin consuelo. Sí, se lo han robado.

No se puede separar de allí, esperando recobrarlo.

Después oye una voz dulce, que le dice: ¡María!
¡María!

Era la voz de Jesús, su Maestro, que había resucitado.

XXXIV

LA LANZADA

Del Corazón de Cristo
brotó una fuente
que el agua de la vida
lleva a torrentes;
sin esa agua
no dan fruto las flores
de nuestras almas.

Tarde del Viernes Santo, obscura, triste, envuelta en negro sudario. El monte Calvario es el teatro donde se ha desarrollado y se está desarrollando el gran drama de la redención del hombre.

Las escenas que allí se han ido desenvolviendo en derredor de la cruz, han sido de las más patéticas y emocionantes, cada una de las cuales aventajaba en interés a la anterior.

Jesús de Nazaret era siempre el objeto de las miradas y la atención de todos; el blanco de odios y rencores del pueblo y de los grandes de Israel. Aquella sí que fué la tragedia del odio y del amor; de las pasiones más rastreras y las más sublimes. Allí andaban en competencia Cristo y sus enemigos: éstos para acabar de rematarlo, cual si fuera un facineroso; Aquél entregándose y entregándonos cuanto tiene.

Jesús acaba de librar la última batalla, a la que se sigue segura victoria.

¡Cómo! ¿Es posible una victoria, muriendo como muere, al parecer derrotado?

Así lo es. Muriendo vence. Bien pudo repetir: ¡Oh muerte! yo he de ser la muerte tuya. Seré tu destrucción, ¡oh infierno!

Estas palabras del profeta Oseas tuvieron cabal cumplimiento la tarde del viernes en la persona de Jesucristo, quien moría con todas las apariencias de un vencido, pero realmente era el Vencedor.

¡Jesús de Nazaret ha muerto!...

La naturaleza entera se conmueve. El sol oculta sus rayos; llora lágrimas de sangre la luna; las avejillas revolotean por la cumbre del Calvario piando tristemente, y hasta las fieras de los campos huyen amedrentadas, lanzando gemidos de dolor.

Era la hora del sacrificio vespertino. Resuenan las trompetas en el templo de Jerusalén; y cuando los sacerdotes se acercan al altar para ofrecer el sacrificio, entonces, en aquel momento solemne, y ante todos los circunstantes, el velo de terciopelo que ocultaba el *Sancta Sanctorum*, se rasga de arriba abajo.

Señal de que los símbolos habían ya terminado; aquellos sacrificios no valían absolutamente nada delante de Dios, pues otro sacrificio de valor infinito acaba de consumarse en el monte Calvario.

Allí está la Víctima sobre el altar; allí está el Sumo Sacerdote. Es Jesús en la cruz, muerto por amor al hombre.

Los cadáveres de los ajusticiados en manera alguna podían quedar pendientes de la cruz durante las solemnidades de la Pascua; era preciso rematarlos cuanto antes. Llegan varios soldados con mazas de hierro, y a los dos ladrones les quiebran las piernas a fuerza de golpes.

Cuando llegaron a Jesús, lo encontraron ya muerto. No era necesario romperle las piernas. Así se cumplirían las palabras: «No quebrantaréis hueso alguno suyo» (Éxodo XII, 46). Y aquellas otras del profeta Zacarías: «Verán a aquel a quien traspasaron» (XII, 10).

Pero se acerca uno de los soldados, queriendo dar el golpe de gracia, cerciorándose de veras, si efectivamente estaba muerto Jesús o no lo estaba. Y arremete contra él con furia insana, y atraviesa su pecho con una lanza, hasta rasgarle el corazón.

Al golpe de la lanza tembló el madero de la cruz. Del corazón herido de Jesús muerto salió un suspiro de amor, envuelto en sangre y agua, que los ángeles quisieron recoger en cáliz de oro.

Cuando llegaron, ya era tarde. La sangre fué a dar en el rostro del soldado, que le había herido. Longinos, al sentir el contacto de aquella sangre, quedó confundido, anonadado, transformado. Lloró amargamente y se convirtió más tarde en discípulo del Divino Nazareno.

El agua, al saltar de la roca viva, que era Cristo, lo había lavado, quedando su alma blanca como la nieve de las montañas....

Y dice San Juan, que al punto salió del costado de Jesús sangre y agua; cumpliéndose con ello las palabras del profeta Isaías, quien varios siglos antes lo había dicho: «Sacaréis aguas con gozo de las fuentes del Salvador» (XII, 3).

La herida de tu pecho,
que lanza abrió de un bote,
semeja, Jesús mío,
de un lirio el fresco brote
de fúlgido carmín.



La Lanzada
por Pedro Pablo Rubens

Y vierte roja sangre
en límpidos raudales,
cual fuente susurrante,
que lleva sus cristales
a un plácido jardín.

De aquel corazón abierto salieron los siete sacramentos, fuentes de vida, manantiales de gracia, que riegan y fecundizan los campos de la Iglesia. Que apagan la sed ardiente de las almas. Que las anegan en un mar de felicidad....

Al morir Jesús selló sus labios; muerto, consiente en que le abran el corazón, y con aquellos labios teñidos en sangre pronuncia palabras de amor, y deja escapar un suspiro, un lamento, un beso; el beso de paz, que nos da con la boca de su costado.

¡Oh bendita lanza que tal herida hizo...! ¡Bendito hierro que tal boca abrió! Es que Jesús tenía encerrada en su corazón una hoguera vivísima, y no pudiendo soportar por más tiempo los ardores en que se abrasaba, quiso que le abrieran una puerta para dar desahogo a esos incendios.

Y quiso más. Deja abierta esa puerta de su pecho, para que por ella entremos los hombres en el nuevo templo y en el santuario de su corazón.

Bien lo comprendió así el Seráfico Doctor San Buenaventura, cuando exclama, lleno de alegría: «En ese Corazón tengo fija mi morada; en él quiero estudiar, descansar, trabajar, y en él y con él he de tratar todos mis asuntos.

También la Iglesia canta: «Oh Corazón divino, arca que contiene la Ley, no de la esclavitud antigua, sino de la gracia, del perdón, de la misericordia.... El amor quiso que permaneciese herido

con patente herida, para que veneremos las heridas del amor invisible.»

¿Quién no colocará en este Corazón su eterna morada?

Feliz el alma que logra colocar ahí su nido de amores. Dichosa el alma que en él vive, y en él muere. Muerte de amor será la suya.

Lavada con tu sangre
el alma arrepentida,
se mira circundada
de célica hermosura.
En esa ardiente pira,
que tu costado encierra,
hollando con desprecio
la faz de la ancha tierra,
anhela aposentarse
y en tu divino fuego
prenderse y abrasarse.

EN BRAZOS DE MARÍA

«Verdaderamente que este hombre era el Hijo de Dios.»

Así hablaba el centurión que había hecho la guardia el Viernes Santo junto a la cruz, al ver morir a Jesús.

Y los soldados, testigos del hecho, dándole la razón, repetían lo mismo:

—No cabe la menor duda: éste era el Hijo de Dios.—

Y, abandonando el Calvario, bajaron meditabundos, silenciosos, pensativos, sintiendo en su interior un cambio radical acerca de la persona de Jesucristo. Ante aquellas pruebas tan elocuentes, ya no podía haber la menor duda. Lo vieron muy de cerca. La verdad les entró por los ojos, y ellos no los cerraron; la comprendieron, la abrazaron, reconociendo a Jesús por el verdadero Hijo de Dios, el Mesías prometido.

Muy distintas eran las disposiciones de la mayor parte de los judíos, principalmente de los influyentes. Cerrado habían sus ojos para no ver la luz; tapado sus oídos para no oír la verdad y no convertirse.

Cuando supieron que Jesús ya había muerto, trataron de lanzar su cuerpo a la fosa común, para que allí se perdiera su memoria en el olvido, y sus huesos se confundieran con los de los otros ajusticiados.

Pero calcularon mal. Ya se les habían adelantado otros, y José de Arimatea era el dueño del cadáver.

Ante el Gobernador romano se presentó lleno de santa osadía, pidiendo el cuerpo de Cristo, y sin la menor dificultad lo consiguió. Nada tenían que hacer con él los judíos.

Después lo dispuso todo para bajar el cuerpo exánime de Cristo del árbol de la cruz, para tributarle los honores debidos, y darle honrosa sepultura.

María, la Madre del famoso ajusticiado, que con valor sin igual subió la cumbre del Gólgota, y fué testigo de las tres horas de prolongada agonía; María, cuyo corazón estaba atravesado por aguda espada de dolor, aún tiene ánimo para presenciar el descendimiento. Quiere recoger el cadáver del Hijo; abrazarse con él; hacer los oficios de caridad, de ternura, de madre, que no pudo dispensarle en la hora de la muerte.

¡Pobre Madre! ¡Pobre María!

¿Quién podrá medir la inmensidad de sus dolores? ¿la terribilidad de sus sufrimientos? ¿lo intenso de su martirio?

Con mirada anhelante va siguiendo los movimientos todos de los santos varones. Recibe los clavos, teñidos en sangre, sangre de su Hijo, sangre de Jesús, su misma sangre.

Recibe la corona de espinas que atravesaron la cabeza. También están teñidas en sangre; sangre de su Hijo, sangre de Jesús, su misma sangre.

Recibe, al fin, el cadáver de Jesús. Lo recoge en su regazo.

Y sentada a los pies de la cruz, recostada en el madero de vida con su Hijo en los brazos, lo con-

templa detenidamente, anegada en un mar de amargura, de dolor, de llanto.

Lo mira, lo examina. ¡Ay! si apenas lo conoce. Tan desfigurado está....

Y es su Hijo; su mismo Hijo; es Jesús.

El Hijo aquel, formado por obra del Espíritu Santo en su seno virginal, al que dió a luz en Belén en medio de indecible júbilo, entre los cantos melodiosos de los ángeles; adorado más tarde por sencillos pastores y por los reyes de Oriente.

¡Pobre y desolada Madre! ¿Es ése su Hijo? ¿el más hermoso de los hijos de los hombres? ¡Oh, qué desfigurado está!

La luz de sus radiantes ojos está del todo apagada; apagada la sonrisa de sus labios, que cautivaban la atención de las muchedumbres; marchitas sus mejillas; amoratado el rostro por los golpes y heridas; agujereados los pies; taladradas las manos.

El costado abierto con honda y profunda herida, hasta vérsele el corazón rasgado, roto, alanceado.

Todo Él hecho una pura llaga. Si no tiene parte alguna sana.... Si parece un leproso.... Si no tiene figura de hombre.

Doquiera mira destrozos...
las pupilas eclipsadas...
la cabeza con espinas...
las mejillas desangradas...
aquel corazón sin ritmo...
aquel labio sin hablar...

Tal y como lo pintó el profeta muchos siglos antes, así lo ve ahora María, sin encontrar en Él parte alguna sana.

Todo lo contempla la Madre, y con sus manos va limpiando la sangre coagulada del rostro, del pecho,

del costado, de la espalda, recogiendo con cariño aquella sangre preciosa, sangre de Dios, su misma sangre.

Luego acerca aquel rostro yerto y frío al suyo. Lo abraza, lo besa. Quisiera darle calor, nueva vida; quisiera morir con Él; pero no es posible.

Lloraba María al contemplar aquella catástrofe sangrienta. Lloraban con ella las santas mujeres; lloraba la Magdalena, abrazada a los pies del Amado; lloraba el apóstol Juan, y las lágrimas de todos eran el suave bálsamo con que ungián el cadáver de Jesús, y el agua con que lavaban sus heridas.

Todo es triste en el Calvario para María. Su dolor es inmenso.

¡Madre de mis amores, Madre querida,
manantial de ternura, luz de mi vida!
Sí, dolores de muerte sin compasión
traspasan, inhumanos, tu corazón;
como mar sin orillas es tu quebranto,
como fuente perenne tu acerbo llanto....

¿Cómo no ha de llorar María, si la luz de sus ojos hase apagado con la muerte del Hijo? ¿Cómo no ha de llorar, si se ha cegado para ella la fuente del consuelo?

Dejémosla que lllore; que dé rienda suelta a su dolor; que, pegado su rostro al del Hijo, lo bañe con sus lágrimas. ¿Por qué privarla de ese último consuelo? ¡Pobre Madre!... Dentro de breves momentos va a quedarse sola, llorando su tremenda, su amarga soledad....

El sol trasponía, envuelto entre negros nubarrones, los montes; los últimos rayos melancólicos, moribundos, se iban a perder entre los picachos de la

lejana serranía; y entonces, al despedirse del mundo, como último tributo, fueron a besar el rostro cada-
vérico del Hijo, que se iluminó más tristemente, y
la frente serena de la Madre.

Era el adiós de despedida que daban a la Víctima, a quien no quisieron ver morir. Era un recuerdo triste que dejaban a la Madre, al ver la soledad en que quedaba.

Era un suspiro que lanzaba el cielo.

¿Después? Después las negras sombras de la noche que envolvieron a la tierra pecadora, deicida. Después el silencio, la obscuridad.

La frialdad del sepulcro para el cadáver de la Víctima.

La soledad, la amarga soledad para la Madre.

¿Soledad?... No, no....

¡Angustiada Madre,
Virgen dolorida,
que en soledad viertes
lágrimas purísimas!
a Ti yo me acerco
con el alma herida,
ansioso buscando
dulce compañía.

Ya no está tan sola
mi Madre querida;
ni sola tampoco
está el alma mía.
Las dos se han juntado
a llorar sus cuitas.

Admítenos en tu compañía, Madre de las piedades, para acompañarte en tus dolores y aprender a sufrir contigo las amarguras de la vida.

XXXVI

EN EL SEPULCRO

«Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu.»

Así habló Jesús por última vez desde la cruz. Luego inclinó soberanamente la cabeza y murió. Mejor dicho, durmió el sueño de los justos.

El cadáver, pendiente del madero santificado, bien pronto recibirá los honores merecidos. Porque, en verdad, la jornada ha sido trabajosa. La batalla, reñida. La victoria, sonada.

Muere Jesús y triunfa. Triunfa Jesús muriendo.

¡Gloria al Vencedor! ¡Honor al Héroe! Los laureles para el Triunfador.... Unas manos piadosas de santos varones nobles, ricos, influyentes en la nación y de gran representación moral ante el pueblo, bajan el cadáver de la cruz y lo colocan en brazos de la Madre.

Otras manos piadosas lo ungen con preciosos aromas, lo envuelven en finos lienzos, lo colocan en el sepulcro nuevo cavado en una roca, donde ninguno había sido sepultado anteriormente.

Hora es ya de que descanse en la tumba el insigne Guerrero, que ha librado la más tremenda batalla contra las potestades del infierno, y contra la muerte que reinaba en el mundo.

Nunca pensó ella que el golpe sería tan certero, tan seguro, y que sus dominios habían de ser arrebatados por un hombre en el acto mismo de morir.

¿Cómo imaginarse este al parecer contrasentido? Pues así era, en efecto.

Ahora justo es que el valiente General tome sus horas de descanso; pues, a la verdad, que la lucha ha sido sangrienta, a brazo partido. Duelo fué aquél de vida o muerte.

Que descanse, sí, que descanse entre las sombras del sepulcro el Divino Nazareno; que duerma en paz hasta que llegue su hora.

Allí lo colocan cuidadosamente los santos varones, José de Arimatea y Nicodemos.

En el sepulcro está, muerto, sin vida, sin movimiento. La flor de su hermosa juventud marchita; acabadas sus energías.

Todos sus miembros envueltos en los lienzos y recubiertos con una sábana. El sudario cubre su rostro.

La luz radiante de aquellos ojos está apagada; de sus labios ya no fluyen palabras de vida eterna; los pies sin movimiento; rígidas las manos, que obraron tantos milagros en favor de los menesterosos.

El corazón... aquel corazón que tanto amó a los hombres, ya no palpita. ¿Cómo había de palpar, si fué rasgado por una lanza?

Cualquiera que lo viera diría que era el cadáver de un hombre ordinario. No obstante, detrás de aquellas sencillas apariencias está oculta la divinidad.

¡Qué soledad tan grande! ¡Qué frío se nota entre las sombras del sepulcro donde reposa el Redentor!...

Negras sombras lo rodean por fuera. Negras sombras lo envuelven por dentro. Dentro... la muerte mirando sobresaltada, recelosa aquel cadáver, que

duerme el sueño de los justos, y que no le pertenece a ella.

Dentro, la muerte que ha descargado el golpe fatal, segando la vida de Jesús, y cortando el hilo de su existencia, cuando Él quiso. Tímida subió al árbol de la cruz, y besó en la frente a la Víctima sagrada. Después la adoró reverente. También ahora está en actitud de adoración en el sepulcro.

Aparece vencedora, y está vencida.

Fuera, los guardias, colocados por los príncipes de los sacerdotes, velando los restos de aquel hombre extraordinario, que tanto preocupa a sus enemigos aun después de muerto.

¿Por qué esas preocupaciones? ¿por qué esos temores? ¿A qué ese lujo de guardias? ¿Si creerán que ha de escaparse del sepulcro?

Sí, saldrá cuando ellos menos lo piensen, a la hora señalada; el día determinado. Porque así como Jonás estuvo en el vientre de la ballena tres días y tres noches, así el Hijo del hombre estará tres días y tres noches en el seno de la tierra (S. Mateo XII, 40).

«Al tercer día resucitaré», había dicho terminantemente.

Por ahora tranquilo está en el sepulcro. Que nadie perturbe su reposo; que nadie llegue a interrumpir su sueño; que nadie estorbe su calma.

«Yo dormiré en paz y descansaré» (Salmo IV, 9).

«Yo contemplaba siempre al Señor delante de mí, como quien está a mi diestra para sostenerme.

Por eso se regocijó mi corazón, y prorrumpió en cantos alegres mi lengua; y además también mi carne descansará con la esperanza.

Porque yo sé que no has de abandonar Tú, oh Señor, mi alma en el sepulcro; ni permitirás que

tu Santo experimente la corrupción» (Salmo XV, 8—10).

Jesús de mis amores,
Señor piadoso y bueno,
consuelo de los tristes,
yacente Nazareno,
imagen del dolor:
Permite que a tus plantas
incline yo mi frente,
y bese tus heridas,
bebiendo en esa fuente
suavísimo licor.

Y mientras el cuerpo yacente de Jesús muerto permanecía reposando en el sepulcro, rodeado de las tinieblas y en medio de la más dulce calma, su alma santísima se encaminó al limbo, donde esperaban su llegada con vivas ansias las almas de cuantos antes que Él habían muerto en la gracia de Dios.

A aquellas moradas de la esperanza llegó el alma bendita del glorioso Triunfador, más resplandeciente que el sol, llenando aquel lugar de luz intensa; radiante, anegando a sus moradores de alegría sin igual, convirtiendo de improviso el limbo en un cielo anticipado.

Allí pasó el alma de Jesús los tres días que su cuerpo estuvo en el sepulcro, comunicando con los que allí moraban y manifestándoles la gran obra que acababa de realizar; que las potestades infernales estaban derrotadas para siempre, humillada la muerte, y que dentro de breves horas confirmaría la victoria con su gloriosa y triunfante resurrección, saliendo del sepulcro por su propia virtud para nunca más morir.

Así pasaron las horas tranquilas desde que Jesús fué sepultado hasta la mañana del domingo de Resurrección.

Realmente, la obra estaba terminada con su muerte. Después siguió el reposo, la tranquilidad, la calma del sepulcro, el sueño de la muerte.

Pero, ese sueño ¿habrá de ser eterno? ¿será el sueño que se apodera de los demás mortales, duradero hasta el día de la resurrección universal al fin del mundo?

En manera alguna. Será tan sólo el dulce sueño del caminante fatigado que, después de tomar el necesario descanso, se levanta lleno de nuevas energías y de vigor.

Porque, después de haber permanecido enterrado tres días, los señalados de antemano por Él mismo, abandonó Jesús aquella lóbrega morada, cuando menos lo pensaban sus enemigos, cuando sus amigos y discípulos estaban más descuidados y desconcertados por completo; cuando los centinelas vigilaban atentos....

En un momento feliz y de resplandores celestiales el alma se une de nuevo al cuerpo, lo transforma, lo vivifica, y glorioso sale del sepulcro sin ruido y marcha triunfante por la campiña vecina.

En el sepulcro todo continúa en la misma calma, con la misma frialdad, con el mismo reposo de antes; sin inmutarse exteriormente en nada. Sólo que allí no está el cadáver del ajusticiado. Y no es que lo hayan arrebatado; nada de eso; los guardias son testigos aun de que los sellos están intactos.

Después de las horas de descanso que Jesús tomó, salió a realizar nuevas conquistas por el mundo.

Las conquistas de las almas que le pertenecen, porque han sido redimidas con su sangre preciosa.

XXXVII
¡SOLEDAD!

¡Dulce Estrella matutina!
¡Virgen de la soledad!
Yo también puse una espina
sobre la frente divina
del Sol de la humanidad.

¡Qué noche tan lúgubre la del Viernes Santo!
¡qué puesta del sol tan triste! Teñido en sangre fué
a ocultarse medroso entre los riscos, dejando el
mundo envuelto en tinieblas.

Antes se habían apagado los rayos del Divino Sol
de Justicia en las cumbres del Gólgota.

La noche...una noche más negra y triste que
las otras recubría con sus negros crespones la faz
del mundo; de un mundo que era criminal, pues
acababa de dar muerte a su Creador.

¡Qué lóbrega fué la noche aquella para María!

En las soledades del sepulcro ha quedado su
Hijo; en la fría tumba de la roca está yacente el
cadáver de Jesús, solo, exánime, envuelto en los
lienzos, durmiendo el sueño de los justos.

Antes de depositarlo en aquella morada de silen-
cio, la Madre lo ha besado una, dos, tres, muchas
veces. Se ha convencido de que la muerte traidora
ha clavado en el Hijo suyo amado sus garras in-
saciables.

Después una piedra muy pesada, muy pesada,
cerró la entrada.

Y otra piedra más pesada aún cayó sobre su desgarrado corazón.

¡Después! Después vienen las horas de soledad, de amarga soledad, de inmensa soledad.

Qué bien cantó el poeta ante la tumba del Hijo y a la vista de la Madre:

¡Sola está mi Madre,
la Virgen María!...
Sola está llorando
a lágrima viva....

Al Hijo que amaba
con fiebre divina,
le dió muerte horrenda
la humana perfidia.

Está sola...sola,
sin más compañía
que las hondas penas
que la martirizan.

Deja a Jesús en el sepulcro cuando las últimas luces del crepúsculo vespertino se hunden en el ocaso.

Pasa de nuevo por el Calvario y se encamina hacia la ciudad de Jerusalén.

Llégase, llena de valor, junto a la cruz, que permanece enhiesta en lo alto del monte con los brazos extendidos, como desafiando las iras del mundo; la mira y la encuentra teñida con negros manchones de sangre. Es la sangre de su Hijo. Adora la cruz, la besa reverente, y llora de nuevo, recordando las escenas que hace poco en ella tuvieron lugar.

Allí estuvo cosido con gruesos clavos el cuerpo del Hijo; en ella estuvo colgado durante tres horas largas, interminables, eternas; en ella lo vió agoni-

zar, lo vió desamparado del cielo, maldecido de la tierra, odiado, aborrecido, moribundo. Allí, allí murió.

Y luego baja del Calvario, y desanda el camino, cubierta con negro manto, destrozado el corazón.

¡Qué noche tan triste la espera, al encontrarse sola!...

Se interna por las calles de Jerusalén, tortuosas y estrechas, y tomando por las menos frecuentadas y más solitarias va a perderse en el cenáculo.

Está la ciudad hirviendo de entusiasmo. Los grandes de Israel, los príncipes del pueblo, los escribas y fariseos contentos por haber terminado con su mayor enemigo.

Ahora con la mayor frescura, como si nada hubieran hecho, están en los sacrificios vespertinos. Otros comentan en grupos los acontecimientos del día. Los extranjeros, que han llegado para celebrar la Pascua y acampan en tiendas a las afueras de la ciudad, hablan de lo ocurrido con el Nazareno.

Al pasar María, acompañada de las piadosas mujeres, no falta quien de ella se compadezca.

—Es María, la Madre de Jesús. La madre del reo inocente a quien nuestros pontífices han hecho ajusticiar. ¡Pobre madre! ¡Pobre María! ¡y qué sola queda en el mundo; sola con sus penas y sus dolores!...

Bajó del Calvario
triste y dolorida
dejando allí muerto
al que era su vida....

Y en esta bajada fué recorriendo todo el camino que poco antes había hecho en seguimiento de Jesús, y recordando todos los episodios que tuvieron lugar durante aquella subida al monte del sacrificio.

Las piedras del camino están aún teñidas en sangre, es la sangre de su Hijo. Aquí cayó por vez primera; allí segunda vez lo vió en tierra; más allá fué el sitio donde el Cirineo cargó con la cruz, porque Jesús ya no podía resistir su enorme peso.

En aquella pequeña esplanada habló a las piadosas mujeres de Jerusalén. Todavía resuenan en sus oídos las palabras dulces: «Hijas de Jerusalén, no lloréis por mí; llorad por vosotras, por vuestros hijos, por los pecados del hombre....»

Y andando llega a la casa de la Verónica; está entreabierta. Dentro también se oyen sollozos; suspiros muy hondos; caer silencioso de lágrimas amargas. Lloran por la muerte de Jesús.

María sigue adelante, y se interna en el cenáculo. Allí da rienda suelta a su dolor. Y llora, llora su soledad. Está sola; está triste, muy triste y muy sola; porque ha muerto su Hijo, su Hijo Jesús; porque ha muerto su Dios, el consolador único de su alma.

¿Adónde irá ahora en busca de alegría? ¿adónde en busca de consuelo? ¿adónde en busca de la luz de sus ojos? Su Hijo ha muerto y está encerrado en el sepulcro.

¡Soledad de María! ¡Qué grande, qué inmensa, qué profunda, qué amarga eres! Más que las soledades del océano; más que la inmensidad de los mares. Es la soledad de una madre, que perdiendo a su hijo único, con él lo pierde todo. Es la soledad de María, nunca igualada por otra alguna....

Ya no hay en mi casa,
ya no hay alegría,
el silencio solo
y el dolor la habitan.

En el cenáculo, donde se recoge, sólo encuentra motivos que aumentan más y más las angustias de su corazón. Ahí está el salón donde la noche anterior su Hijo comió el cordero con sus apóstoles, donde hizo derroche de amor, de amor a los hombres, dejándoles en alimento su mismo cuerpo. Aún están allí el cáliz, los vasos, los restos de la cena.

Le parece verlo rodeado de los doce, departiendo amigablemente con ellos, instituyendo la Eucaristía para el hombre.

Así ha correspondido éste — ¡cruel! — dándole muerte de cruz.

Llama a su Jesús, y el silencio responde tan sólo a sus palabras. Una dulce ilusión le hace creer que allí está; quiere abrazarlo, y el vacío tan sólo, la soledad es la contestación a esos abrazos. Sola está María y sin su Hijo.

¿A quién te compararé, Virgen de la Soledad? ¿A quién te igualaré, oh Virgen, hija de Sión? Porque grande, inmensa es tu amargura.

«¡Oh vosotros todos cuantos pasáis por el camino de la vida, deteneos, mirad y ved si hay dolor como el dolor mío» (Tren. I, 12).

Para ella ya no hay, no puede haber alegría. Noche oscura, de espesas tinieblas, es la que le ha caído encima con la losa del sepulcro que cubre al Hijo. Solo el recuerdo, el recuerdo del Hijo, la persigue; en su mente está grabado; de su alma no se puede apartar.

¡Pobre Madre! ¡Pobre María! ¡Qué sola, qué desamparada está!...

¡Soledad de María! ¡Soledad de Madre! Inmensa como el mar; profunda como el abismo; amarga como las hieles....

¡Soledad de María! La más grande de todas las soledades que se han conocido en el mundo.

¡Madre mía, Madre mía!
Llorando yo soledades,
que eran como una agonía,
dije que nadie sufriría
tan horrendas ansiedades.

Y hoy, que al ver tu duelo santo
vislumbré, anegado en llanto,
un punto de su grandeza,
me han causado igual espanto
tu dolor y mi flaqueza.

¡Dolorida, gran Señora!
tu soledad, ¡ay! ha sido
la segunda Redentora
de este corazón herido
que tu soledad adora.

XXXVIII

¡RESUCITÓ!

¡Vaya lujo de precauciones que han tomado los enemigos de Jesús junto al sepulcro! Ni que se tratara de un escuadrón de soldados vivos en él encerrados. Aun así ya les costaría trabajo salir de su encierro.

De nada de eso se trata. Es el caso que el cadáver del ajusticiado está dentro, y no hay que fiarse. Pueden llegar sus discípulos, robarlo, y esparcir la noticia entre el pueblo, de que ha resucitado.

Buenos estaban los discípulos para realizar tales proezas. Tienen un pánico que no les cabe en el cuerpo. Ello es lo cierto que durante las horas de la Pasión nadie les ha visto el pelo. Si parece que se los ha tragado la tierra.

Por si acaso, bueno será que el sepulcro quede custodiado. Para ello los grandes de la nación piden guardias al Gobernador romano, y con ellos se encaminan al huerto.

Penetran unos y otros en el sepulcro; miran bien; lo observan todo detenidamente. En efecto, allí está el cadáver del ajusticiado, durmiendo el sueño de la muerte.

Y después de haberse asegurado que es él y no otro, arriman de nuevo la piedra a la boca del sepulcro; crúzanla de un lado a otro con cordones que sujetan con argamasa a la pared exterior. Después estampan el sello del Sanedrín. El sepulcro está bien sellado, bien cerrado y con guardias.

Dan las órdenes convenientes a los soldados, y se retiran tranquilos y satisfechos de su hazaña.

¿Tranquilos y satisfechos? No lo están mucho, cuando toman tantas y tales precauciones. Es posible que el famoso ajusticiado les haga alguna de las suyas. Muerto y todo, aún le temen. Por algo temerán; que los temores nunca son infundados.

Por algo emplearán todo ese lujo de precauciones los príncipes de los sacerdotes de Israel.

Su ceguera los confunde. La soberbia los ciega. Cuanto más precauciones tomen, mejor. Más patente será el milagro. Más evidente la verdad del hecho.

Cierto, nadie se atreverá a acercarse al sepulcro; nadie tendrá valor para romper los sellos. Y desgraciado del atrevido; allí están para defenderlos aquellos feroces soldados romanos, armados hasta los dientes....

Pero, ¡qué cosas tiene Dios! Y ¡cómo se aprovecha de las inicuas intenciones de los hombres para salir con sus designios!

El sepulcro donde Jesús fué colocado, no tenía más que una salida; una, nada más. Está cerrada con enorme piedra, y luego sellada. Todo ello defendido, custodiado día y noche por los soldados.

Por falta de vigilancia no ha de quedar.

Esperemos a ver en qué termina todo ello.

¿En qué había de terminar? En el cumplimiento al pie de la letra de todo cuanto había anunciado muchos siglos antes el profeta David:

«No permitirás que tu Santo sea presa de la corrupción del sepulcro.»

Y no lo permitió. Y no lo fué.

Pasó la noche del viernes sin la menor novedad.

Corrieron las horas del sábado; la noche se precipitó también con sus negras sombras.

Junto al sepulcro todo está como estaba el primer día. Los soldados no se han descuidado ni por un solo momento. Allí están.

Es el tercer día. Domingo. Muy de mañana.

Las primeras luces del alba comienzan a extenderse por la tierra, dormida dulcemente en medio del más profundo silencio. Todo calla; todo descansa; todo está en reposo junto al sepulcro. Sólo los guardias velan.

Es el día señalado por el mismo reo para resucitar y salir del sepulcro por su propia virtud y poder. «Al tercer día resucitaré.»

¿Resucitará? ¿Se cumplirá su palabra? ¿No habrá engaño?

Esperemos al tiempo.

Los discípulos y seguidores del Nazareno bien despreocupados andaban. Ni por la mente les pasó el vaticinio referente a la resurrección. Acobardados y tímidos permanecían aún ocultos, medrosos y completamente desorientados.

Algo extraño sucede en el interior del sepulcro donde descansa el cadáver de Jesús Nazareno.

El alma santísima de Cristo entra de nuevo en aquella morada silenciosa. Mira aquellos tristes despojos de la muerte. Penetra de nuevo en el cuerpo, que aun permanecía desfigurado. Le da nueva vida, vida exuberante, divina, gloriosa. Rompe las ataduras de las vendas y lienzos. Y como el sol que penetra por el cristal sin romperlo ni mancharlo, y como salió del seno de María sin detrimento de su virginidad; así salió también del sepulcro la

mañana del domingo, sin tocar la piedra, sin romper los sellos.

Y triunfante, glorioso, resplandeciente se lanza fuera.

¡Jesús ha resucitado! ¡Aleluya! ¡Aleluya! ¡Aleluya!

En aquellos momentos la creación entera entonó un himno grandioso, triunfal. Era el himno de la resurrección de Cristo. Los cielos se alegran; la tierra salta de júbilo. Los ángeles baten sus alas acompañando en triunfo al Divino Resucitado.

Un momento después el ángel que velaba junto al sepulcro, rompe los sellos, derriba la piedra y deja franca la entrada.

¿A qué tenerla cerrada, si ya no está allí el cadáver de Jesús? ¿A qué guardar entre los muertos al que está vivo?

Todo está de sobra; piedra, sellos, guardias, precauciones.

¿Qué pasó entonces en el huerto? Un fuerte sacudimiento de tierra hizo comprender a los soldados que algo extraordinario por allí pasaba. Marchan rodando; caen despavoridos.

Se levantan, pasado el susto, y ven el sepulcro abierto, sin que mano de hombre haya quitado la piedra. Penetran en él, y tan sólo encuentran los lienzos y el sudario que envolvieron el cadáver.

No hay duda. Jesús ha resucitado, como lo había dicho.

¿Pruebas más elocuentes? Que hablen los soldados. Ellos, ellos son buenos testigos.

Dux vitae mortuus regnat vivus—«El Rey de la vida muerto reina vivo».

Ego sum resurrectio et vita—«Yo soy la resurrección y la vida».



La Resurrección
por Matías Grünewald

Menudo susto le llevaron los príncipes de los sacerdotes y los grandes de Israel al enterarse por boca de los mismos soldados, que efectivamente era un hecho la resurrección de Jesús Nazareno.

Llenos de despecho, rebosándoles la rabia en el corazón, trataron de echar tierra al asunto, y a fuerza de dinero lograron arrancar la mentira de labios de los soldados.

¿Qué les importaba una mentira más o menos a unos hombres sin conciencia y sin honor?

El caso era ocultar el hecho de la resurrección de Jesús. Pero el hecho comenzó a circular y a divulgarse por toda la ciudad. Todos los comentarios giraban alrededor del milagro.

En los corrillos, en las tertulias, en las reuniones no se hablaba de otra cosa sino de la resurrección de Jesús, tres días antes crucificado y muerto.

Y ahora vive, y hase aparecido triunfante y glorioso a unas piadosas mujeres, y a varios apóstoles, y a dos discípulos que marchaban a Emaús, y a todos reunidos en el cenáculo.

Nada; que no es posible ocultar un hecho que es del dominio público.

El Triunfador es Jesús de Nazaret. Hacia Él se dirigen las miradas de todos los hombres.

Señor, Señor, ¡venciste!
tu triunfo el orbe llena,
tu nombre sacrosanto
con júbilo resuena
como un suspiro eterno
en la mansión serena,
do alábante los ángeles
con incansable amor.

Señor, Señor, ¡venciste
de la impiedad las hienas;
venciste a tus verdugos,
rompiendo tus cadenas!
¡Benditos tus tormentos!
¡benditas esas penas!
Vos sois el Dios del cielo,
del mundo el Redentor.

Derrota más solemne que la sufrida por los escribas y fariseos, pontífices y grandes de Israel, jamás se ha visto.

Jesús ha resucitado.... ¡Aleluya! ¡Aleluya! ¡Aleluya!

Deus meus et omnia!

NOTA

En el texto de la obrita he intercalado algunos pasajes en verso, que aclaran mejor el pensamiento e ilustran la idea, sin citar el nombre de los autores de quien los he tomado.

No obstante, quiero declarar aquí que algunas de dichas citas son de mis hermanos de hábito, los RR. PP. Constantino de Alcedo y Cándido de Viñayo. Las poesías han sido publicadas en nuestra revista «El Mensajero Seráfico», de donde he tomado las citas con la benevolencia de los autores.

Los otros versos son de autores más o menos conocidos, como J. M. Gabriel y Galán, Muñoz y Pabón, etc.

INDICE

Cap.	Pág.
Al lector	V
1. El triunfo	1
2. Lágrimas del Triunfador	7
3. Jerusalén	13
4. El contrato de Judas	20
5. El lavatorio	26
6. El traidor a la mesa	32
7. La primera Consagración	37
8. Getsemaní	43
9. Beso traidor	48
10. El prendimiento	53
11. No le conozco	59
12. Ojos que miran	65
13. Triste noche	70
14. El juicio	75
15. Ante Herodes	81
16. Jesús y Barrabás	87
17. Ecce homo	91
18. El encuentro	97
19. La Verónica	103
20. El Cirineo	108
21. Las mujeres de Jerusalén	113
22. Crucificado	119

23. Rey de los Judíos	126
24. Las burlas	132
25. ¡Perdón! ¡Perdón!	138
26. El Buen Ladrón	143
27. La Madre	148
28. Stabat Mater Dolorosa	154
29. ¡Abandonado!	159
30. Tengo sed	167
31. Consummatum est	172
32. Muerte de Jesús	178
33. La Magdalena	184
34. La lanzada	190
35. En brazos de María	195
36. En el sepulcro	200
37. ¡Soledad!	205
38. ¡Resucitó!	211
Nota	217

A. M. D. G.

